



Número 16 (1994)

ITALIA 1945-1994, Alfonso Botti, ed.

Introducción

- Resistencia y República. Un debate ininterrumpido**, Massimo Legnani
- El debate sobre el desarrollo económico italiano**, Valerio Castronovo
- La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra**, Filippo Mazzonis
- Las mujeres en la vida política de la Italia republicana**, Margherita Repetto
- La clase política y el problema de las «mafias»**, Nicola Tranfaglia
- Liguismo y postliguismo**, Pier Paolo Poggio
- Sistema político y crisis de la Primera República**, Alfonso Botti

ITALIA

1945-94

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Guadalupe Gómez Ferrer	<i>Historia de las relaciones del género</i>
Ramón Villares	<i>La Historia en el 94</i>
Luis Castells	<i>La historia de la vida cotidiana</i>
Santos Juliá	<i>La II República</i>

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

Precios España:

suscripción anual: 7.100 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.600 pts.

ALFONSO BOTTI, *ed.*

ITALIA

1945-94

Massimo Legnani

Valerio Castronovo

Filippo Mazzonis

Margherita Repetto

Nicola Tranfaglia

Pier Paolo Poggio

Alfonso Botti

MARCIAL PONS

Madrid, 1994

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusell, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 J. I. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XX*.
- 8 I. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
- 10 Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
- 11 Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
- 12 Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
- 13 Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
- 14 Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
- 15 Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AIHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco, 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 31 9 42 54 - Fax 31 9 43 73
28004 MADRID

© Asociación de Historia Contemporánea.
Marcial Pons. Librero

ISBN: 84-87827-18-7

Depósito legal: M. 36.330-1994

ISSN: 1134-2277

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono 19arsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Indice

<i>Introducción.....</i>	11
Alfonso Botti	
<i>Resistencia y República. Un debate ininterrumpido.....</i>	15
Massimo Legnani	
<i>El debate sobre el desarrollo económico italiano ".</i>	33
Valerio Castronovo	
<i>La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra.</i>	51
Filippo Mazzonis	
<i>Las mujeres en la vida política de la Italia republicana.....</i>	79
Margherita Repetto	
<i>La clase política y el problema de las «mafias».....</i>	105
Nicola Tranfaglia	
<i>Liguismo y postliguismo</i>	121
Pier Paolo Poggio	
<i>Sistema político y crisis de la Primera República.</i>	143
Alfonso Botti	

MASSIMO LEGNANI (Universidad de Bolonia) es director científico del Istituto per la Storia del Movimento di Liberazione (Milán) y de la revista *Italia contemporanea*. Entre sus publicaciones: *Lotte politiche e sociali in Italia dal 1943 al 1948*, Torino, 1985. En la actualidad trabaja en una historia de la guerra fascista (1940-1943).

VALERIO CASTRONOVO (Universidad de Turín) es especialista de historia económica y social. Es director de la revista de ciencias e historia *Prometeo*. Entre sus últimas publicaciones cabe resaltar: *L'industria italiana dall'ottocento a oggi*, Milán, 1991, y *Storia economica d'Italia*, Turín, 1994.

FILIPPO MAZZONIS (Universidad de Teramo) se ocupa en particular de historia del *Risorgimento* y del movimiento católico. Entre sus libros destacan: *Per la Religione e per la Patria*, Palermo, 1985; *La chiesa di Pio XII*, Milán, 1988, y *Divertimento italiano*, Milán, 1992.

MARGHERITA REPETTO (Columbia University) se ocupa de historia social y política de las mujeres en Europa y en los Estados Unidos. Es coautora de *UDI. Laboratorio di politica delle donne*, Roma, 1986, y coeditora de *The Formation of the Italian Republic*, Nueva York, 1993.

PIER PAOLO POGGIO (Fundación Luigi Micheletti, Brescia) estudia la historia de las ideas políticas. Ha colaborado al volumen G. De Luna (ed.), *Figli di un benessere minore. La Lega 1979-1993*, Florencia, 1994.

NICOLA TRANFAGLIA (Universidad de Turín) es especialista en historia del fascismo, del antifascismo y de la criminalidad organizada. Entre sus libros destacan: *Cario Rosselli*, Bari, 1968; *La Majia come metodo*, Bari-Roma, 1991; *Mafia, politica ed affari, 1943-1991*, Bari-Roma, 1992. Está en prensa *La grande guerra e il fascismo*.

ALFONSO BOTTI (Universidad de Urbino) se ocupa de historia contemporánea española e italiana. Es codirector de la revista *Spagna contemporanea*. Ha publicado *La Spagna e la crisi modernista*, Brescia, 1987; M. Missiroli-G. Prezzolini, *Carteggio, 1906-1974*, Roma, 1992, y *Cielo y dinero. El nacionalismo en España, 1881-1975*, Madrid, 1992.

Introducción

Alfonso Botti

La idea de este número es anterior a muchos de los acontecimientos que están en el trasfondo o a los que se hace explícita referencia en las aportaciones publicadas en las páginas siguientes.

Nacía de la clara percepción de la irreversibilidad de la crisis del sistema político italiano, y del hecho de que hubiera desembocado en cualquiera de las soluciones posibles habría tenido un valor periodizante.

*Estaba fortalecida por el reavivarse del debate historiográfico que justamente esa crisis provocaba y que, después de unos años de estancamiento o de desvío hacia argumentos efímeros y marginales, volvía a planter- **en** ocasiones, a replantear desde una perspectiva de gran alcance- los grandes temas de la historia italiana de este siglo y, en particular, de la segunda postguerra. Concretamente el de los orígenes de la República frente a la organización social y estatal anterior, el de su ser nación, el de su clase dirigente y de la formación de las élites, el de los límites de su modernización social frente a la económica, el de las características de un sistema político que por estar fuertemente anclado en los valores y en las formas de la democracia no dejaba de tener aspectos o disfunciones peculiares, interpretadas por algunos como anomalías. Hasta el punto que la situación que había sido supervalorada en los años sesenta y setenta como rica en posibilidades, como un laboratorio de originales soluciones políticas, se convertía a finales de los ochenta en una situación subvalorada como atípica y que*

había que normalizar. Es decir, reconducir y homologar a los modelos europeos, de esta forma mitificados.

Surgía, en fin, de una constatación y de una apuesta. La constatación era la del vacío existente en España con relación a la historia contemporánea italiana; un vacío abundantemente comprobado por la escasez de obras originales o de traducciones al respecto. La apuesta era la de aprovechar la crisis italiana y el consiguiente interés de muchos ambientes hacia Italia para fomentar la circulación de las historiografías e introducir en el debate español elementos de reflexión propios del italiano. Algo que, dicho sea entre paréntesis, sería de gran utilidad también en la dirección contraria, puesto que entre las muchas cosas que España e Italia comparten hay que incluir el inadecuado nivel de conocimiento recíproco en el plano histórico.

Entre el proyecto y su realización ha transcurrido un tiempo no muy largo, pero sí lleno de acontecimientos que han acelerado y agravado la crisis italiana, que ha desembocado en una situación imprevista para la mayoría de los observadores y cargada de incógnitas.

La que sigue no pretende ser ni la historia de medio siglo, ni una valoración de conjunto de los principales nudos historiográficos y ni tan siquiera refleja el amplio abanico de posturas presentes entre los contemporaneístas italianos. Hubiera sido imposible con estos límites de páginas y al fin y al cabo inútil como todo proyecto megalómano.

Otras, por supuesto, hubieran podido ser las opciones con relación bien sea a los temas a tratar, bien a los colaboradores, bien al enfoque general. Pero, como cada elección, aquéllas también habrían tenido que seleccionar, excluir y renunciar a algo.

Así que la opción ha sido la de focalizar unos aspectos concretos, de los cuales se han encargado algunos de entre los mejores especialistas, y la de colocar las aportaciones en el orden cronológico que ha sido posible, dentro de un marco que privilegia la historia política, con una necesaria excepción relativa al debate sobre la modernización económica.

El número se abre con la aportación de Massimo Legnani centrada en los años decisivos para la fundación de la República que van desde 1943 hasta finales de 1947 y que destaca las diferentes fases de la historiografía sobre la transición del fascismo a la democracia. Continúa con el sintético pero eficaz perfil que Valerio Cas-

Introducción

tronovo traza del modelo económico italiano a partir de la reconstrucción postbélica para llegar a los problemas que Italia tiene hoy en día a raíz de su integración en la Europa de Maastricht. En este caso también individualizando las diferentes fases de desarrollo y las cuestiones interpretativas todavía pendientes a la luz de la más acreditada Literatura económica. La aportación de Filippo Mazzonis dedicada al segmento de historia de la Democracia cristiana que va desde su fundación hasta la mitad de los años cincuenta, por ser rica en pistas y en sugerencias, cumple bastante más de lo que su título promete. Al margen de la interesante periodización de la historiografía y de la constante referencia al marco internacional (tan oportuna como inusual en los estudios de esta naturaleza), demuestra cómo no se puede hacer una historia toda política (es decir: sólo política) de la DC, sin tener en la debida cuenta los aspectos culturales y los miles de hilos que llevan a la ideología de la cristiandad. Mientras, la contribución de Margherita Repetto recorre varias décadas del empeño político de las mujeres en las asociaciones, en los grandes partidos de masas y en las instituciones, evidenciando las cuatro fases que llegan hasta finales de los setenta y la dialéctica que se establece entre posturas emancipacionistas y feministas.

Por el gran impacto que la criminalidad organizada ha tenido y sigue teniendo en la vida pública italiana, no podía faltar una aportación al respecto. Tarea que corresponde a Nicola Tranfaglia, uno de los historiadores que más se ha dedicado al tema de la Mafia, y que recorriendo los trabajos de las diferentes comisiones parlamentarias de investigación, se fija en las culpables resistencias que una cuestión tan importante ha encontrado a lo largo de casi medio siglo para alcanzar un sitio adecuado en el debate parlamentario. Como, por otro lado, en consideración al significado que han asumido en la vida política del país, no podía faltar una intervención sobre el fenómeno de las Ligas. Un papel que Pier Paolo Poggio, entre los pocos que (incluyendo a los politólogos y a otros científicos sociales) se han tomado en serio el Liguismo como objeto de investigación, desarrolla de una forma apasionada y polémica, ofreciendo una interpretación de conjunto desde sus orígenes hasta las elecciones de 1994.

En fin, corresponde al que escribe esta introducción delinear los rasgos principales del sistema político italiano, facilitando algunas reflexiones sobre el mismo, sobre las causas de su crisis, y presentar una primera aproximación sobre los acontecimientos más recientes con los cuales se cierra este número de AYER.

Agradeciendo a todos los colaboradores, a las traductoras por su valiente trabajo y, en particular, a Nieves Montesinos, sin cuya ayuda en la revisión de los textos este número habría salido peor, quisiera acabar estas líneas con la siguiente apostilla.

Como se ha dicho con anterioridad, no es infrecuente encontrar en la historiografía italiana referencias a una presunta diversidad del proceso histórico del país. Una diversidad que se basa, según los enfoques y las perspectivas, en la anormal presencia de un gran Partido comunista, en la anormal duración en el poder de un partido sin posible cambio, en el anormal bloqueo de su sistema político, en la anormal difusión de la criminalidad organizada, en la anormal dimensión de la corrupción política y por fin en el anormal e imprevisto ascenso a la jefatura del gobierno de un magnate sin experiencia política. Hasta el punto de valorar la historia de los últimos decenios como un poderoso esfuerzo por alcanzar la normalidad o, en otros casos, de considerar la situación actual como la sustitución de una anomalía por otra.

*Acostumbrado a no coincidir con las análogas valoraciones presentes en la historiografía española con respecto a la historia de España, de la cual modestamente también me ocupo, encuentro alivio en la eficacia del mirar desde fuera (a la historia de un país que no es el propio) en la valoración de quien, como Paul Ginsborg, estudiando la historia italiana a partir de su formación anglosajona, rechaza la categoría de normalidad cuando escribe que «no existe, como sostienen muchos, una democracia normal a la cual Italia tiene que aspirar llegar antes o después» (V. Foa y P. Ginsborg, *Le virtù della Repubblica*, Milán, 1994, p. 15). Así que, en la espera de que alguien nos diga algún día lo que es la normalidad en las pautas de desarrollo de un pueblo, de un país, de un Estado, de una democracia (y, por contra, el punto preciso donde empieza la anomalía y la atipicidad), resulta más conveniente y útil emplear categorías que hacen hincapié en las peculiaridades del marco concreto dentro del cual se desarrollan los procesos históricos y llevar a cabo las necesarias comparaciones con otras experiencias en términos que sin dejar de subrayar especificidades y diferencias no enjacan las mismas dentro del binomio normalidad/anormalidad. Quizá no es una cuestión sólo de palabras.*

Resistencia y República. Un debate ininterrumpido

Massimo Legnani

En los años que van desde 1943 hasta 1947, período en que la alianza de los partidos antifascistas desplegó su máxima actividad, tres fases destacadas caracterizaron la lucha política: la constitución de los Comités de Liberación Nacional (CLN), la fundación de la República y la aprobación de la nueva Carta Constitucional.

La confluencia de militantes del *Partito d'Azione* (PdA), comunistas, demócrata-cristianos, socialistas y liberales en los CLN asegura una dirección de tendencia unitaria a la resistencia armada contra los alemanes y los fascistas de la República Social Italiana y facilita su desarrollo en la recta final de la campaña de Italia y de la segunda guerra mundial. El CLNAI (CLN Alta Italia) a finales de 1944 consigue arrancar la autorización para representar al Gobierno central en la Italia aún ocupada, promueve la sublevación de abril de 1945 y asegura el relevo de los poderes en el momento de la liberación. En el referéndum institucional de junio de 1946 la orientación republicana de la gran mayoría de la formación antifascista que da vida al Gobierno nacional logra la sanción del electorado; al mismo tiempo es elegida una Asamblea Constituyente en la que DC, PSI y PCI consiguen casi las cuatro quintas partes de los escaños. Dieciocho meses más tarde, en diciembre de 1947, la Constituyente aprueba la nueva Carta Constitucional que entrará en vigor el 1 de enero de 1948. En esta fecha, sin embargo, el cuadro político ha cambiado profundamente. La coalición antifascista de Gobierno se había disuelto definitivamente en mayo de 1947. La exclusión del Gobierno

de comunistas y socialistas había llevado a la formación de un Gobierno de centro-derecha, preludio de los gobiernos centristas que, siempre bajo el liderato del político católico De Gasperi, gobernarán ininterrumpidamente el país en los años de la primera legislatura republicana (1948-1953). Será puente entre las dos fases el triunfo electoral democristiano del 18 de abril de 1948, que asegura a la OC la mayoría absoluta en el Parlamento sancionando al mismo tiempo la salida moderada de la larga y difícil transición abierta tras la caída del régimen fascista.

El declive de la coalición antifascista fue, pues, anterior a la aprobación de la Constitución; por otra parte, también el período anterior había sido salpicado por tensiones crecientes dentro de la alianza, tensiones provocadas no sólo por el desarrollo de las relaciones internacionales (deterioro de las relaciones entre las potencias occidentales y la Unión Soviética), sino también por la distinta identidad ideológica, política y social de los partidos integrantes de la coalición y por el hecho de que tales discrepancias se hacían más patentes cuanto más la formación antifascista tomaba contacto con los problemas del país. Teniendo en cuenta todo ello, CLN, República y Constitución aparecen no sólo como el resultado de un esfuerzo común que consigue prevalecer sobre las divergencias, sino también como metas alcanzadas a través de trabajosos compromisos, ocasiones de contrastes significativos y conquistas en distinta medida parciales y precarias. Es necesario entonces volver a recorrer los años 1943-47 para entender mejor la compleja lección que encierran, para delinear los diversos impulsos que se han producido, para evidenciar los objetivos realizados (y en primer lugar la República) y finalmente para captar los elementos de contraste que paulatinamente se han ido acumulando. Si no se tiene en cuenta toda esta complejidad tanto de los pactos como de las tensiones se nos escapa el valor periodizante que tuvieron aquellos años de la historia de Italia del siglo XX y es imposible comprender del todo cómo los acontecimientos de aquel entonces continúan siendo objeto de una constante disputa tanto política como historiográfica, disputa que hoy en día se ha reavivado más a raíz de lo que comúnmente se ha dado en llamar crisis de la primera República.

En los CLN —como se ha dicho— los partidos antifascistas aunaron sus esfuerzos para guiar la salida del fascismo. Sin embargo, la política de unidad nacional contra los alemanes invasores y los co-

laboracionistas fascistas de la RSI tuvo un área de acción que iba más allá del ámbito antifascista. En ella el antifascismo se saldaba con el Estado monárquico que en el Sur había sobrevivido al armisticio del 8 de septiembre de 1943. El prejuicio antimonárquico que se fundamentaba en la denuncia del contubernio de la corona con el fascismo (uno de los *leitmotiv* de la propaganda antifascista a lo largo del transcurso del régimen) fue congelado y en abril de 1944 el Mariscal Badoglio pudo dar entrada en el Gobierno a exponentes de los partidos del CLN. La disponibilidad del PCI, manifestada por Palmiro Togliatti a su regreso a Italia desde la Unión Soviética, facilitó la operación. La preocupación de movilizar todas las energías en la lucha contra el nazifascismo iba acompañada, en el diseño del líder comunista, por la voluntad de secundar la política exterior soviética que, dando por hecha la inserción de Italia en la esfera de influencia angloamericana, presumía moderación para conseguir a cambio una postura análoga de las potencias occidentales en la Europa oriental y balcánica, hacia la cual se orientaban las miras expansionistas de la URSS. Si la entrada de los partidos antifascistas en el Gobierno facilita la actividad militar de la resistencia en el centro-norte (gracias también a un mayor compromiso de los angloamericanos en sostenerla), al mismo tiempo da lugar a una serie de asimetrías políticas que se reflejan sobre los equilibrios internos de la formación antifascista. Se tuvo una prueba de ello tras la liberación de Roma en junio de 1944. Vittorio Emanuele III abdicó y delegó sus poderes en su hijo Umberto; el Gobierno (desde entonces y hasta la conclusión de la contienda se sucedieron dos ejecutivos presididos por el anciano político socialdemócrata Bonomi) osciló —en la individualización de su referente institucional— entre Umberto y el CLN, pese a que este último había reivindicado para sí el ser la única y legítima fuente de poder. Además se remonta a esta fase el acuerdo, que luego sería desechado, de confiar la elección de la forma institucional del Estado a la Asamblea Constituyente que se elegiría en el momento de la liberación del país.

En las regiones septentrionales, donde se desarrollaba principalmente la resistencia armada, el compromiso GLN-monarquía despertó recelos y también resentimientos. Aunque no faltasen formaciones partisanas llamadas autónomas, a menudo al mando de oficiales del ejército fieles a la corona, la mayor parte de las unidades estaban bajo el mando de las Brigadas Garibaldi y de *Giustizia e Libertà* que

actuaban a las órdenes del Partido Comunista y del PdA, respectivamente. Además, la unidad antifascista que se había realizado en los CLN, pese a ejercer un papel suficientemente propulsor en 10 concerniente a la expansión de la guerrilla y sobre todo a su acreditación en el plano político, revelaba al mismo tiempo limitaciones innegables justamente en la cuestión de fondo, es decir, en 10 relativo a las perspectivas futuras de los propios Comités, y concretamente si deberían continuar ejerciendo un papel, y cuál, también después de la liberación. A caballo entre 1944 y 1945 los partidos antifascistas se enfrentan sobre este dilema con el resultado de un cuadro de posturas ampliamente divergentes. Al PdA, que indica sin vacilaciones en los CLN el instrumento que deberá guiar también la fase sucesiva de la transición (y a este papel de los Comités confía la contraseña de la «revolución democrática»), democristianos y liberales contraponen que los CLN tienen valor sólo en cuanto respuestas contingentes a una situación excepcional y que por 10 tanto deberán cesar con el fin de la emergencia y ceder el paso a órganos y dirigentes avalados por las elecciones del electorado. Diversamente, sostienen además DC y PLI, los Comités asumirían una función jacobina que corre el riesgo de reproducir, con signo inverso, el poder tiránico contra el cual se lucha. Si la réplica de los componentes moderados es de clara intransigencia, también la postura de socialistas y comunistas, pese a reconocer los méritos de los CLN y la tarea esencial que han desarrollado, lleva hacia direcciones muy alejadas de la propuesta de los miembros del PdA. El PSI considera la liberación como un paso hacia cambios en sentido socialista y opina por 10 tanto que organismos tales como los CLN, expresión de corrientes políticas distintas y vinculados a la norma de la unanimidad, representarían un freno más que un empuje. El PCI, por el contrario, pone en primer plano el problema de las alianzas, considera que es preciso hacer cualquier esfuerzo para continuar en la línea de colaboración con la DC en cuanto expresión de las masas católicas y ve por 10 tanto en los CLN sólo unos instrumentos transitorios de movilización. La suerte de los Comités, pues, está echada aun antes de la sublevación. Durante el Gobierno presidido por Ferruccio Parri (junio-noviembre de 1945), el más próximo, por su línea de conducta y composición interna, al frente antifascista que había guiado la resistencia, los CLN continuarán subsistiendo, pero sólo como órganos de orientación y consulta. Aplastados por la Administración militar aliada y de hecho abandonados

por los principales partidos, perderán rápidamente toda función real.

Tras la formación, en noviembre de 1945, del primer Gabinete presidido por el líder católico Alcide de Gasperi, la situación política entra en una nueva fase que ya se desarrolla fuera del esquema ceele-nista y gira alrededor de la colaboración entre democristianos, comunistas y socialistas. El peso de la DC aumenta progresivamente al aprovecharse no sólo del apoyo de la Iglesia católica (un apoyo totalmente inspirado en la intransigencia anticomunista), sino también del respaldo de los angloamericanos que por supuesto el propio De Gasperi solicita repetidamente. Estos condicionamientos aparecen muy claramente a través de la creciente inflexibilidad de las fuerzas moderadas que guían el proceso de normalización. Las decisiones (tomadas por el Gobierno tras agotadoras negociaciones) de confiar la elección institucional directamente al electorado y no a la Asamblea Constituyente (como se había acordado en 1944) y de restar a esta última los poderes de Parlamento ordinario reflejan la voluntad de compensar, con la influencia de la opinión moderada mayoritaria en la capital y en el Sur, la movilización de la izquierda, especialmente viva en el resto del país.

La recuperación de las fuerzas conservadoras es un hecho y el voto del 2 de junio de 1946¹⁰ refleja. La República prevalece, aunque con una diferencia mínima, y sobre todo en el Sur, declaradamente monárquico. En la Asamblea Constituyente, socialistas y comunistas disponen cada uno de una quinta parte de los escaños, pero al mismo tiempo la afirmación demócrata-cristiana (casi una tercera parte de los escaños) configura a este partido como el pernio de una futura mayoría anticomunista. Por otra parte, la iniciativa de las izquierdas en el Gobierno se ve frenada por el miedo de una crisis en las relaciones con la DC. Relaciones de las que en particular los comunistas tienen una visión de futuro anclada en la prioridad de los acuerdos en la cumbre. Por otro lado, la instancia a nivel de intervenciones de reformas en el campo económico y social, esencialmente marcada por las presiones derivadas de los conflictos sindicales, se ve afectada también por las graves insuficiencias en la capacidad de formular propuestas concretas.

En el arco de tiempo que va desde el voto de junio de 1946 hasta mayo de 1947 (cuando, como se ha dicho, comunistas y socialistas saldrán del Gobierno) se agrava la crisis de la colaboración entre los principales partidos de la coalición antifascista debido a factores tan-

to externos como internos. En el interior se levanta la voz de quienes reclaman la contraposición de la DC a los socialcomunistas. Se trata de un frente amplio y complejo, que se extiende desde los influyente ambientes de la jerarquía eclesiástica hasta el movimiento de protesta del *Uomo QuaLunque*, desde la clase empresarial del Norte hasta los grandes terratenientes del Sur. También tienen una nada desdeñable influencia las relaciones internacionales que muestran señales cada vez más evidentes de ruptura entre las potencias occidentales y la Unión Soviética y la consiguiente y cada vez más estrecha vinculación de Italia al área de hegemonía de los Estados Unidos. Por otra parte, en opinión de De Gasperi, el inmediato alejamiento de comunistas y socialistas del Gobierno dejaría descubierto el flanco sobre cuestiones que representan otras tantas etapas esenciales de la transición: la firma del Tratado de Paz y el comienzo de los trabajos de la Constituyente. Cuando se abra la crisis la primera cuestión ya se habrá resuelto, pero no la segunda. Y, en efecto, será decisivo el peso de la coyuntura económica con el verificarse de un abrumador proceso inflacionista que obligará al Ejecutivo a tomar unas decisiones hasta entonces aplazadas. De hecho, el cuarto Gabinete De Gasperi, formado en junio de 1947, acometerá prioritariamente la lucha contra la inflación, confiándola a los exponentes del liberalismo más ortodoxo, Luigi Einaudi en primer lugar, tendiendo un sólido puente hacia los intereses de la gran industria. El cambio radical de la mayoría de gobierno no tiene efectos devastadores sobre los trabajos de la Asamblea Constituyente, ya que la izquierda, a pesar de todo, permanece ligada a la perspectiva de una posible reanudación del diálogo con la DC (el nuevo Gobierno se mantiene sobre una exigua y precaria mayoría de centro-derecha). De este modo, en los últimos meses de 1947 maduran dos procesos claramente divergentes: por un lado se consolida la coalición moderada que configura el bloque de las fuerzas que triunfarán en las elecciones del 18 de abril de 1948 para la primera legislatura republicana; por otro, llega a buen puerto la elaboración de la Carta Constitucional merced a la colaboración entre católicos y marxistas en los principios programáticos cuya ejecución deja a las futuras mayorías de gobierno. Se puede por lo tanto afirmar que el cuatrienio 1943-1947, en el cual se configura el nuevo régimen republicano, se cierra destacando dos datos relevantes. Por un lado, la capacidad de la coalición antifascista para guiar la salida del fascismo realizando un cambio radical de la clase política

y sentando las bases (República-Constitución) del nuevo sistema; por otro, las limitaciones de la alianza que reenvían tanto a elementos preexistentes (la variedad y también la heterogeneidad de la coalición antifascista) como al nuevo escenario mundial delineado por la incipiente guerra fría que actúa como catalizador de los conflictos latentes en la sociedad italiana alimentándolos con todos aquellos factores -ideológicos, culturales y de política de potencia- presentes en el enfrentamiento global Este-Oeste ¹.

Las primeras reflexiones sobre la transición del fascismo a la República, el pasaje de la unidad antifascista a la República moderada, se producen en los ambientes políticos y culturales que han sucumbido. Antes aún que de comunistas y socialistas la denuncia de la «crisis de la Resistencia» proviene de los militantes del *Partito d'Azione* que habían desempeñado un papel muy destacado en la promoción de la lucha armada pero que, a raíz de la crisis del Gobierno Parri, en otoño de 1945, habían salido de la escena (en las elecciones de 1946 conseguirán un puñado de votos, el partido se disolverá al año siguiente y la mayor parte de sus exponentes confluirá en el PSI). El núcleo central de la denuncia, sin embargo, no representa sólo el legado testamentario de quienes podían considerarse los derrotados por excelencia, sino que incluirá también una serie de temas e interrogantes ampliamente retomados por la historiografía posterior. En este sentido el discurso iniciado por los militantes del PdA da vida a una página de historia de la cultura política que sobrepasa el restringido círculo intelectual en el cual el propio partido ejercía mayoritariamente su influencia. La explicación de la que los militantes del PdA consideran como la desperdiciada «revolución democrática» está dentro de la parábola del antifascismo, de la que subraya todas sus lagunas, incertidumbres y contradicciones. La «crisis de la Resistencia» no es, pues, un fenómeno posterior a la liberación, sino un factor ya

¹ Para un perfil completo de los años 1943-1948 véase GINSBORC, P., *L'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, 1989. Contribuciones de carácter monográfico sobre aspectos y temas específicos en PISCITELLI, E. (ed.), *L'Italia 1945-48. Le origini della Repubblica*, Turín, 1974; WOLF, S. (ed.), *Italia 1943-1950. La ricostruzione*, Bari, 1974; CASTRONOVO, V. (ed.), *L'Italia contemporanea 1945-1975*, Turín, 1976; FLORES M. (ed.), *Gli anni della Costituente. Strategie dei governi e delle classi sociali*, Milán' 1983. Sobre el papel de los principales partidos véase GAMBINO, A., *Storia del dopoguerra. Dalla liberazione al potere DC*, Bari, 1975. Sobre el período 1945-1946 los textos recopilados en VV. AA., *L'Italia dalla liberazione alla Repubblica*, Milán, s. f.

en acto en el transcurso de la lucha armada y debido a las decisiones que se tomaron entonces. Lo que se pone especialmente en tela de juicio es la subvaloración de los problemas relacionados con la organización y dirección del Estado, por lo que el amplio movimiento que había sido impulsado por la Resistencia, en ausencia de salidas reales, se había estancado. No es difícil encontrar en estos esbozos de análisis unos elementos de enlace con la teorización acerca del papel de los CLN como se desprende en los documentos del PdA de 1944, aquellos que, como ya se ha dicho, habían sido rechazados por el antifascismo moderado al tacharlos de jacobinismo o habían sido desestimados por los partidos de la izquierda histórica (pero por motivos opuestos: por los comunistas para no perder los contactos con la DC; por los socialistas por temor a que impidieran alcanzar objetivos claramente socialistas).

En el mismo período también socialistas y comunistas retoman —y la tradición se prolongará hasta bien entrados los años setenta— perspectivas de juicio fuertemente ancladas a la experiencia de la Resistencia, de manera más lineal y compacta los comunistas, de forma más heterogénea los socialistas, también como reflejo de las vicisitudes atormentadas de este partido durante la postguerra. En efecto, junto a una línea interpretativa complementaria a la comunista y esencialmente centrada en echar la culpa a la prevalencia de las corrientes conservadoras dentro de la DC, los límites y las incógnitas del régimen democrático instaurado con la llegada de la República, se abren camino también voces minoritarias que ponen el acento crítico sobre la primacía reivindicada por el PCI para el partido respecto al movimiento, y sobre la primacía de las alianzas de gobierno respecto a la movilización popular. Y en efecto, la prioridad que el PCI reconoce a la política de las alianzas empuja progresivamente, a través de la transferencia a veces mecánica de temáticas propias de la lucha política sobre el plano historiográfico, a situar el punto de cambio del reflujo postbélico en la agregación, en torno al partido católico, de intereses conservadores que frenarían y sucesivamente bloquearían el impulso innovador surgido de la Resistencia. El propio Togliatti lo hace objeto de una reflexión histórica. Indirectamente, como cuando en 1950 rememora la figura de Giovanni Giolitti presentándolo (en clave de confrontación no sólo con el fascismo, sino también con el poder democristiano) como quien «entre los hombres políticos de la burguesía... ha ido más allá tanto en la comprensión

Resistencia y República. Un debate ininterrumpido

de las necesidades de las masas populares como en el intento de dar vida a un orden político de democracia y en la formulación de un programa en el que se vislumbró, aunque en esbozo, la esperanza de una renovación». Directamente cuando (poco después de la muerte dell'ider católico) dedica un amplio análisis a la labor de De Gasperi destacando su aspecto negativo sobre todo en el hecho de haber favorecido un doble proceso regresivo: «restituyendo el poder económico a una clase dirigente capitalista, cerrada y egoísta... y atribuyendo a las autoridades eclesiásticas una nueva forma de poder político». Pero, añade enseguida Togliatti: «A nosotros los comunistas no nos ha detenido.» El PCI continuó afianzándose cada vez más en la sociedad italiana hasta llegar a convertirse en parte integrante de la realidad nacional, proceso en cuya base está el papel vanguardista y de primer plano que el partido supo conquistarse en el antifascismo y la resistencia. La posición adquirida a través de la Resistencia se convierte por ello en la confirmación de la función del PCI, reivindicada como irreversible. Los puntos cruciales son por ello evidentes: la supremacía comunista en la Resistencia y la restauración democristiana en la postguerra. Los dos momentos se entrecruzan y se iluminan mutuamente porque no habría sido posible la restauración capitalista si antes ese poder no hubiese sido sacudido por la hegemonía que, gracias al PCI, la clase obrera había ejercido sobre el movimiento de la Resistencia. Más adelante volveremos sobre esta última afirmación, ya que constituye un referente nada despreciable del debate continuidad-ruptura que se desarrollará en los años setenta.

Ante estas valoraciones, la literatura de orientación moderada que se produce inmediatamente después de los acontecimientos encuentra algunas dificultades de explicación. La referencia a la Resistencia va acompañada de muchas salvedades. La guerra de liberación sigue siendo un paso obligado hacia la salida de la crisis provocada por la caída del régimen fascista, pero no se la considera como un proceso lineal y autosuficiente que a partir de 1943 conduce a la República. Se vuelve a subrayar, mucho más de 10 que se había hecho durante el desarrollo de los acontecimientos, el carácter contingente de la alianza que dio vida a los CLN y se destaca que este acuerdo, por estar determinado por las necesidades bélicas, no podrá continuar después del fin de la guerra.

Esta referencia vale incluso para confirmar la aseveración de que había sido una guerra de liberación, cuya manifiesta finalidad pa-

triótica legitimaba definirla *secondo Risorgimento*, expresión, más que el primero, de un vasto movimiento espontáneo socialmente indiferenciado. Esta interpretación será cumplidamente puntualizada en el curso de los años sesenta pero muchos de sus elementos constitutivos ya están presentes. Cuando por ejemplo se trata de especificar la aportación católica el acento se pone sobre el rechazo, en ella implícito, de las formas extremas de lucha y por consiguiente de su valor de antídoto respecto a la radicalización perseguida por los comunistas. Se puede por lo tanto evidenciar que la visión de la Resistencia y del nacimiento de la República, dominante en los años cincuenta, coincide con los términos de la lucha política tal como habían cristalizado desde 1947. Visión que sirve sobre todo para confirmar la coherencia interna de las elecciones realizadas por cada partido. Esto no significa la ausencia de temáticas que puedan ser objeto de un desarrollo historiográfico, sino que su formulación en modos demasiado subordinados a la contraposición moderados/izquierda dificulta su utilización en sede de investigación 2.

El panorama cambia en los años sesenta. El comienzo de la distensión Este/Oeste y sobre todo, en el interior, el paso desde gobiernos centristas a gobiernos de centro-izquierda (sustentados sobre una DC que toma distancias de la extrema derecha y de un Partido Socialista que ya se ha alejado totalmente de los comunistas) favorecen la imagen de la República «nacida de la Resistencia». Los riesgos de cristalizar la guerra de liberación en una vulgata oficial se hacen rápidamente evidentes (y darán vida a la tradición de la «Resistencia ensalzada»), sin embargo la atenuación de algunos de los prejuicios anteriores consiente una aproximación y una discusión más articulada de las tesis interpretativas. En breve sin embargo, esta nueva es-

² Sobre la «crisis de la Hesistencia» véase la revista *IL Ponte*, noviembre-diciembre de 1947. Las citaciones contenidas en el texto están sacadas de TOGLIATTI, P., *Momenti della Storia d'Italia*, Roma, 1963 (sobre la política del líder comunista es útil CAROCCI, C., «Togliatti e la Hesistenza», en *Nuovi Argomenti*, febrero de 1962); BATTACIA, H., «Le idee deHa Hesistenza», en *Pa.5sato e Presente*, diciembre de 1959; SERENI, K., «Appunti per una discussione sulla politica di fronte nazionale e popolare», en *Critica marxista*, abril de 1965. Sobre la postura de parte de la cultura política socialista, véase BASSO, L., «Il rapporto tra rivoluzione e democrazia e rivoluzione socialista nella Hesistenza», en *Critica marxista*, junio de 1965. Sobre las elaboraciones de matriz católica, HOSSINI, G., *Il fascismo e La Resistenza*, Roma, 1955, y COLTA, S., «Lineamenti di storia della Resistenza italiana nel periodo dell'occupazione», en *Rassegna del Lazio*, octubre de 1964.

tación se mezcla con los fermentos producidos por los movimientos juveniles y obreros de finales de los años sesenta. En las culturas que ellos expresan, la memoria de la Resistencia constituye un punto de referencia obligado que no sirve para convalidar sino para negar el presente. La imagen es la de la «Resistencia traicionada», es decir la de un movimiento cuya carga innovadora habría sido obstaculizada no sólo por los intereses conservadores, sino también por una izquierda dispuesta a sacrificar sus propios objetivos a la alianza con los moderados. Desde esta perspectiva de juicio, la involución de la posguerra es achacada en primer lugar a la postura de renuncia del PCI, decidido a esterilizar y actuar diplomáticamente frente a cualquier situación potencialmente revolucionaria. A través de una abundante literatura, que a menudo mezcla y superpone publicística política y ensayo historiográfico, el punto de cambio se sitúa dentro de la línea del PCI, en el contraste tenido como insalvable entre la política de unidad nacional y la perspectiva clasista. Planteado de este modo, el problema histórico de la Resistencia encontraba su síntesis y su representación en la contraposición entre la «espontaneidad» obrera y la «organización» del Partido, la primera portadora de instancias radicales, la segunda empeñada en enjaularlas en los diseños estratégicos de la cumbre. Más allá de sus evidentes esquematismos (que inducían a encasillar todo momento y aspecto en un modelo explicativo preconcebido), la tesis tenía el mérito de replantear, bajo un distinto perfil, cuestiones hasta entonces poco investigadas. La correlación espontaneidad-organización reabría el no fácil discurso sobre la relación entre la gran mayoría de quienes habían sido empujados hacia la Resistencia por la crisis de 1943 y los cuadros del antifascismo del ventenio e inducía incluso a releer, desde una óptica mucho más crítica, episodios como las protestas obreras de marzo-abril de 1943, que la tradición comunista desde siempre había reivindicado como obra directa de los cuadros del partido. Y sin embargo en la mayoría de los casos la exasperada polarización espontaneidad-organización se limitaba a servir de presupuesto para volver del revés la versión anterior, trasladando la primacía desde el partido a la clase. La clase obrera se convertía así en depositaria del auténtico espíritu de la Resistencia, sus iniciativas coincidían con los momentos más álgidos del movimiento y dictaban el paradigma sobre el que medir sus éxitos. Por ello la crítica a la línea de Togliatti, juzgada compromisorio y preventivamente renunciataria ya que tendía a disciplinar, si no a este-

rilizar, la carga potencial que latía en las luchas obreras. La versión comunista oficial coincidía en afirmar -como escribió Battaglia, entre otros- que la Resistencia había sido «dirigida por la clase obrera» y consideraba, -son palabras de Sereni-, el posterior «sacrificio de los objetivos socialistas» como un inevitable parón debido a «ese numen implacable ante el cual se celebran todos los grandes sacrificios de la historia: los númenes y el altar de las relaciones de fuerzas». La «nueva izquierda» por el contrario hipotizaba una separación original, genética, de finalidades entre la «espontaneidad» obrera y la lógica de mediación en la que había quedado atrapado el grupo dirigente del Partido. Cabe sin embargo observar que la contraposición entre estas dos interpretaciones presuponía una premisa común, es decir que en los años 1943-1945 hubiesen sido sacudidas las bases del sistema capitalista; de hecho ambas veían la posguerra como el lugar de la «restauración capitalista» que, para unos había nacido de desfavorables relaciones de fuerza y para otros de la aquiescencia del PCI hacia los componentes moderados de la coalición antifascista.

Si hoy, con la distancia del tiempo, volvemos a considerar aquella disputa, su orientación hacia la individualización de una fase de «restauración capitalista» aparece mucho más significativa que la contraposición clase/partido. Poner el poder económico bajo la lupa y recorrer la transición desde el fascismo a la República como si hubiese sido caracterizada por una debilitación de ese poder significa mirar a los años que van desde 1943 a 1945 desde un observatorio en condiciones de revelar algunas tendencias de fondo de la Italia del siglo XX. Si a esto le añadimos que en el mismo periodo de tiempo retomaba vigor -a raíz también de la biografía de Mussolini que Renzo de Felice empezó a publicar hacia la mitad de los años sesenta- la discusión sobre las interpretaciones del fascismo, se puede fácilmente comprender como se iba delineando una amplia área de debate estructurada sobre el entrecruzarse de los cambios políticos (desde la Italia liberal a la fascista y luego a la republicana) por un lado y por otro las persistencias visibles a nivel de agregaciones económicas, jerarquías sociales, y aparatos públicos. Al mismo tiempo el primer ventenio republicano adquiriría una importancia extraordinaria gracias a las profundas transformaciones que se iban produciendo (establecimiento de una sociedad industrial por caminos que parecían aún englobar y volver a proponer desequilibrios y dualismos an-

tiguos) y que reverberaban sus efectos incluso sobre la cultura histórica induciéndola a replantearse el interrogante sobre el sentido del acontecer post-unitario en su conjunto. En el trasfondo de esta perspectiva más **amplia**, la transición del fascismo a la República aparecía como un caso de estudio ejemplar, un terreno más significativo que cualquier otro para reflexionar acerca del nexo continuidad/ruptura como punto de partida para poder comprender mejor los fenómenos que se habían producido en aquel momento. Guido Quazza fue el historiador que trató de manera más orgánica estas temáticas y evidenció de modo significativo su alcance postulando una más estrecha correlación entre Resistencia e historia de Italia. La visión de un proceso claramente dividido en dos tiempos (la apertura revolucionaria que representó la resistencia antes, la retirada de la postguerra después) cedía el paso a un análisis más profundo del carácter específico de cada sujeto y situación. Los distintos aspectos del movimiento de resistencia asumían un cariz más concreto (las luchas obreras, pero también el mundo campesino como contexto en donde había madurado principalmente la relación guerrilla-sociedad; la iniciativa política y militar de los partidos, pero también el bando partisano como entidad ampliamente autónoma que había afrontado la prueba valiéndose en primer lugar de sus propios recursos, ya que la red de los CLN y de los núcleos del partido eran a menudo una realidad lejana) y transmitían a la postguerra un legado que no coincidía necesariamente con las dinámicas que se iban produciendo en el seno del recién formado sistema de los partidos. De este modo emergía más claramente el hecho de que la guerra partisana había germinado desde las capas más **bajas**, la incidencia de lo que Quazza definía «antifascismo existencial» y la presencia de fermentos de contestación explícita a la estructura social que el fascismo había plasmado. Algo muy distinto evidentemente de la hipótesis de un manifiesto estado de crisis del poder capitalista que de todos modos no había atravesado pasivamente el bienio 1943-1945, sino que había tejido, a menudo al mismo tiempo, una tupida red de intercambios bien sea con los alemanes invasores, bien sea con los angloamericanos y el movimiento antifascista. El discurso a propósito de continuidad/ruptura se transfiere de este modo sobre el impacto que la Resistencia había producido en los demás protagonistas de aquel período y en este sentido la reconstrucción de la inmediata postguerra se concentraba sobre la relación entre el cambio radical de la clase po-

lítica, que la Resistencia y el nacimiento de la República habían producido en las zonas del centro y del norte, y los crecientes factores de continuismo todavía activos tanto en la vertiente institucional como en la social. Cuestiones como la de la falta de depuración no sólo expresaban muy bien la capacidad de autodefensa y autoconservación de amplios sectores de la burocracia y de los cuerpos del Estado que habían colaborado estrechamente con el régimen fascista, sino que incluso evidenciaban la extendida convicción, por parte del antifascismo, de que los vuelcos políticos de por sí, fisiológicamente, habrían generalizado el cambio. En consecuencia, la relación política-administración se había quedado en el limbo de afirmaciones de principio genéricas, como confirmarían las decisiones de la Asamblea Constituyente en materia de estructuración del Estado. Desde un mismo punto de vista cabe mirar a la vertiente social. Dado por descontado que la instauración de un régimen de democracia política conllevaba de por sí la adopción de un sistema de relaciones sociales antitético a la experiencia fascista, la posibilidad de llevar a cabo unas intervenciones de reforma sobre el cuerpo de la sociedad y de la economía italianas no sólo estaba condicionada por la falta de homogeneidad de los intereses presentes en la coalición antifascista sino que dependía también de la capacidad de los propios antifascistas para percibir lúcidamente las dinámicas que se producían en la sociedad italiana y entender qué huellas había dejado en la misma la labor del gobierno fascista. El convencimiento, entonces muy arraigado, de que el fascismo no había sido más que una dilatada fase de estancamiento económico y de inmovilismo social no favorecía, por supuesto, aquella percepción. A la coexistencia de orientaciones sociales divergentes y al conocimiento aproximativo de la realidad social se añadía, además, el hecho de que los modos de ejercicio del poder (en la práctica totalmente concentrado en las manos del ejecutivo hasta las elecciones de 1948 para la primera legislatura republicana), aún anclados a aquella regla de la unanimidad que ya había estado en vigor en los CLN, acentuaban, en este campo más aún que en el político-institucional, la facultad de los componentes moderados de interceptar y bloquear resoluciones que pudieran resultar desfavorables a los intereses que ellos mismos representaban. Y es en este contexto en el que en torno a la DC se van agregando progresivamente sólidos intereses conservadores (primeros entre todos los de amplias capas de la burguesía industrial que ven en el Partido católico una alternativa

a un Partido liberal demasiado débil y demasiado meridionalizado). Dicha agregación sin embargo no constituye un presupuesto sino un resultado de la lucha política tal y como se había ido desarrollando en el bienio 1943-1945.

Aparece por lo tanto poco productivo evocar la acusación de «traición» que las izquierdas dirigieron entonces a la Democracia cristiana; al contrario, es más procedente valorar la forma en que el nuevo régimen de los partidos, en su conjunto, se relacionaba con el país. En efecto, el ejercicio del poder reprodujo el esquema de un jacobinismo desde arriba que sin embargo retomaba sólo aparentemente la fórmula que el *Partito d'Azione* propuso en 1944. Prolongar la vida de los CLN más allá de la liberación hubiera significado entonces introducir un corte limpio con respecto al ordenamiento anterior. La necesidad de mediaciones y compromisos no hubiera faltado pero habría existido sólo en el seno de la coalición antifascista. La lógica de la normalización a la cual, aunque por distintas razones, se amoldaron los principales partidos creó sin embargo una situación de estancamiento que se resolvió a favor de las fuerzas conservadoras justo cuando el contemporáneo agudizarse de los conflictos internos y de las tensiones internacionales hizo imposible el proseguimiento de la colaboración de gobierno entre los católicos por un lado y los comunistas y socialistas por otro ³.

³ Sobre el nexo espontaneidad-organización es útil la reconstrucción contenida en BERTOLO, G., y otros, *Operari e contadini nella crisi italiana del 1943-1944*, Milán, 1974 (pero véase también la introducción de Guido Quazza quien puntualiza sobre la discusión entre los estudiosos y los resistentes que investigan en el Instituto Nacional para la Historia del Movimiento de Liberación en Italia). Sobre las decisiones económicas de la reconstrucción, véase OANEO, C., *La politica economica nella ricostruzione 1945-1949*, Turín, 1975. En lo relativo a la disputa continuidad-ruptura el estudio más exhaustivo es el de QUIAZZA, G., *Resistenza e storia d'Italia*, Milán, 1976. Anteriormente QUIAZZA había publicado también *La Resistenza italiana. Appunti e documenti*, Turín, 1966, y posteriormente delinearía las premisas para una nueva historia general de la Resistencia, después del primer y único intento llevado a cabo por BATTACLIA, ROBERTO, (*Storia della Resistenza italiana*, Turín, 1953), en «La guerra partigiana: proposte di ricerca», en FERRATINI Tosl, F.; GRASSI C., y LECNANI, M. (eds.), *L'Italia nella seconda guerra mondiale e nella resistenza*, Milán, 1988. A propósito de la «restauración capitalista», véase LECNANI, M., «Restaurazione padronale e lotta politica in Italia 1945-1948», en *Rivista di storia contemporanea*, enero de 1974. Sobre el peso del continuismo burocrático y de los aparatos estatales (terna sobre el cual ya había llamado la atención CIABOD F., *L'Italia contemporanea 1918-1948*, Turín, 1961), véase PAVONE, C., «La continuità dello Stato. Istituzioni e uomini», en *Italia 1945-48. Le origini...*, cito

A comienzos de los años ochenta asistimos a un nuevo cambio de escenario. La confrontación sobre el eje continuidad/ruptura se extingue probablemente sin haber agotado todas sus potencialidades. Paralelamente la historiografía de la Resistencia se adentra en un análisis cada vez más profundo del movimiento, poniendo de relieve las culturas individuales y colectivas de los resistentes y en primer lugar las de los partisanos combatientes. El ensayo de Claudio Pavone sobre la «moralidad en la Resistencia» no es sólo la expresión más ejemplar de esta fase de estudios (que, además, vuelve a proponer aquella definición de guerra civil que la cultura antifascista había ignorado largo tiempo: sobre un aspecto del amplio debate que nació volveremos a hablar más adelante) sino que viene a confirmar la escasa atención que había despertado el tema de los resultados de la guerra de liberación que, sin embargo, hasta entonces había representado un aspecto destacado de la literatura sobre la resistencia en sus diversas expresiones. Hacia finales de los años ochenta, después de las primeras semblanzas que se remontan a la década anterior, la Italia republicana entra a formar parte, de manera estable, de los estudios de historia general: la fase constituyente de la República continúa siendo un pasaje de gran relevancia pero ahora aparece sólo un segmento de un camino mucho más complejo que se alimenta de aportaciones y temas ya separados de los problemas de sus «orígenes». Estos últimos, sin embargo, vuelven a ser terreno de confrontación (y sobre todo de contraposición) a principios de los noventa como reflejo del debate político que acompaña a la crisis de la «primera República». Una vez más, pues **-hay que subrayarlo-** los acontecimientos de los años 1943-1948 se reproponen y se reviven, quizá con más fuerza que en el pasado, según un estrecho entrelazamiento-superposición entre impulsos político-prácticos y elaboraciones historiográficas.

Son los primeros en dictar los tiempos y los modos de la reanudación de la discusión y ello explica el vuelco radical de las perspectivas interpretativas con respecto a los años precedentes. Entonces la discusión se había centrado en los caracteres de la guerra partisana, la cohesión y la fuerza de la coalición antifascista, su capacidad de realizar un régimen de democracia política y social cumplida que encontrara su premisa necesaria en la instauración de la República. Se trataba pues de analizar y verificar qué impacto había tenido la guerra de liberación sobre la estructuración post-fascista. Ahora la

crítica tiende mayoritariamente a rebatir no el alcance sino la legitimidad de los cambios simbolizados por la instauración de la República, postulando una relación instrumental de filiación entre la crisis del sistema político estallada a comienzos de los años noventa y la conclusión de la transición de los años cuarenta. Los puntos destacados de la contestación son tres: la contaminación de la coalición antifascista debida a la presencia del Partido Comunista que, al ser antifascista pero no democrático, impide la ecuación antifascismo-democracia; la insuficiente representatividad del movimiento de Resistencia, ampliamente minoritario no tanto respecto al adversario fascista como con relación al conjunto de la sociedad italiana; el carácter instrumental del pacto ceelenista que ambiciona resolver la crisis de 1943 en una perspectiva de mero poder, garantizando posiciones de privilegio a los partidos que lo han contraído. Como se ve, se trata de valoraciones vinculadas entre sí, tendentes a negar de raíz la legitimidad republicana, convirtiéndola de autoreconocimiento de todas las fuerzas que, aunque con motivaciones distintas, habían luchado contra el fascismo, en una especie de movimiento avasallador, animado únicamente por la voluntad de monopolizar la sucesión a la dictadura.

Esta última afirmación se puede referir fácilmente al contexto en el cual se desarrolla en la actualidad la lucha política en Italia. Ante la crisis de los partidos que han sido los protagonistas de medio siglo de historia republicana, las fuerzas de la derecha que han llegado al poder recorren el mismo camino cuya autoría atribuyeron a culpa del antifascismo de los años cuarenta: haciendo justicia sumaria del pasado republicano y erigiéndose en intérpretes auténticos de la voluntad general. El hecho de que no pocos intelectuales se proponen como intérpretes de esta nueva visión de los orígenes de la República no modifica, ni por supuesto enriquece, los imperativos político-prácticos sobre los cuales se modelan estas posturas. Sería por otra parte muy equivocado confinarlas en la polémica contingente. En realidad se presentan como resultado de una reelaboración revisionista que ha ido adquiriendo cada vez más fuerza y espacio en los últimos veinte años y que tiene su centro de gravedad en la normalización del juicio sobre el fascismo cuyo principal intérprete es Renzo De Felice. La negación de toda afinidad substancial con el nazismo alemán, el elogio de los aspectos modernizadores de la dictadura mussoliniana y la eliminación del antifascismo de la historia italiana entre las dos guerra

son algunos de los asuntos que deberían conducir a una visión tranquilizadora de la experiencia fascista y a su plena reinserción en la historia nacional. La caída del fascismo a raíz de su desastrosa participación en la segunda guerra mundial (vista, —es la tesis de De Felice—, como un factor exterior, como si el imperialismo fascista no se hubiese empeñado activamente en provocarla y no se reconociese de lleno en ella) ha dejado un vacío que el antifascismo supo aprovechar sin derecho alguno, lucrándose sobre la inesperada perspectiva que la crisis de 1943 le había abierto.

El acontecimiento que se produjo entonces no consistió en la guerra partisana, sino en la condición de lejanía que asumieron la mayoría de los italianos ante el choque entre fascistas y antifascistas, componentes ambos minoritarios. De este modo la categoría de guerra civil, que Pavone repropone para subrayar la radicalidad del choque y la incidencia que tuvo sobre él, más allá de la lucha contra los alemanes invasores, un ventenio de dominación fascista, se convierte en una fórmula reprobatoria cuya única finalidad es designar el conflicto entre dos extremismos. Un conflicto, en todo caso, que desde el punto de vista con el que se le mira aparece ahora sólo como un epifenómeno de la crisis fascista y que consiente prever que la discusión —si consiguen evitar condicionamientos demasiado vinculados a la coyuntura política— encontrará su propio baricentro en la naturaleza y el legado de la experiencia fascista 4.

Traducción: Luigia Perotto

⁴ PAVONE, C., *Una guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza*, Turín, 1991. Sobre las posiciones de Renzo De Felice, además de la biografía de Mussolini en varios tomos (el primero fue publicado en 1965 y el último, relativo a los años 1940-1943, en 1990, también por la Ed. Einaudi), véase en especial/ntervista *sulfascismo*, Bari, 1975. Para las críticas dirigidas a De Felice, véanse TRANFAGLIA N. (ed.), *Fascismo e capitalismo*, Milán, 1976, y QUAZZA, C. (ed.), *Storiografia efascismo*, Milán, 1985. Para las historias generales de la Italia republicana, además de la anteriormente mencionada publicación de Ginsborg, véanse LANARO, S., *Storia dell'Italia repubblicana*, Venecia, 1992, y el primer tomo de BARBACCIALLO, F. (ed.), *Storia dell'Italia repubblicana*, Turín, 1994. Entre las síntesis realizadas anteriormente recordamos sobre todo CAROCCI, C., *Storia d'Italia dall'unità a oggi*, Milán, 1975, y el tomo de RAGIONIRI, E., y PINZANI, C., sobre la historia política y social de la unidad de Italia en *Storia d'Italia*, Turín, 1976.

El debate sobre el modelo de desarrollo italiano

Valerio Castronovo

La formación del mercado único europeo y la unión monetaria representan un decisivo giro para la economía italiana. Del saneamiento de las cuentas del Estado y del cumplimiento de otros compromisos asumidos con la adhesión, en diciembre de 1991, al Tratado de Maastricht (y tendentes a reducir la tasa de inflación y el endeudamiento público) dependerán la efectiva integración de nuestro país en la CEE y su papel en la nueva Europa que está delineándose tras el derrumbamiento de los regímenes comunistas del Este y el ocaso del bipolarismo.

Se está cerrando así un ciclo histórico, marcado por un intenso proceso de transformación pero asimismo por experiencias sumamente contradictorias y por una masa de problemas todavía irresueltos. y se ha abierto una fase de transición cuyo desenlace final es aún imposible de entrever, a causa del entrelazamiento de los efectos de una prolongada recesión económica con los de una profunda crisis del sistema político: las señales de recuperación de la coyuntura aún parecen tímidas y la nueva mayoría gubernamental de centro-derecha salida de las elecciones de marzo pasado está aún a la espera de medirse con los hechos.

No obstante, las vicisitudes del pasado pueden suministrar nos ciertas provechosas indicaciones sobre las tendencias de nuestra economía y sus perspectivas de relanzamiento. El debate historiográfico sobre el modelo de desarrollo italiano nunca ha sido, por otra parte,

un ejercicio académico, ya que ha hecho constantes referencias a la exigencia de identificar tanto las matrices originales cuanto los núcleos estructurales de algunas cuestiones de fondo que presentan todavía hoy un carácter de extremada actualidad.

Empecemos por la cuestión referente a las opciones de política económica del período de la reconstrucción, que tan gran papel desempeñaron para forjar las características de nuestro sistema económico tal y como ha ido configurándose en décadas posteriores. Hoy se opina que tales opciones estuvieron más determinadas por circunstancias y razones de carácter interno que por factores de carácter externo, aun cuando no quepa infravalorar, ciertamente, la influencia que las directrices del Gobierno estadounidense y los nuevos mecanismos de regulación del sistema financiero y comercial internacional ejercieron, como en otros países europeos, en las modalidades de reconversión de la economía italiana. De todos los estudios realizados hasta ahora sobre el tema (de los primeros ensayos de Barucci, Saraceno, Daneo, Dano, Damascelli y De Cecco a los últimos de Gualerni y Mariuccia Salvati) ¹ se desprenden con claridad dos tipos de motivos. Por un lado, emerge la fuerza de choque expresada por los representantes de la escuela del liberalismo económico que, en virtud de la ecuación libertad política-libertad económica y de una terapia de saneamiento financiero capaz de obtener el consenso de la pequeña burguesía, salieron decididamente airoso, hasta el punto de conseguir para sus tesis el apoyo de De Gasperi y del grupo dirigente de la Democracia Cristiana y de superar, una vez que se aseguraron las principales palancas de la política económica, las reservas del Go-

¹ BARUCCI, P., *Ricostruzione, pianificazione, Mezzogiorno. La politica economica in Italia dal 1943 al 1955*, Bologna, 1978 (así como la introducción a SARACENO, P., *Il meridionalismo dopo la ricostruzione*, Milán, 1974); SARACENO, P., *Ricostruzione e pianificazione* (1943-1948), Bari, 1969; ID., «La politica economica internazionale e le scelte di politica economica dell'Italia (1945-1967)», en *Rassegna economica*, mayo-junio de 1973; CECCO, M. DE: «Sulla politica di stabilizzazione del 1947», en ID., *Saggi di politica monetaria* Milán, 1967; DANE0, C., «Il PCI di fronte alla ricostruzione. 1945-1947», en *Rivista di storia contemporanea*, núm. 3, 1973; ID., *La politica economica della ricostruzione. 1945-1949*, Turín, 1975; FANO DAMASCELLI, E., «La ricostruzione antifascista liberistica», en *Il movimento di liberazione in Italia, 1975*; GUALERNI, G., *Ricostruzione e industria. Per una interpretazione della politica industriale nel secondo dopoguerra 1943-1951*, Milán, 1980; SALVATI, M., *Stato e industria nella ricostruzione. Alle origini del potere democristiano* (1944-1949), Milán, 1982.

bierno de Washington, partidario de una total liberalización de la economía italiana en el marco de un desarrollo de los intercambios en el área occidental (esencial para la reconversión del sistema productivo estadounidense), aunque proclive al mismo tiempo, por razones de estabilización política y social, a sostener la necesidad de una acción pública de orientación y coordinación económicas, encaminada a una eficaz utilización de las ayudas del Plan Marshall para la expansión de la base productiva y del empleo ². Por otro lado, emerge la singular debilidad de los partidos de izquierdas, incapaces de formular una propuesta de política económica basada en el papel planificador del Estado como alternativa a la simple restauración de los automatismos del mercado, y forzados a mediar los fuertes impulsos reivindicativos de su base obrera en un marco compatible con sus responsabilidades y sus compromisos políticos en los gobiernos de unidad nacional ³. y ello porque, aun sin proponerse objetivos revolucionarios, sino el advenimiento de una «democracia progresiva» en el ámbito de un entendimiento con las otras fuerzas antifascistas, como el que se realizó en la Asamblea Constituyente, la izquierda marxista no llegó a elaborar (primero por prejuicios ideológicos, y después por cuestiones de alineación internacional) una estrategia que tuviese en la debida cuenta la experiencia de las socialdemocracias europeas que, en gobiernos monocolor o de coalición, habían comenzado, entre finales de los años treinta y la inmediata postguerra, a realizar formas más avanzadas de democracia económica a través de medidas tendentes a conseguir condiciones de pleno empleo, un régimen fiscal progresivo, un sistema eficaz de asistencia pública y la nacionalización de algunos sectores de interés colectivo. Fueron dirimientes en este sentido -amén de las trabas ideológicas del PCI- los errores de hecho y de valoración del partido socialista, el cual hubiera podido apostar por una orientación reformista no sólo para salvaguardar

² Cfr. HARPER, J., *L'America e la ricostruzione italiana*, Milán, 1989; además de BARUCCI, P., *La politica economica internazionale e le scelte di politica economica dell'Italia (1945-1947)*, Florencia, 1973; y WOOLF, J. S. (ed.), *Italia 1943-1950. La ricostruzione*, Bari, 1974.

³ Sobre las presiones de la base obrera y campesina véanse TARROW, S. G., *Partito comunista e contadini nel Mezzogiorno*, Turín, 1972; COTTON, E., *Riorganizzazione capitalistica e lotte agrarie nelle campagne*, Roma, 1972; RUCAFIORI, P., y VENTO, S., *Il triangolo industriale tra ricostruzione e lotte di classe*, Milán, 1973; ALLUM, P. A., «Il Mezzogiorno e la politica nazionale dal 1945 al 1950», en *Italia 1943-1950*, cit.; GANAPINI, L., *Una città, la guerra. Milano 1939-1951*, Milán, 1988.

su identidad, sino para desplazar hacia el centro-izquierda el eje de los equilibrios políticos ⁴. En cuanto al «Plan del Trabajo» presentado en 1949 por la Confederación General del Trabajo (CGIL), que acogía algunas propuestas keynesianas, llegó con retraso, cuando ya la suerte estaba echada, y por ende tropezó tanto con la desconfianza del vértice comunista como con las orientaciones de las principales federaciones de sector en las que prevalecía ya una «cultura obrera» ajena a toda perspectiva de dirección de la economía y basada más bien en un uso alternativo de la tecnología y en la autogestión ⁵. De forma que, excluida por una u otra razón la posibilidad de reformar el sistema, no quedó otro camino que el del choque frontal o una espera pasiva a que aquél se derrumbase cuando ya no fuera capaz de producir desarrollo. Por otra parte, la izquierda infravaloraba las transformaciones acaecidas durante el período fascista, por contradictorias que fueran (desde el creciente papel del Estado en el proceso productivo al reforzamiento de la gran industria y a la progresiva decadencia de la renta de la tierra), así como la importancia que iban a asumir en la reconstrucción postbélica las ayudas estadounidenses y la aportación de nuevos procedimientos tecnológicos y organizativos tomados de los Estados Unidos.

Ha de revisarse no obstante la opinión dominante que atribuye a la orientación neoliberal una incidencia tan grande como para inspirar íntegramente la política económica italiana incluso en el período siguiente a la inmediata postguerra. Es cierto que la política inaugurada en otoño de 1947 por el entonces ministro de Hacienda y vicepresidente del Consejo, Luigi Einaudi, tendente a la consecución de la estabilidad monetaria e inspirada en unas orientaciones de austeridad financiera, halló un denodado defensor en Giuseppe Pella, ti-

⁴ Cfr. CAFACNA, L., «Note in margine alla ricostruzione», en *Giovane Crítica*, núm. 37, 1973; DANEQ, «Il PCI di fronte alla ricostruzione...»; VV. AA., *Trent'anni di politica socialista* (1946-1976), Roma, 1977, Y en particular las ponencias de SPINI, V., y CASTRONOVO, V., así como MORI, G., *La cultura politica nel periodo della ricostruzione*, Bologna, 1980, y SPINI, V., *I socialisti e la politica di piano*, 1945-1964, Florencia, 1982.

⁵ Véanse BECCALINI, B., «La ricostruzione del sindacalismo italiano 1943-1950», en *Italia 1943-1950*, cit., pp. 350 y ss.; TURONE, S., *Storia del sindacato in Italia* (1943-1969), Bari, 1973; CRAVERI, P., *Sindacato e istituzioni nel dopoguerra*, Bologna, 1977, así como los ensayos de SANTI, P.; BONIFATI, G.; YVIANELLO, F., en VV. AA., *Il Piano del Lavoro della CGIL, 1949-1950*, Milán, 1978, amén de *Sindacato, industria e stato nel dopoguerra*, de PESCHIERA, E. (ed.), Florencia, 1976.

tular de Hacienda en los sucesivos gabinetes de De Gasperi. Pero también es cierto que se aplicaron no pocos correctivos a esta línea de conducta, empezando por el mantenimiento de algunos aranceles proteccionistas en varios sectores y por la adopción de especiales medidas de sostén, con objeto de no penalizar exageradamente al sector industrial duramente afectado por la severa crisis deflacionaria de 1947.⁶ Y de atenuar después los efectos de la progresiva liberalización de los intercambios con el extranjero. Además, en el curso de los años cincuenta se introdujeron sensibles modificaciones en la política presupuestaria.⁷ El nivel del gasto efectivo del Estado llegó, en efecto, entre 1950 y 1963, a situarse en torno al 22-23 por 100 de la renta nacional, o sea en un índice notablemente más alto que en cualquiera otra fase anterior de desarrollo de la economía italiana. Y eso ocurrió a causa del considerable aumento del gasto público, tanto en el capítulo de los servicios económicos como en el de las prestaciones y los servicios sociales.

Este cambio resulta mucho más evidente si se tiene en cuenta que a partir de los años cincuenta se puso en marcha (por iniciativa de los ministros Vanoni y Fanfani, representantes de la izquierda democristiana) una política intervencionista encaminada al desarrollo del Sur, a la potenciación de las infraestructuras y del sector energético (cuyas medidas más significativas fueron la reforma agraria, la fundación de la *Caja per il Mezzogiorno*, el plan de viviendas subvencionadas, la financiación de los Ayuntamientos para el desarrollo de las obras públicas, así como la fundación del ENI (*Ente Nazionale Idrocarburi*). Por otra parte, tras haber utilizado parte del fondo-liras, constituido con las ayudas estadounidenses para cubrir las exigencias relacionadas con la renovación de instalaciones de las principales empresas, se llegó (coincidiendo con la fase expansiva provocada por la guerra de Corea) a aflojar los cordones de la bolsa para acelerar la salida de la economía italiana de la anterior fase de es-

⁶ Véase en lo que respecta a las ayudas al sector mecánico DORIA, M., «Note sull'industria meccanica italiana nella Ricostruzione», en *Rivista di storia economica*, 1987, vol. IV.

⁷ Cfr. PEDONE, A., «Il bilancio dello Stato», en *Lo sviluppo economico italiano*, ed. de G. FUÁ, vol. II, Milán, 1969; BOTTIGLIERI, S., *L'economia italiana degli anni Cinquanta*, Milán, 1985, así como *La politica economica italiana dal 1946 al 1970*, O. CASTELLINO (ed.), Turín, 1973, e ID., *La politica economica dell'Italia centrista (1948-1958)*, Milán, 1984.

tancamiento ⁸. Han de modificarse, pues, ciertos juicios aún hoy muy difundidos sobre la política económica de los gobiernos centristas, que fue relativamente más dinámica de lo que se suponía, sea por el progresivo asentamiento en el ámbito de la Democracia Cristiana de una orientación intervencionista, sea por la necesidad en que se vieron los gobiernos de centro, tras el fracaso electoral de 1953, de reconquistar una amplia base de consenso a través de nuevos y más incisivos instrumentos de promoción económica y de agregación social.

Cabe pues hablar con todo derecho, a propósito de la política de los gobiernos centristas, de «proteccionismo liberal» ⁹ por un lado, en las relaciones entre Estado e industria, y de una especie de «solidaridad reformista» por otro, en cuanto a las soluciones adoptadas para afrontar los desequilibrios territoriales del país, resultantes de la combinación de medidas de carácter asistencial con un dirigismo inspirado en cierto modo en los principios keynesianos ¹⁰.

Fueron, en cualquier caso, por un lado las fuerzas de gobierno, los partidos por así decir de élite, como el liberal y el republicano, y por otro la Democracia Cristiana (aunque De Gasperi continuará pensando hasta el final que el partido de los católicos debía dirigir la política y no la economía) los que desempeñaron un decisivo papel en la definición de las reglas del juego y en la realización de algunos importantes requisitos que darían lugar al cabo de unos años al llamado «milagro económico».

Comparado con ello, el papel de las fuerzas sociales, de las organizaciones del capital y del trabajo (al margen de la filosofía productivista profesada, aunque con motivaciones y finalidades diferentes, por la Confindustria de Angelo Costa y por la CGIL de Di Vittorio y las otras confederaciones) no resultó determinante para definir las principales opciones de política económica y ni siquiera para poner en marcha los proyectos que llevaron en 1957 a la adhesión al Mercado Común Europeo. Salvo contadas excepciones, el mundo empre-

⁸ Véanse —a más de los datos recogidos en CIR, *Lo sviluppo dell'economia italiana nel quadro dell'a.ricostruzione e dell'a.cooperazione europea*, Roma, 1952— los ensayos de VALLI, V., *L'economia e la politica economica italiana* (1945-1975), Milán, 1976, y de FANFANI, T., *Scelte politiche e/alli economici in Italia nel quarantennio repubblicano*, Turín, 1987.

⁹ Véase AMATO, C., *Economia, politica e istituzioni in Italia*, Bolonia, 1976.

¹⁰ Para un análisis de estos y otros cambios véase VV. AA., *Scelte politiche e teorie economiche in Italia 1945-1978*, ed. de C. LINGIUNI, Turín, 1981.

sarial, que sin embargo fue el artífice de la excepcional transformación económica y social de aquellos años, demostró por entonces una actitud de sustancial conservadurismo. Al igual que inicialmente había cerrado filas en defensa de algunos aranceles proteccionistas que ya carecían de razón de ser, la mayoría de la clase industrial se atrincheró tras la convicción de que el incremento de los índices del producto bruto y un sistema de alianzas entre los mayores grupos de intereses bastaban para garantizar el funcionamiento de una moderna sociedad industrial. En cuanto a la relación con las fuerzas de gobierno, 10 que predominó -con independencia de toda valoración sobre las modalidades de gestión de la cosa pública- fue una especie de carta blanca al partido de mayoría relativa, en cuanto baluarte político frente a la izquierda, en una fase en que el «frente popular» aún no se había disuelto y se cernían ya las sombras de la «guerra fría» 11. A su vez, a la parte más consistente del movimiento obrero (expuesta, por 10 demás, a diversas medidas discriminatorias en los centros de trabajo) le costó orientarse hacia un sindicalismo contractualista y no ideológico, desvinculándose tanto de ciertos asertos maximalistas y veteroclasistas, cuanto de la praxis de la subordinación a los partidos, de funciones instrumentales de «correas de transmisión» 12.

Así pues, una «economía abierta», cada vez más tendente a la consecución de más elevados niveles competitivos y al desarrollo de más intensas relaciones de cambio, pero, al mismo tiempo, garantizada por formas de gestión e intervención públicas, entre las heredadas del período fascista (a través del Instituto para la Reconstrucción Indus-

¹¹ Sobre las orientaciones de la Confindustria véanse ahora: ABRATE, M., «La politica economica e sindacale della Confindustria (1943-1955)», en ZANINELLI, S., *Il sindacato nuovo. Politica e organizzazione del movimento sindacale in Italia negli anni 1943-1955*, Milán, 1981; FIOCCA, G. (ed.): *Quamnl'anni di Confindustria*, vols. Ty TI, Milán, 1989, y MARTINA, Lo, *Gli industriali e la Democrazia. La Confindustria nella /ormazione dell'Italia Repubblicana*, Bologna, 1991; MAIONE, C., *L'ecnomici e mercanti. L'industria italiana Im dirigismo e concorrenza internazionale 1945-1950*, Milán, 1986. Sobre el cspeelalísimo caso de Adriano Olivetti véase -amen de la biografía de OCCHETTO, V., *Adriano Olivetti*, Milán, 1985—, BERTA, G., *Le idee al potere. Adriano Olivetti Im la/abbrica e la Comunità*, Milán, 1980.

¹² A este respecto -además de los trabajos ya citados de TURONE, S., *Storia del sindacato*; de CRAVERI, P., *Sindacato e islluzioni nel dopoguerm*, y de PESCHIERA, *Sindacato, industria e slalo--*, cfr. VV. AA., BOTTIGLIERI, B., y CERI, P. (eds.), *Le culture dellavoro. L'esperienza di l'orino del quadro europeo*, Bologna, 1987.

trial, IRI, Y otras empresas con participación estatal) y las instauradas en la postguerra (con finalidades tanto de orden estructural como de carácter anticíclico). Lo cierto es que las inversiones en la industria manufacturera, detenidas por término medio hasta 1953 en el 4,5 por 100 del producto nacional bruto, ascendieron durante 1956 al 5,2 por 100 para llegar entre 1962 y 1963 al 6,3 por 100, mientras que el valor añadido pasó, en el decenio posterior a 1953, del 20,6 al 27,6 por 100 ¹³. El empleo en la industria, que ya en 1961 (con 7.646.000 unidades) representaba el 37,4 por 100 de la población activa total frente al 32,2 por 100 de los servicios, registró un incremento igual de consistente. En conjunto la cuota de la industria se aproximó a un índice equivalente al 47 por 100 en la formación del PNB, mientras que la renta nacional creció con un tipo de incremento anual del 5,8 por 100.

Estos y otros progresos insertaron a Italia en el movimiento ascendente de la economía europea ¹⁴. A finales de 1962 la tasa de desarrollo de la producción per cápita, equivalente al 5,6 por 100, sólo era inferior a la alemana y ampliamente superior a las tasas de crecimiento de los otros países de Europa occidental.

El desarrollo industrial ocurrido en Italia resultó, en muchos aspectos, un fenómeno sorprendente. Nuestro país no poseía sino unas cuantas materias primas, y además estaba afligido por fuertes desequilibrios estructurales, empezando por el desequilibrio entre Norte y Sur. No obstante, nuestra industria consiguió avanzar de forma tan rápida y consistente que la producción manufacturera italiana en el ámbito de Europa occidental subió del 9 por 100 en 1955 al 12,3 por 100 en 1962. En esta última fecha los cuatro principales sectores industriales (siderúrgica, mecánica, química y electricidad) representaban en Italia el 16,1 por 100 de la oferta final global con respecto al 23,3 por 100 en Alemania y el 19 por 100 en Francia ¹⁵.

Fueron varios los factores que permitieron esta notable expansión de la industria italiana, ocurrida al abrigo de movimiento inflacionistas y con el auxilio de un progresivo saldo activo en el comercio

¹³ Cfr. VITALI, O., «La stima degli investimenti e dello stock di capitale», en VV. AA., *Lo sviluppo economico in Italia*, de FUÀ, G. (ed.), vol. III, Milán, 1969.

¹⁴ Véase TILDEBRAND, G. TL., *Growth and Structure in the Economy of Modern Italy*, Cambridge (Mass.), 1965, *passim*.

¹⁵ Cfr. CASTRONOVO, V., *L'industria italiana dall'Ottocento a oggi*, Milán, 1991, pp. 275 y ss.

exterior, posible también gracias a la aportación de las remesas de los emigrantes y de las partidas corrientes ¹⁶.

La interpretación más conocida, clásica por así decirlo, es la formulada, aunque en términos diversos, por Giorgio Fuà y Augusto Graziani siguiendo los modelos teóricos de Hildebrand y Kinleberger ¹⁷. Puesto que Italia era (como sigue siendo) un país pobre en materias primas y recursos energéticos, se estima que a nuestro sistema económico no le quedaba otro camino, para elevar el nivel de acumulación de capital (más bajo con respecto a otras economías europeas) y para aumentar su capacidad productiva, que el de financiar las importaciones de bienes primarios con un flujo creciente de exportaciones de un abanico de productos caracterizados por una demanda relativamente compleja y elástica. Eso habría llevado a las empresas italianas a incrementar sus esfuerzos en torno a una gama de productos de nivel tecnológico medio (automóviles, electrodomésticos, mecánica de precisión, etc.) para responder a la demanda de países con rentas más elevadas, y a elegir, como requisito fundamental de su competitividad, no sólo el factor precio sino el de la calidad.

Estas circunstancias explicarían tanto la configuración dualista que fue asumiendo el sistema económico italiano (dividido entre un sector dinámico, abierto a los mercados exteriores y especializado en bienes de consumo duraderos, y un sector menos innovador o relativamente estancado, dirigido al mercado interno y basado en su mayoría en la producción de bienes de primera necesidad) como la dinámica del empleo y de los salarios. En el sentido de que sólo el desarrollo de un sector moderno podía garantizar el proceso de crecimiento; pero, al mismo tiempo, sólo un coste inferior de la fuerza de trabajo y un uso precoz de técnicas *labour saving* podían compensar las desventajas de partida con las economías más avanzadas.

De hecho las exportaciones italianas a los países del MEe aumentaron entre 1958 y 1963 a un ritmo anual de más del 25 por 100. Igualmente elevada fue la dinámica de las inversiones fijas, equi-

¹⁶, cfr. HILDEBRAND, e. 11., «erowth and Stability in the Post-War Italian Economy», en *American Economic Review*, 1961, y KINDLEGERGER, e., *Lo sviluppo economico europeo*, Milán, 1970.

¹⁷ Véanse FUÀ, e., *Notes on Italian economic growth 1861-1964*, Milán, 1965, e ID., *Cicli e tendenze di fondo dell'economia italiana nell'ultimo ventennio*, Ancona, 1973; eRAZIANI, A., *L'economia italiana 1945-1970*, Bolonia, 1972.

valentes por término medio al 10,3 por 100¹⁸. De forma que, a diferencia de otros países como Francia e Inglaterra, el desarrollo de la economía se produjo en esos años no sólo de modo rápido y casi ininterrumpido, sino en una situación caracterizada por crecientes saldos activos de la balanza comercial y por una sustancial estabilidad de los precios.

No por ello puede considerarse exhaustivo el modelo *export-Led*, ni capaz de explicar por sí solo las diversas matrices y la entera dinámica del proceso de desarrollo. Estudios como los realizados por Ciocca, Filosa y Rey han puesto de relieve que, durante una buena mitad del período de mayor crecimiento, la cuota de los productos acabados sobre el total de las exportaciones italianas sólo aumentó ligeramente y, en cualquier caso, que la estructura de los intercambios presenta una evolución análoga a la de la demanda interna¹⁹. Fue, pues, el mercado nacional en expansión el que creó las premisas de un desarrollo de las exportaciones. Y ello teniendo en cuenta tanto la notable entidad de las inversiones privadas en el sector de los bienes primarios y en el de los servicios (como el textil y la construcción), como las intervenciones públicas directas o los incentivos del Estado a la agricultura, a la construcción de viviendas, a los transportes y a las telecomunicaciones. Circunstancia esta última ya señalada por Ackley, quien subrayó cómo las inversiones públicas, al resolverse en demanda de materiales y maquinaria, estimularon la actividad de numerosos sectores económicos, multiplicando o acelerando así la capacidad productiva del sistema²⁰.

Dicho esto, hay que reconocer no obstante que sería exagerado atribuir un papel preeminente, o en cualquier caso decisivo, al componente interno. El papel del mercado nacional y del gasto público (como el de la demanda externa) debe ser valorado, en efecto, con

¹⁸ Para todo esto véanse VV. AA., *La componente estera nell'economia italiana*, vols. I y III, Génova 1969-1971; ONIDA, F., *Industria italiana e commercio internazionale*, Bolonia, 1978; así como BISOCNI, M. C., Y BIACIOLI, M., *Politica monetaria e investimenti industriali in Italia*, 19.59-1969, Nápoles, 1972.

¹⁹ Cfr. CIOCCA, P. L.; FILOSA, R., Y REY, G., «Integrazione e sviluppo dell'economia italiana nell'ultimo ventennio: un riesame critico», en *Servizio studi della Banca d'Italia*, núm. 3, diciembre de 1973.

²⁰ Cfr. ACKLEY, G., *Un modello econometrico dello sviluppo italiano del dopoguerra*, Roma, 1963; AMATO, *Economia, politica e istituzioni in Italia*, cit.; SALVATI, M., *Economia e politica in Italia dal dopoguerra a oggi*, Milán, 1984.

relación a las diversas fases del ciclo económico y de las distintas cadencias del proceso de desarrollo de aquellos años.

Planteadas así la cuestión, ha de observarse en primer lugar que un mecanismo de tipo *export-led*, pese a haber actuado eficazmente en algunos sectores de la industria manufacturera, no fue sin embargo el único o fundamental eje del crecimiento de la economía italiana a lo largo de todo el curso de los años cincuenta. De forma que habría que revalorizar la contribución del mercado interno, y no sólo con relación a los efectos producidos por el gasto público y por el aumento de la demanda en varias regiones hasta entonces ancladas o casi en una economía de subsistencia, sino también al ensanchamiento de la base productiva en la vertiente de las pequeñas y medianas empresas. Por otro lado, las inversiones destinadas a la construcción y a las obras públicas registraron durante mucho tiempo cuotas superiores a las inversiones en instalaciones y maquinaria.

En el período posterior a 1958 cabe hablar, en cambio, y con pleno derecho, de las exportaciones como motor del desarrollo, gracias sobre todo a los niveles competitivos alcanzados por las grandes empresas. Aumentó, en efecto, la exportación de productos acabados más complejos, o menos tradicionales, y de mayor valor comercial, en concomitancia con la progresiva integración de Italia en el Mercado Común. Y la cuota de las exportaciones italianas, sobre el total de las de los catorce países, de la üECE, superó a partir de esa fecha el 4,7 por 100 (o sea el nivel prebélico) para llegar rápidamente, cinco años después, al 7,3 por 100 ²¹. Estas circunstancias, combinadas con la contención de los salarios reales respecto del crecimiento de la productividad, con las cargas fiscales proporcionalmente más modestas que en otros países y con la marcha más o menos constante de los precios de las materias primas, ocasionaron una considerable expansión del sector industrial.

Podría, pues, avanzarse la hipótesis de una relación de recíproca interdependencia de factores endógenos y factores exógenos. Eso es lo que se desprende, por lo demás, de los rasgos distintivos que fue asumiendo el modelo de desarrollo italiano, con la consolidación, sea

²¹ Véanse, en particular: STERN, R. M., *Il commercio estero italiano e la sua influenza sullo sviluppo economico nazionale*, Milán, 1968; ONIDA, *Industria italiana e commercio internazionale*, cit.; CACIACO, G. (ed.), *L'economia italiana dell'integrazione internazionale*, Milán, 1974; así como ANTONIO, M. O', «La base strutturale del commercio estero italiano, 1959-1965», en *Giornale degli Economisti*, 1970.

a nivel institucional sea a nivel operativo, de un sistema de «economía mixta» entre 10 privado y 10 público²², y la copresencia, entre los componentes más caracterizantes del «milagro económico», de sectores de actividad de diversa índole y diversa inserción en los mercados interno e internacional (de la industria del motor a la siderurgia, del sector energético al petroquímico, del textil a las telecomunicaciones).

Lo cierto es que a partir de entonces la economía italiana no ha vuelto a registrar una fase tan intensa y prolongada de desarrollo y estabilidad. Hasta tal punto que se da una amplia convergencia de juicios que consideran el período entre los años sesenta y ochenta como un punto de inflexión de nuestro sistema económico que prefiguró los que ahora son sus dilemas más cruciales. Comenzaron a delinearse, en efecto, a partir de esa década, los efectos negativos de la dicotomía entre modernización industrial y atraso de las estructuras públicas. Basta con considerar la progresiva abdicación del intervencionismo público en favor del asistencialismo; las insuficiencias de la administración estatal para poner en práctica o aplicar eficazmente algunas medidas legislativas en materia de reequilibrio regional, de organización del territorio, de desarrollo de los servicios, y la serpenteante inflación, debida en gran parte a la carencia de infraestructuras (casas, transportes, hospitales, escuelas) para satisfacer la creciente demanda de los grandes centros urbanos y la composición más diferenciada de esa demanda.

Pero en la década de 1970 se manifestó una clara inversión de la tendencia, cuyas consecuencias marcarían profundamente el curso de la economía italiana²³, aunque no sólo por estos motivos, ni por la conflictividad que estalló en las fábricas (llegada a niveles incandescentes y con soluciones que elevaron notablemente los costes de pro-

²² Sobre el papel del TRI véanse en particular LA BELLA, *L'Tri nel dopoguerra*, introducción de ROSA, G. DE, Roma, 1983; ACOCCELLA, N., *L'impresa pubblica italiana e la dimensione internazionale: il caso dell'IRI*, Turín, 1983; MARAFFI, M., *jPolitica ed economia in Italia. La vicenda dell'impresa pubblica dagli anni Trenta agli anni Cinquanta*, Bologna, 1990.

²³ Véanse ANDREATTA, N., *Cronache di un'economia bloccata, 1969-1973*, Bologna, 1973; LOMBARDINI, S., *L'economia italiana al bivio*, Bologna, 1974; RANCI, P., y AMATO, G. (eds.), *La congiuntura più lunga*, Bologna, 1974; GRAZIANI, A. (ed.): *Crisi e ristrutturazione dell'economia italiana*, Turín, 1975; SALVATI, M., *Il sistema economico italiano. Analisi di una crisi*, Bologna, 1975; BAHATTI, P.; PEDONE, A. y otros, *Prospettive dell'economia italiana*, Bari, 1978.

ducción). Se remontan también a ese período, en efecto, los orígenes de una serie de fenómenos que se prolongaron, o que tendrían una incidencia aún mayor, en el decenio sucesivo: como la progresiva pérdida de terreno en sectores estratégicos o de contenido innovador medio-alto; el creciente drenaje por parte del Estado (para cubrir un déficit público en continuo aumento) del ahorro privado y de la liquidez bancaria, en detrimento de las inversiones en infraestructuras y en actividades productivas; el agravamiento de la cuestión meridional, tanto por las posibilidades cada vez más reducidas de proseguir con las políticas de intervención extraordinaria (dadas las graves condiciones de endeudamiento de las finanzas públicas), como por el fallido despegue en las regiones del Sur de un proceso de desarrollo autopropulsivo ²⁴; y, no último, la consagración de una especie de «línea gótica» entre el sistema de la empresa asistida (dilatado hasta el punto de incluir algunos de los principales complejos mecánicos, químicos y siderúrgicos pertenecientes no sólo al sector público) y el sistema emergente de pequeñas y medianas empresas, caracterizado por altos niveles de flexibilidad y capacidades competitivas en algunos segmentos específicos de la producción, pero alimentado también, en cierto tramo del camino, por fenómenos de evasión fiscal y de «trabajo negro» ²⁵.

Aunque es muy abundante la literatura sobre los desequilibrios que el «milagro económico» (debido al modo impetuoso y convulso en que se produjo) terminó por agravar y fue suscitando, quedan todavía por aclarar a fondo los motivos de la ralentización y el malestar del sistema económico italiano en los decenios sucesivos, que en mi opinión se deben sobre todo a las carencias y retrasos de la cultura política en materia de dirección de la economía. Bastará citar a este propósito dos ejemplos significativos.

El primero atañe a la gestión del sector económico público, sobre el cual sólo tenemos en general escritos de economistas y juristas (como Saraceno y Cottino, además del trabajo de Posner y Woolf, que

²⁴ Véanse en particular PETHICIONE, S., *Politica industriale e Mezzogiorno*, Bari, 1976; MONTE, A. DEL., Y CIANNOLA, A., *Il Mezzogiorno nell'economia italiana*, Bologna, 1978; VV. AA., *Iniziativa privata e sviluppo industriale del Mezzogiorno*, ed. S. LA FRANCESCA, Roma, 1979; y VV. AA., *Investimenti e disoccupazione nel Mezzogiorno*, (eds.) de A. GRAZIANI y E. PUGLIESE, Bologna, 1979.

²⁵ Véase BACNASCO, A. (ed.): *L'altra metà dell'economia. La ricerca internazionale sull'economia informale*, Roma, 1986.

se remonta sin embargo a 1967)²⁶. Las vicisitudes que condujeron a la reorganización y potenciación del sistema de participación estatal vieron, por un lado, a la derecha liberal entretenida en evocar el fantasma del colectivismo y en denunciar indiscriminadamente los costes de la intervención del Estado, sin reparar en que tales costes se derivaban en su mayor parte de los difíciles procesos de reconversión que afectaban al sector público (constituido fundamentalmente por empresas pertenecientes a la industria pesada) en mayor medida que al privado, o eran intrínsecos al tipo de actividad incentivada, pues se trataba de servicios e infraestructuras básicas. Por otro lado, el relanzamiento del sector económico público halló a los partidos de izquierda alineados en posiciones contradictorias, inseguros sobre el camino que había que tomar, trabados como estaban por algunas sumarias interpretaciones ideológicas centradas en la «subordinación» de las participaciones estatales al «gran capital monopolista privado», como entonces les gustaba afirmar. De forma que siguieron reivindicando la «nacionalización efectiva» de las empresas con participación estatal, sin plantearse el problema de enlazar el desarrollo de la industria pública con un plan general, mucho más decisivo, de coordinación y orientación de las inversiones, que estableciese nuevos y más eficaces objetivos de empleo y de asignación de los recursos, respetando las condiciones de mercado. En cuanto a la Democracia Cristiana, ésta aspiró sobre todo a controlar las empresas públicas (liberadas en diciembre de 1956 de la Confindustria), a formar una nueva «burguesía de Estado», y a dilatar su presencia en las delicadas bisagras de mando entre política y economía. No consiguió, pues, afianzarse una estrategia concreta que fijase determinadas prioridades en el destino de las inversiones. De hecho, aun cuando se alcanzaron no pocos resultados positivos en algunos sectores (como la siderurgia, la telefonía y la energía), ello se debió exclusivamente o casi al talento y a la capacidad de iniciativa (no exenta

²⁶ Véanse CARABBA, M., y MERLISI, F., «L'impresa pubblica nell'esperienza e nella dottrina giuridica italiana», en VV. AA., *Le imprese pubbliche e la cooperazione in Italia*, Milán, 1964; SARACENO, P., *Il sistema delle imprese a partecipazione statale nell'esperienza italiana*, Milán, 1975; AMOHOSO, S., y OLSEN, D. J., *Lo Stato imprenditore*, Bari, 1978. Remitimos también al ensayo de COLITTI, M., «Lo sviluppo del settore pubblico dal dopoguerra a oggi», en *Economia pubblica*, núms. 5-6, 1975; YMASERA, A., «Tendenze delle partecipazioni statali dal 1956 al 1975», en *Rivista trimestrale di diritto pubblico*, núm. 1, 1976. El volumen de M. POSNER y J. WOOLF es *L'impresa pubblica nell'esperienza italiana*, Turín, 1967.

en algunos casos, como el de Mattei, de clamorosas intromisiones en el campo de la política) de algunos empresarios públicos más dinámicos aunque inducidos por eso mismo a forjarse también sus propias posiciones de poder. De forma que la carencia de una orientación programática y normativa establecida en el Parlamento acabó creando las premisas de esa maraña de deformaciones clientelistas-asistenciales destinada a hacer pesar sobre el sector económico público un fardo cada vez más gravoso de deseconomías y «cargas Impropias»²⁷.

El segundo ejemplo concierne a la experiencia de la programación económica, que tantas esperanzas había suscitado en el momento de la llegada al poder del centro-izquierda, ya que se pretendía corregir algunos desequilibrios estructurales que no sólo eran fuente de profundo malestar social sino que amenazaban también con disminuir la capacidad expansiva del sistema. Pues bien, la política de programación lanzada en la segunda mitad de los años sesenta²⁸ por un lado fue víctima de sus propios defectos de planteamiento, de la pretensión de perseguir demasiados objetivos de forma simultánea, sin tener presentes el inmovilismo y las carencias de la administración pública²⁹. Por el otro, se encontró con la aversión llena de prejuicios del partido comunista, tan puntilloso en la denuncia de los

²⁷ Véanse al respecto —a más de MASSERA, *Tendenze delle partecipazioni statali*, cit.— COLLIDA, A., «La formazione dell'imprenditoria pubblica», en *Annali della Fondazione Giacomo Feltrinelli*, 1974; SCIONFIELD, A., «L'impresa pubblica: modello internazionale o specialità locale», en VV. AA., *Il caso italiano*, (eds.) de F. L. CAVAZZA y S. R. CRIBAUD, Milán 1974; CALLI, C., y NANNEL, A., *Il capitalismo assistenziale*, Turín, 1976; FERRERO, F., y VALORI, B., *Il sistema delle imprese tra politica ed economia*, Turín, 1978. Para un cuadro de conjunto de las estructuras industriales de la «economía mixta» italiana, véanse BRUNI, L., *Aspetti strutturali dell'industria italiana*, Roma, 1961; BONI, M., y CROSPINETTO, C. M., *Concentrazione industriale in Italia*, Milán, 1967; FILIPPI, E., «Le duecento maggiori società industriali italiane, 1966-1967», en *L'impresa*, núm. 1, 1969.

²⁸ Véanse, en particular, LA MALFA, U., *La politica economica in Italia 1946-1962*, con prefacio de L. VALIANI, Milán, 1962; FUÁ, C., YSYLOS LABINI, P., *Idee per la programmazione economica, 1946-1962*, Turín, 1965; LOMBARDINI, S., *La programmazione. Idee, esperienze, problemi*, Turín, 1967; MINISTERO DEL BILANCIO E DELLA PROGRAMMAZIONE ECONOMICA, *La programmazione economica in Italia*, Roma, 1967.

²⁹ Sobre las dificultades y obstáculos encontrados por los diversos planes, véanse HUFFOLO, C., *Rapporto sulla programmazione*, Bari, 1973; CAHABBA, M., *Un ventennio di programmazione, 1954-1974*, Bari, 1977; HEVICLIO, N., *Spesa pubblica e stagnazione nell'economia italiana*, Bolonia, 1977.

achagues del sistema como caprichoso a la hora de indicar los remedios para sanarlos, siendo así que una orientación diferente hubiera contribuido con toda seguridad a reforzar las tendencias renovadoras en el seno de la coalición de centro-izquierda y a aislar al ala más conservadora de la Democracia Cristiana. Así lo demuestra, entre otras cosas, el que la convergencia conseguida entre los partidos de centro-izquierda y el comunista en torno al proyecto de nacionalización de la energía eléctrica decretó el final de la más poderosa estructura de mando y beneficios de las finanzas italianas, la representada por los monopolios eléctricos y su vasto sistema de alianzas³⁰.

Por una u otra razón fue formándose un sistema muy especial, totalmente anómalo con respecto a las experiencias de otros países europeos, con arreglo al cual el «Estado social» sería gestionado por las fuerzas de gobierno en función de concretos intereses electorales y *lottizzazione* partidocrática, y por el partido comunista en función de una quimérica «tercera vía». Se desvaneció así la perspectiva de una política reformista válida, coherente con las compatibilidades económicas y que respondiese a las expectativas brotadas de los intensos cambios en curso en la realidad social del país.

Así, pues, empezaron a plantearse ya entonces algunos problemas destinados a hacerse cada vez más acuciantes con el tiempo, y a los que hasta ahora no se ha dado una respuesta adecuada. Me refiero, en primer lugar, a la carencia de una política industrial y una política de la innovación, cuyas consecuencias se manifestaron en la progresiva disminución del volumen de exportaciones de las principales industrias italianas, sobre el total de sus actividades, en los sectores de vanguardia. Además hay que anotar también el creciente coste de las deseconomías externas, fruto de las disfunciones más o menos graves de diversas actividades de servicio (de los ferrocarriles a las instalaciones portuarias, del tráfico aéreo a la red de autopistas, de los correos a las aduanas, a la formación profesional, etc.). En tercero y no último lugar, hay que considerar la dilatación del gasto público, que alcanzó poco a poco niveles tan enormes que 10 hicieron ingobernable, 10 cual entrañó condiciones cada vez más onerosas de financiación de la deuda pública.

³⁰ Sobre el complicado tema de la nacionalización de la industria eléctrica y sus repercusiones políticas y económicas, cfr. SCALFARI, E., *Storia segreta dell'industria elettrica*, Bari, 1963; VV. AA., *La nazionalizzazione dell'energia elettrica*, Roma-Bari, 1988.

Fue sobre todo este fenómeno el que reveló los «oscuros males» de la economía italiana, en la medida en que reflejaba, por un lado, el impresionante crecimiento del gasto corriente, y no ya una mayor dotación de servicios e infraestructuras de interés productivo; y, por otro, alimentaba el potencial inflacionista. Una importante parte del déficit público se debía no sólo a derroches y a mala gestión, sino a una búsqueda del consenso y de posiciones de poder llevada al extremo de confinar con prácticas ilícitas.

El perverso circuito así creado, a través de injerencias de los partidos en la esfera económica y de colusiones entre política y picaresca, ha terminado justamente por provocar primero una grave crisis de legitimidad del sistema político y después el colapso de la Primera República.

Traducción: Esther Benitez

La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra

Filippo Mazzonis

1. Breves notas historiográficas

El largo período en el que la Democracia Cristiana, aun con diferentes alianzas, ha gobernado Italia, ha terminado por influenciar en gran medida la historiografía sobre el movimiento católico italiano (y sobre la propia DC, en particular). Simplificando al máximo el discurso, se pueden distinguir tres fases. La primera, con una duración de más de un ventenio, ha visto el predominio casi exclusivo de tendencias preocupadas por ofrecer una clase de legitimación histórica a la afirmación del partido católico en la segunda postguerra mediante la reconstrucción documentada de una línea que, partiendo de la oposición postunitaria y a través de la primera experiencia democristiana y Sturzo, permitiera reivindicar una continuidad de oposición democrática y popular al sistema hegemónico de las viejas clases dominantes ¹. En el origen de la segunda fase, que se hace más

¹ Para este primer período, que ve la masiva movilización de los mayores exponentes de la historiografía católica (de Gabriele De Rosa a Fonzi, de Passerin d'Entrèves a Scoppola, etc., con las solitarias excepciones de Spadolini y Candeloro), se pueden ver los siguientes títulos de reflexión historiográfica, entre los numerosos aparecidos sobre el argumento: REINERI, M., *Il movimento cattolico in Italia dall'Unità al 1948*, Turín, 1975; GUASEO, M., «Il "movimento cattolico" nella società italiana dall'Unità oggi. Bilancio storiografico e prospettive di ricerca», en *Quaderni del Centro studi religiosi*, núm. 41, Módena, 1977; GARICHO, B., y PASSERIN D'ENTREVÈS, E., *Introduzione alla storia del movimento cattolico*, Bolonia, 1979; ROSSI, M. C., «Immagini del regime democristiano», en *Politica e società*, núm. 3, 1980.

evidente en los años setenta, se observa por un lado el emerger de una crisis política y social cuyos caracteres originales parecían tener sus raíces en el contexto mismo que había asegurado el poder a la DC, y por otro la convicción extendida de que hubiera bastado un último y decisivo empujón para abatir aquel poder y comenzar un proceso general de renovación del país: el enfrentamiento, o mejor, el contraste entre las nuevas tendencias y las dominantes en la fase precedente (todavía bien presentes y activas, como demuestra la publicación a partir de 1981 de los volúmenes del *IJizionario storico del movimento cattolico in Italia*) llevó a una radicalización del debate historiográfico entre posiciones rígidamente contrapuestas y realmente faltas de ulteriores posibilidades de desarrollo ². El *impasse* así determinado, incluso por efecto de la crisis general de la historiografía política (y en particular de aquella sobre los partidos políticos, efecto a su vez de la crisis de los partidos mismos, que alcanza plena madurez en los años ochenta, que corresponden a la tercera fase historiográfica), mientras contribuía al empobrecimiento de una seria pro-

² Dada la imposibilidad, obvia, de ofrecer un panorama completo, aunque fuera sintético, de los estudios sobre el argumento, me limito a señalar los títulos siguientes como más ejemplificativos de la situación descrita en el texto, además del ya citado *Dizionario storico del movimento cattolico in Italia 1860-1980* (5 vols., eds. TRANIELLO, F., y CAMPANIN, E., Turín, 1981 y ss.); BAGET-Bozzo, E., *Il partito cristiano al potere. La Dc di De Gasperi e di Dossetti. 1945-1954*, Roma, 1974; SCOPPOLA, P., *La proposta politica di De Gasperi*, Bari, 1977; HODANO, F., *Questione democristiana e compromesso storico*, Roma, 1977; ROSSI, M. E., *Le origini del partito cattolico. Movimento cattolico e lotta di classe nell'Italia Liberale*, Roma, 1977; ID., *Da Sturzo a De Gasperi. Profilo storico del cattolicesimo politico del Novecento*, Roma, 1985; BHEZZI, C., *Il cattolicesimo politico in Italia nell'900*, Milán, 1979; GIOVAGNOLI, A., *Le premesse della ricostruzione. Tradizione e modernità nella classe dirigente cattolica del dopoguerra*, prefacio de P. Scoppola, Milán, 1982. Entre las contribuciones aparecidas en el mismo período hay que señalar también LANARO, S., «Società civile, "mondo" cattolico e democrazia cristiana nel Veneto tra fascismo e postfascismo», en VV. AA., *I cattolici dal fascismo all'18 aprile*, Venecia, 1977; MAGISTER, S., *La politica vaticana e l'Italia. 1943-1978*, Roma, 1979; MORO, R., *La formazione della classe dirigente cattolica. 1929-1937*, Bologna, 1979; *Scrittori politici di Alcide De Gasperi*, introducción y edición de ZILININO, P. E., Milán, 1979; SALVATI, M., *Stato e industria nella ricostruzione. Alle origini del potere democristiano (1944-1949)*, Milán, 1982. Por la particularidad de la aproximación metodológica y por la originalidad interpretativa: MICCOLI, E., «La Chiesa e il fascismo», en QUAZZA, G. (ed.), *Fascismo e società italiana*, Turín, 1973; ID., «Chiesa, partito cattolico e società civile», en CASTHONOVIO, V. (ed.), *L'Italia contemporanea 1945-1975*, Turín, 1976 (los dos están ahora recogidos en MICCOLI, E., *Fra mito della cristianità e secolarizzazione. Studi sul rapporto chiesa-società nell'età contemporanea*, Casale Monferrato, 1(85).

fundación de la reflexión sobre la especificidad del movimiento católico y el significado político de su historia³, favorecía el crecimiento de la actividad de investigación y de estudio en el campo de la historia socio-religiosa, de la historia de la Iglesia y el afirmarse de un género de estudios más atentos a las sugerencias que ofrecía la ciencia política⁴. A estas primeras tres fases (ya concluidas, o por 10

³ Para una reflexión sobre el tema de la «especificidad» del movimiento católico, además de los estudios de Miccoli citados en la nota anterior: VERUCCI, e., «Nuove vie di ricerca sul movimento cattolico», en *Quaderni storici*, núm. 9, 1974; ID., «Religione e scelte politiche negli studi storici del secondo dopoguerra», en *Belfagor*, núm. 3, 1978. Desde ángulos y con perspectivas diversas, la cuestión ha sido de nuevo afrontada por MOHO H., «Il "modernismo buono". La "modernizzazione" cattolica tra fascismo e postfascismo come problema storiografico», en *Storia Contemporanea*, núm. 4, 1988.

⁴ Imposible señalar los títulos de la rica publicística de historia socio-religiosa a los que ha dado un impulso preponderante la actividad de investigación del grupo reunido en torno a la revista *Ricerche di storia sociale e religiosa*, dirigida por Gabriele De Rosa y de aquel que pertenece a la revista *Cristianesimo nella storia* del Instituto para las Ciencias Religiosas, cuyos animadores son Eusebio Alberigo y Daniele Menozzi. Para la historia de la Iglesia, además del libro de Miccoli indicado en la nota 2, véanse: HICCAHDI, A. (ed.), *Pio XII*, Bari-Homa, 1984, y *Chiese di Pio XI*, a cargo del mismo, Bari-Homa, 1986; CIITOLINI, e., y MICCOLI, C. (eds.), «La Chiesa e il potere politico del medioevo all'età contemporanea», en *Storia d'Italia. Annali* 9, Turín, 1986; ALBERIGO, e. (ed.), *Papa Giovanni*, Homa-Bari, 1987; RICCARDI, A., *Il potere del papa. Da Pio XII a Paolo VI*, Homa-Bari, 1988; VERUCCI, G., *La chiesa nella società contemporanea. Dal primo dopoguerra al Concilio Vaticano II*, Roma-Bari, 1988 (sobre estos y otros títulos puede verse la reseña historiográfica «Chiesa e società nell'Italia contemporanea», a cargo de F. Mazzonis, en *Passato e presente*, núms. 20-21, 1(89); CASILA, C. F., *Domenico Tardini (1888-1961). L'azione della Santa Sede nella crisi fra le due guerre*, Roma, 1988; ALBERIGO, e., y RICCARDI, A. (eds.), *Chiesa e papato nel mondo contemporaneo*, Bari, 1990; MENOZZI, D., *La chiesa cattolica e la secolarizzazione*, Turín, 1993. Algunos títulos de los más significativos entre cuantos han contribuido al desarrollo de una tendencia historiográfica abierta a las sugerencias de las otras ciencias sociales, en particular de las politológicas (tendencia de la que fue precursor Paolo Farneti): POMBENI, P., *Il gruppo dossettiano e la fondazione della democrazia italiana (1938-1948)*, Bologna, 1979; CASSANO, F., *Il fenomeno democristiano. La mediazione della Dc nella società e nel sistema politico italiano*, Bari, 1979; CHIBAUDI, G., *Mediatori. Antropologia del potere democristiano nel Mezzogiorno*, con notas introductorias de A. Erasmiani y E. Grendi, Turín, 1980; TASSANI, E., *La terza generazione. De Dossetti a De Gasperi, tra Slalo e rivoluzione*, Roma, 1988; DI LORETO, P., *La difficile transizione. Dalla fine del centrismo al centro-sinistra. 1953-1960*, Bologna, 1993. Aunque no centrado específicamente sobre la DC y el movimiento católico, merece ser señalado por el gran relieve historiográfico desde un punto de vista interpretativo (se trata además del primer y por ahora único título científico sobre el argumento), el trabajo monográfico de DE FELICE, F., «Doppia lealtà e doppio Stato», en *Studi Storici*, núm. 3, 1989.

menos delineadas) se podría añadir una cuarta, todavía en desarrollo, en la cual se asiste a una recuperación de los estudios de historia política, con el intento, muy evidente, de ordenar en una primera síntesis de gran alcance historiográfico el cuadro de los acontecimientos de la que se define ya comúnmente como la «primera República»⁵.

Establecido 10 anterior como premisa, y teniendo en cuenta las nuevas perspectivas inevitablemente ofertadas por la actual coyuntura política, incluso en clave historiográfica, yo mantengo que, para entender correctamente el significado histórico de la «unidad política» de los católicos y de la función que ésta ha desarrollado en Italia durante todo este largo período de la segunda postguerra, es oportuno retomar y desarrollar de nuevo la reflexión sobre la «especificidad» del movimiento católico, según una doble vía de aproximación al argumento, rica, en mi opinión, de sugerencias metodológicas y de implicaciones interpretativas. En otros términos, se trata de considerar (en los dos casos actuando sobre un largo período), por una parte, el significado del nexo profundo que une el fenómeno a la historia de la Iglesia en la edad contemporánea, y por otro, el grado de homogeneidad (o, si se prefiere, de organicidad) que dicho fenómeno presenta respecto a la historia italiana. Es con estos hijos con los que se teje mi discurso, con la intención no tanto de ofrecer un panorama sintético de un argumento tan complejo, sino más bien de individuali-

⁵ Me parece significativo que las dos primeras contribuciones hayan sido ofrecidas por la historiografía anglosajona: SASSON, D., *L'Italia contemporanea. I partiti, le politiche, la società dal 1945 a oggi*, Roma, 1988; GINSBORG, P., *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*, Turín, 1989. Entre los posteriores: SCOPPOLA, P., *La repubblica dei partiti. Profilo storico del/a democrazia in Italia (1945-1990)*, Bolonia, 1991; LANARO, S., *Storia del/'Italia repubblicana. Dal/afine del/a guerra agli anni novanta*, Venecia, 1992; MAMMARELLA, C., *La prima Repubblica dal/afondazione al declino*, Roma-Bari, 1992; LEPRE, A., *Storia del/a prima Repubblica. L'Italia dal 1942 al 1992*, Bolonia, 1993; COLARIZI, S., *Storia dei partiti del/'Italia repubblicana*, Roma-Bari, 1993. Además puede verse: CHERUBINI, G.; DELLA PEBUTA, F.; LEPORE, E.; MOBI, G.; PBOCACCI, C., y VILLABI, H. (dirs.), *Storia del/a società italiana*, vols. XXII, XXIV, XXV, Milán, 1989-1990, y BONINI, F., *Storia costituzionale del/a llerpubblica. Profilo e documenti (1948-1992)*, introducci(ón de P. Scoppola, Roma, 1993). Por último, hay que señalar la aparición del primer volumen de la *Storia del/'Italia repubblicana*, BARBACALLO, F. (Coord.); BABONE, G.; BRUNO, G.; DE FELICE, F.; MANGONI, L.; MOHI, G.; ROSSI, M. G., y THANFACIA, N., Turín, 1994. Y entre los estudios que no son de síntesis, recordar: CASELLA, M., 18 aprile 1948. *La mobilitazione del/e organizzazioni catoliche*, Galatina, 1992.

zar y reconstruir algunas líneas de tendencia en su interior con el propósito de contribuir a la recuperación de la reflexión histórica⁶.

2. La DC de Pío XII y De Gasperi

El pontificado de Pío XII representó el estadio culminante y conclusivo de una primera fase de la historia de la Iglesia en la edad contemporánea, caracterizada por su inserción progresiva en la sociedad capitalista-burguesa. Desde el principio existía el peligro de que se insertara de un modo subalterno, es decir, de que se realizara un proceso que por un lado redujese a la Iglesia a la categoría de un *holding*, ya que grande y multinacional estaría también sometida -como las demás- a las lógicas del sistema y a los riesgos que éstas comportaban, y por otra, la redujese a una función meramente institucional de soporte y defensa de las posiciones e intereses de las nuevas clases dirigentes, funciones que éstas intentaron efectivamente asignarle. Por ello, el empeño constante, mantenido con férrea autoridad por Pío XII y sus sucesores, por conservar para la Iglesia su propia identidad histórica, tanto en el plano ideológico como en el doctrinal, y por mantener su propia autonomía sin dejar por ello de reivindicar el derecho al papel hegemónico sobre toda la sociedad, que la afirmación y consolidación del modelo capitalista-burgués le habían quitado.

Tal realidad marcó de manera inconfundible la relación entre la Iglesia y el movimiento católico, que nació y se desarrolló bajo la rígida dirección de la institución eclesiástica y con el objetivo de defender sus supremos intereses y conseguir la «reconquista católica de la sociedad», la única que habría podido garantizarlos. Esta es la causa fundamental del conocido interclasismo del movimiento católico. Su tarea, en efecto, ni podía ni debía ser la tutela de este o aquel grupo social, sino que debía consistir de manera primaria en dirigir los esfuerzos de *todos* (en cuanto que partícipes de la sociedad en su conjunto, no en cuanto exponentes de una clase social determinada) ha-

⁶ Por lo que respecta a las líneas generales de la presente propuesta interpretativa, me permito reenviar a mis estudios anteriores: «Storia della chiesa e origini del partito cattolico», en *Studi storici*, núm. 2, 1980; «Mondo cattolico e DC nella realtà italiana», en *Critica marxista*, núm. 3, 1982; «La chiesa di Pio XII dalla riconquista alla diaclisi», en *Storia della società italiana*, vol. XIII, cito

cia la edificación de una sociedad íntegramente cristiana. Cuando esto se consiguiera, entonces (y sólo en ese momento) los intereses y los derechos de *todos* estarían finalmente garantizados gracias a la autoridad de la Iglesia y a la luz de los principios de la doctrina social fundada por Leon XIII en la *Rerum novarum*.

Por otra parte hay que añadir que los tiempos y modos del desarrollo del movimiento católico en Italia estuvieron condicionados por la realidad misma del país; en particular por las exigencias de un modelo de desarrollo industrial *late joiner* muy pobre de capitales y por las conocidas graves carencias de capacidad hegemónica de los grupos dominantes nacionales.

Un importante ajuste en la ruta trazada por la alta jerarquía eclesiástica se produjo a principios de los años treinta. La gran crisis de 1929 amenazaba con desmoronar aquel sistema capitalista en el que también la Iglesia se había perfectamente asentado y a cuya suerte no podía permanecer indiferente. La Iglesia de Pío XI optó entonces, como punto de referencia *obligada*, por cualquier intento de superación de la crisis, sin que ello, es claro, implicase la superación del sistema mismo. No estaba efectivamente en discusión el derecho de propiedad (que permanecía siempre «intacto e inviolado»), sino «el uso del mismo». Se abría así oficial y solemnemente (*Quadragesimo anno*, 1931) la «tercera vía» católica, que podemos esquemáticamente simplificar en los siguientes términos: preveía despojar el sistema capitalista del manto ideológico protestante para revestirlo de ropajes católicos; sustituir por el principio del interés, del aprovechamiento, el concepto tomista de *bien común*, que había constituido el punto de fuerza de la doctrina social católica. Para conseguir esta «mejor organización social» era necesaria la intervención del Estado (de un Estado -entiendase bien- sobre bases corporativas) cuyo éxito dependería esencialmente de «cuanto mayor fuera la contribución [...] de aquellos hijos Nuestros que la Acción católica forma de modo exquisito», obviamente, siempre «bajo la guía y el magisterio de la Iglesia».

La aportación crítica de los principales componentes de la llamada «cultura de la crisis» -tendientes en su mayor parte a cuestionar las distorsiones del mercado y, al mismo tiempo, a rebuscar los remedios aptos para evitar la temida revolución socialista-, el mantenimiento de los perniciosos efectos de la crisis a lo largo de los años treinta, el estallido y la trágica violencia del segundo conflicto mun-

dial, reforzaron en Pío XII la convicción en la validez de esta perspectiva hasta asumir características axiomáticas: en las múltiples intervenciones del pontífice, sobre todo en los mensajes de radio, la «tercera vía» se convierte en la «única vía» de salvación para la civilización occidental (léase para el mundo capitalista). El mensaje que dirige a las clases dirigentes mientras aún dura la guerra es preciso e inequívoco: «la salvación, la renovación y una mejora progresiva no pueden producirse sino por un retorno de amplias e influyentes clases» a aquellas «incontrovertidas fundamentales normas» que sólo la Iglesia puede dictar y de cuya observancia únicamente «depende la firmeza final de cualquier nuevo orden nacional e internacional». Punto de llegada del nuevo orden sólo podrá ser un Estado democrático concebido «según el espíritu cristiano», para dirigir el cual deberá llamarse (*naturaliter*, diría) a una «clase elegida de hombres de sólida convicción cristiana».

En el tormentoso clima de la postguerra, Pío XII no tiene dudas de que la Iglesia pueda y deba representar el único punto de referencia tanto para la población de los países industrializados como para los del «tercer mundo», recorrido por nuevos peligrosos fermentos: «la Iglesia es, en efecto, la sociedad perfecta, la sociedad universal que une entre ellos en la unidad del Cuerpo místico de Cristo a todos los hombres». Fuera de este modelo de civilización capitalista-burgués redimido por el catolicismo, que tiene su propia cuna en la «Europa carolingia» y reconoce en Roma su propia capital ideal y espiritual, no existe esperanza de salvación, queda sólo la desesperación y las tinieblas de la barbarie comunista. La elección drástica y sin alternativa es entre Roma y Moscú: *tertium non datur*. Y es en este contexto, y para realizar también (y en primer lugar) en Italia este proyecto, para lo que nace la DC de De Gasperi.

Se trató de una decisión difícil, a la que se llegó no sin contrastes ni sin haber experimentado primero otras alternativas. Las fuertes reservas (cuando no la aversión) que la Iglesia había demostrado siempre hacia la idea misma de partido y las personales inclinaciones de signo conservador de no pocas altas personalidades de la curia (mientras el pontífice se mantenía aparentemente firme en la que Emile Poulat ha definido «su voluntad de afirmarse por encima de las partes») apoyaban otras hipótesis más gratas: desde aquella de tipo «salazarista» (y también «franquista», como demuestran los términos en los que fue aprobado el Concordato del 53 con España), hasta la po-

sibilidad de hacer confluír los votos católicos en uno o más partidos conservadores de tipo tradicional.

Fue indudablemente mérito de De Gasperi, que había comprendido lo inapropiado e inoportuno de tales soluciones (y con él también Montini y su grupo de AC), el haber mantenido viva la propuesta de la *unidad política de los católicos* en un partido orientado a la aceptación del sistema liberal-democrático; pero sin embargo fue la realidad de la situación italiana posterior al 8 de septiembre del 43 la que convenció a la cúpula vaticana de lo inevitable de una elección (es decir, la unidad política de los católicos en la DC) por la cual, y por el nombre de De Gasperi, declararon abiertamente optar a partir de finales de 1943.

Fue una elección destinada a revelarse pronto como adecuada y en perfecta sintonía con la impostación estratégica general de Pío XII, como nos confirma una atenta relectura de las premisas ideológicas de la «propuesta política» del *leader* trentino contenidas en tres sucesivos y bastante conocidos documentos (*Idee ricostruttive della Democrazia cristiana*, *Le parole dei democratici cristiani*, *Il programma della Democrazia cristiana*) elaborados en los difíciles años de transición y preparación. Por otra parte, y justamente en lo que se refiere al partido (o sea, por lo que respecta tanto a su estructura organizativa como a las tareas y al papel que se le asigna), el proyecto de De Gasperi estaba en condiciones de hacer desaparecer las perplejidades residuales frente a la «autonomía» y la «aconfesionalidad» del laicado católico políticamente organizado.

Pero, ¿cuáles fueron el significado y las coordenadas fundamentales de la «propuesta política degasperiana»? Aquí está, en mi opinión, el punto clave de toda la cuestión, cuya solución debe buscarse, creo, a lo largo de las líneas interpretativas hasta aquí desarrolladas si se quiere entender el sentido de la «especificidad» del partido católico en el contexto italiano. Sólo así se superarían los términos de la contraposición todavía no resuelta entre las tesis de quien ve en De Gasperi el representante político de los intereses de los grupos hegemónicos de la segunda postguerra y, en consecuencia, en la DC el «partido conservador de la burguesía», y de quien, por el contrario, entiende la DC como un partido de base ampliamente popular, apelando a la cual De Gasperi supo llevar el mundo católico italiano (y la cúpula de la Iglesia) hacia posiciones democráticas, aunque fueran moderadas.

En efecto, en el proyecto de De Gasperi se reflejaba una visión de la sociedad, del Estado y de las relaciones internacionales fuertemente inspirada en los valores de la doctrina social cristiana y calcada fielmente sobre el modelo de la «tercera vía» iniciado por Pío XI y llevado por Pío XII a consecuencias extremas. Objetivo final era, en verdad, la realización de una sociedad interclasista ordenada según la concepción católica diseñada por el magisterio pontificio y, por 10 tanto, colocada bajo la «guía» (léase la hegemonía) de la Iglesia. Para conseguirlo hubiera sido indispensable (fíjense, son sus palabras), por un lado, proceder a la «supresión del proletariado», y por otro, «realizar una mejor distribución de las riquezas» e «impedir la concentración [de éstas] en pocas manos».

La conciencia del alto significado de su misión, que estaba y continuó estando en la base de las profundas convicciones de De Gasperi 7, como no dejaron de revelar los más atentos de entre sus interlocutores 8, era atemperada y corregida por considerables dotes de intuición y realismo político que le consentían afrontar la realidad italiana del momento con una flexibilidad táctica y una capacidad de maniobra cuyo significado escapaba la mayoría de las veces a Pío XII, preocupado por la dimensión planetaria de su propia visión ideológica. Justamente era la peculiaridad de la realidad social y política italiana (tanto en general como mucho más en la situación particular de la postguerra) la que exigía, según De Gasperi, postergar las actuaciones del proyecto de renovación en sentido católico auspiciado por el Papa. Para él, dos eran los motivos principales: el primero venía determinado por la propia gravedad del momento económico («si hiciéramos ahora las reformas estaríamos en las puertas del desastre», declaró en julio de 1947); el segundo, más importante, era de naturaleza exquisitamente política y lo hacía derivar del recuerdo de las experiencias de su pasado juvenil (desde que el motivo de la controversia era todavía la «cuestión romana», hasta la llegada del fascismo). Como él mismo explicitó a Pío XII en una famosa carta, existía para los católicos organizados políticamente «el riesgo del aislamiento o, en cualquier caso, de la disminución de las fuerzas», que

7 Era habitual repetir, en efecto, que «sin la civilización cristiana no se resuelven los problemas de la civilización italiana».

8 Nenni, por ejemplo, en su diario de los años 1943-56 (*Tempo di guerra fredda*), decía que cuando De Gasperi hablaba se veía en él el sentido «de la responsabilidad de un católico hacia Dios y hacia la Iglesia».

necesariamente se habría verificado en el momento que se hubiera iniciado «una especie de laborismo cristiano más programático y sistemático que [...] procediera en mayor medida a la reforma social», con la consecuencia inevitable «de ser demasiado débil para defender nuestras razones supremas del espíritu y de la civilización». Por tanto, teniendo presente la coyuntura político-social, era indispensable «concentrar en torno a los católicos más seguros y activos un despliegue de fuerzas amplio que pueda resistir al todavía fortísimo despliegue enemigo». Es sobre estos postulados y dentro de estos límites que, en mi opinión, deben reconducirse en los alcances y significados de la propuesta política de De Gasperi; y sobre estas premisas se fundó y con aquellas perspectivas finales se desarrolló la realización en términos político-parlamentarios (centrismo cuatripartito). Intente ahora resumir rápidamente sus tiempos y características.

Una vez eliminadas aquellas fuerzas que no habrían aceptado nunca colaborar a la «supresión del proletariado» y desaparecida cualquier posibilidad de realizar una «democracia progresiva», De Gasperi, mientras aceptaba como inevitable el retorno puro y simple a la concepción del «Estado de derecho» liberal democrático, trabajaba de hecho por construir una «democracia protegida» que debía limitar cualquier tendencia potencialmente progresiva y bajo cuya protección se debían realizar las premisas de su proyecto. Para que ello fuera posible era indispensable aliarse con las expresiones políticas e institucionales de los componentes del nuevo bloque social dominante surgido de las transformaciones acaecidas en el período entre las dos guerras (constituida, como es sobradamente conocido, sobre la base de la alianza orgánica entre la gran industria y altos cargos de aquellos sectores de la administración estatal directamente implicados en las tramas del desarrollo económico nacional) y juntos garantizar el consenso electoral de aquellos grupos de pequeña y media burguesía bastante extendidos en las grandes ciudades y en los centros rurales, sobre todo del centro-sur, que tenían y seguían teniendo señales evidentes de inquietud (piénsese en el éxito inicial del *Uomo Qualunque*). El Gobierno rigurosamente centrista, el mantenimiento del Estado centralizador y la garantía de su continuidad sustancial fueron, en consecuencia, la expresión política de esta alianza que continuó basándose en una lineal (y ni tan siquiera escondida) división de las tareas y de los papeles. A empresarios y exponentes de la gran banca, la gestión de la economía y de las finanzas; a los

mandos de la administración pública (donde estaba presente ya desde tiempo, e incluso con posibilidades de relevo, un consistente número de cuadros de la AC), la gestión del aparato del Estado; a la DC, o para ser más exactos, a la acción del Gobierno, la gestión política de toda la operación. La función de aglutinar y controlar un consenso de masas más profundo, unido a la gestión de lo que hoy llamaríamos «lo social», quedaba confiada a la Iglesia con sus instituciones y organizaciones⁹; entrase o no en *elpactumfoederis*, la decisión resultaba legitimada por los acuerdos contenidos en el Concordato (al que el art. 7 de la Constitución republicana aseguraba el máximo reconocimiento institucional), y sobre todo, parecía agradar a todas las partes, incluso a la ex burguesía liberal que frente al «peligro rojo» elegía, sin dudas ni condiciones, confiarse a «manos benditas».

Con el fin de que la acción del Gobierno tuviese éxito en el ejercicio de su propia función, confirmando así la «centralidad democristiana» en los límites de todo el sistema político-social y consiguiendo en consecuencia hacer desaparecer los peligros del aislamiento, era indispensable que la DC (incluso después de la clamorosa victoria electoral del 18 de abril de 1948: 48,5 por 100 de los votos) renunciase a convertirse en un verdadero partido de masas para continuar siendo «un conjunto de notables apoyados por el aparato organizativo de la Iglesia»¹⁰. Dicho con otras palabras (pero el significado es el mismo), la DC debía mantenerse unida en torno a la línea moderada de De Gasperi, abandonando las veleidades de renovación social que por el momento resultaban tan peligrosas.

Por ello la lucha durísima que De Gasperi condujo contra la oposición interna con todos los medios a su alcance (y cuando éstos no eran suficientes, recurriendo a la intervención de la autoridad eclesiástica) hasta reducirla prácticamente al silencio en 1951 (retiro de Dossetti y cierre de *Cronache sociali*, alianza con Fanfani). Hay que decir que apenas un año antes parecía que se trataba de imprimir un curso diferente a los acontecimientos: el nombramiento de Dossetti para la vicesecretaría había coincidido con el breve período de actividad reformadora democristiana (*Ley Sila*, *Ley stralcio*, institución

⁹ Recuerdo que la Acción Católica, el «ordenamiento príncipe de los católicos militantes», tenía en 1948 2.275.000 afiliados.

¹⁰ La apropiada definición se encuentra en CAROCCI, G., *Storia d'Italia dall'Unità ad oggi*, Milán, 1975, p. 341.

de la *Cassa per il Mezzogiorno*, etc.). Repasando estos acontecimientos a la luz de cuanto hasta ahora he mantenido, no será difícil darse cuenta de cómo todos ellos entraban plenamente en el ámbito del proyecto degasperiano; en efecto, en el plano más inmediato es evidente que el intento de De Gasperi había sido el de atacar el latifundismo meridional en el que se apoyaba el bloque agrario ya en crisis, y al mismo tiempo, atacar la organización todavía combativa del proletariado agrícola; a medio plazo, el fin era favorecer la agregación de grupos de pequeña y media burguesía en torno a la DC, gracias también a la disponibilidad de la nueva conspicua dosis de poder clientelar que se le concedía.

Pero en el programa de De Gasperi no estaba sólo la defensa de la inserción política de los católicos, ello constituía la premisa, el presupuesto. Las «finalidades sacrosantas» (es decir, la reforma cristiana de la sociedad) no habían sido rechazadas, se habían tan sólo diferido los tiempos de actuación; puesto que escribió a Pío XII en 1951, sólo hubiera sido posible conseguirla «con la condición de tener en mano segura al gobierno y no perder la posibilidad de actuar sobre las palancas económicas y financieras»¹¹. En otros términos, De Gasperi miraba, en la óptica de una impostación «católica» de fondo, para imponer aquel «primado de la política», que en los otros países del occidente capitalista y liberal había comenzado a afirmarse, al menos como tendencia, ya a partir de los años treinta.

La ocasión para hacer el cambio decisivo se preparó con las elecciones de 1953; gracias al modificado sistema electoral debían asegurarse el salto de cualidad que habría puesto finalmente al partido católico en la condición de gobernar la Italia «legal» y realizar todas las «finalidades sacrosantas».

La Ley *truffa* no fue consecuentemente un hecho accidental, un error banal, casi un derrapaje, un resbalón de signo diferente debido a las presiones de cualificados e irracionales ambientes conservadores; también éstos existieron (piénsese en la «operación Sturzo») e influyeron en el tiempo y modo de las decisiones; si bien representó el instrumento coherente y necesario para la coronación de toda la política de De Gasperi. Ignorándolo (o disminuyendo su importancia) se arriesga no entender su significado. Efectivamente, en el 53 De Gasperi se había empeñado en obtener la mayoría absoluta en el Par-

¹¹ El entrecomillado es mío.

La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra

lamento (que gracias al premio de mayoría habría inevitablemente tocado a la DC, fuerza ampliamente hegemone del grupo vencedor de las elecciones); era la delegación esperada para legitimar la transformación en sentido cristiano de la sociedad italiana. Sin embargo, en las urnas las cuentas no salieron, y el resultado electoral terminó por señalar sin piedad el completo fracaso de la «propuesta política» degasperiana.

En efecto, el cierre a la derecha (Ley *stralcio*, Ley anti MSI) había amputado al mundo católico tradicionales sectores de sus clases dirigentes, sin que en el breve período fuese posible realizar el recambio, de modo que en la prueba del voto demostraron gozar (sobre todo en el Mezzogiorno) de una influencia superior a la prevista; el cierre a la izquierda realizado mediante la defensa «excepcional» de la «democracia protegida» y en el más completo desprecio de la cultura laica, consiguió que desde más partes se mirase a los partidos de izquierda como a los últimos coherentes campeones de los valores del progreso y la libertad expresados en la lucha de la Resistencia y traducidos después en la Constitución, hasta el punto de que consiguieron un consenso electoral mayor de cuanto (probablemente) se esperaba. Había, pues, fracasado la política misma de las alianzas sociales; conducida según una lógica demasiado reductiva y simplificadora y con una praxis rápida y verticalista, no había valorado en su justa medida el carácter fragmentario y estratificado de la sociedad italiana, ni había tenido bastante en cuenta las reservas y perplejidades de fondo presentes en la burguesía italiana con respecto a un hombre en el cual no llegaba a reconocerse del todo, y de una política cuyas finalidades advertían como extrañas ¹². El síntoma más evidente de tales desastres fueron los 500.000 votos de la lista de *terzaforza*.

En definitiva, había fracasado la tentativa de imponer el «primado de la política» basándose exclusivamente en la acción del Gobierno y dejando a la Iglesia la tarea de gestionar como propia la intervención en lo social, mientras el Estado y el partido (que en las

¹² halo Calvino, en una sabrosa página de rara eficacia literaria de la *Speculazione edilizia* (Turín, 1963, p. 108), ha destacado muy bien el clima de sustancial extrañeza e incluso de antipatía que caracterizaba las relaciones entre la burguesía «nacional» y el «católico» De Gasperi; el episodio revelador viene dado por la general y total indiferencia con que un acomodado grupo de la burguesía media acoge, estando de vacaciones, la noticia de la muerte del *leader* democristiano.

modernas sociedades de masa representaban los instrumentos de agregación, control y administración) no eran considerados o, por añadidura, ignorados. Era absolutamente necesario cambiar radicalmente el sistema: a esto se dedicó con una actitud autoritaria y activista Fanfani.

Poco después de la derrota de De Gasperi se produjo el fin del sueño «neo-integrista» y universal de Pío XII. Se habían advertido los primeros síntomas cuando por parte del Pontífice se creía llegado el momento de lanzar la ofensiva final decisiva (1949-50), incluso entonces se tuvo la prueba de cómo la división del mundo efectivamente no pasaba entre Roma y Moscú, sino entre EEUU y URSS (guerra de Corea), y de cómo las clases dirigentes del mundo occidental no estaban dispuestas a delegar en otros su propio papel de guía, sino que tenían la firme intención de explotar en provecho propio las cruzadas anticomunistas de los otros.

Pío XII, sorprendido y amargado, buscó un ajuste para la línea política hasta entonces perseguida, pero el final de la guerra de Corea, la conferencia de Bandung y el consiguiente inicio del proceso de «coexistencia pacífica» echaron por tierra los residuales márgenes de maniobra de este diseño. Al mismo tiempo, entre el 53 y el 55 estaba ya en plena crisis (al menos en Francia y en Italia) también la candidatura de una «clase elegida de hombres de sólida convicción cristiana» para el gobierno de la sociedad, mientras, con el fracaso de la CED (1954), se quebraba definitivamente el sueño de una «Europa carolingia».

Cansado y enfermo, desilusionado y desconfiado hacia todo y todos, Pío XII sobrevivió otros tres años, en casi total aislamiento y en un marco de clara decadencia, al final del gran proyecto de revancha católica. A su muerte, por parte de la cúpula eclesiástica convocada para elegir su sucesor, se puso de manifiesto la necesidad de una profunda renovación sustancial¹³; las decisiones tomadas en los años siguientes por Juan XXIII confirmaron la llegada del cambio.

¹³ Un testimonio importante está representado por la oración *De eligendo pontífice*, que, según la tradición, abrió el conclave. Estas son las características del pontífice que se auspiciaba: «El estará dispuesto a recibir y escuchar a los obispos como sus colaboradores para regir la Iglesia de Dios [...]. No basta un pontífice docto, no basta un pontífice que conozca las ciencias humanas y divinas y que haya experimentado las sutiles razones de la diplomacia y de la política [...]. Lo que verdaderamente se necesita [...] es un pontífice santo.»

3. La DC de Fanfani y «la ocupación del poder»

El cambio político que la DC se proponía realizar después del 53 bajo la guía de Fanfani no comportaba la desaparición del objetivo estratégico final de la «católica reconquista de la sociedad». Toda la formación ideal y cultural del nuevo *leader* no daba lugar a dudas: no había jamás escondido que consideraba la «tercera vía» indicada por Pío XI y Pío XII como la única en grado de poner remedio a los desastres profundos derivados del abandono del sistema capitalista a las leyes «naturales» del mercado y del interés. Cambiaban por el contrario, y de modo radical, los modos y los tiempos necesarios para conseguir y consolidar la hegemonía católica en el sistema mismo; la novedad se puede esquemáticamente simplificar en el diverso papel que Fanfani atribuía al Estado y al partido.

En primer lugar, el Estado. Para Fanfani su función equilibradora y al mismo tiempo propulsora de amplias modificaciones era determinante. Como él mismo dijo en el IV Congreso de la DC (Trento, 1956), «con su acción administrativa y legislativa [...] el Estado impide la formación y el ejercicio de monopolios nocivos para la economía de nuestro sistema, para la libertad, para la democracia».

Tal potencial de intervención omnicomprendensiva para ejercitarse consecuentemente sobre el conjunto de relaciones de producción y de clase, y destinado a incidir en la composición interna (y por tanto, en la cultura) de las clases mismas, debía ponerse en grado de realizarse y operar inmediatamente. Con el fin de que esto fuera posible, el instrumento fundamental e indispensable era el partido, concebido en este caso con una dimensión más compleja y orgánica respecto al viejo diseño degasperiano. Es decir, ya no contenido en los límites de una acción electoral-parlamentaria, sino empeñado en un esfuerzo de arraigo en la realidad social y de integración y «conquista» en la institucional.

En definitiva, la perspectiva era la de sustituir el centrismo político basado en una nada segura mayoría parlamentaria por la «centralidad» insustituible del partido, basada en la capacidad de agregar el consenso real de las masas estratificadas y disgregadas, de las que un sistema complejo de mediación burocrático-político-clientelar estuviera en grado de representar sus intereses dirigiendo sus demandas hacia la acción del Estado.

Cambiados los papeles y las funciones, cambiaban también los términos de las alianzas entre las fuerzas sociales y de las relaciones recíprocas. Ya no estaban basadas en la separación de los trabajos y campos de intervención y en la exclusión de la izquierda, sino en la integración *orgánica* entre los intereses de los varios componentes del bloque dominante, por un lado y, por otro, en ella involucración cauta y gradual de las fuerzas organizadas de la clase trabajadora y, en términos electorales, en la «penetración en la izquierda» (*sfondamento a sinistra*).

Ahora, en términos generales y a grandes líneas, veamos cómo la nueva «propuesta política» se hizo realidad. En primer lugar hay que recordar que se verificaron una serie de coyunturas que le fueron favorables. A partir de 1954, como se sabe, Italia conoció un proceso de desarrollo económico con proporciones sin precedentes en su historia, caracterizado por el dualismo entre norte y sur y entre sectores avanzados y atrasados de la producción, cuya excepcional velocidad de crecimiento se debió sobre todo a la fuerte demanda exterior. No hubo necesidad de intervención por parte del Estado para sostener el alza de la producción. Por ello, fue posible concentrar casi completamente la disponibilidad de capital público en la potenciación y ampliación del aparato del Estado ¹⁴ y en una política de intervención asistencial, sobre todo en el Mezzogiorno ¹⁵ y sobre todo en agricultura, con relación a aquella franja de población no implicada (o que no se quería implicar) en las grandes olas migratorias de aquellos años. La característica principal de esta política «meridional» consistió en mantener un carácter lo más improductivo posible, además de clientelar (veremos en qué términos y con qué resultados); en definitiva, sin dar cabida a actividad alguna que pudiera concurrir con la gran industria septentrional (en algunos aspectos, funcional a sus exigencias).

La gestión de toda la operación fue conducida por la DC, que ocupó con hombres propios los puestos claves de la administración tanto local como central en todos los niveles y sectores, y al mismo tiempo

¹⁴ Son los años que vieron la «irresistible ascensión» de IRI y ENI, el nacimiento contemporáneo del Ministerio de las participaciones estatales y, a partir de 1957-58, un pulular de nuevos Entes (entre ellos los célebres «Entes de gestión»: EAGAT, EAGC, EGAM, etc.), destinados a constituir el intrincado mapa del nuevo poder de la DC.

¹⁵ En el 53 se crearon tres institutos financieros con el objetivo exclusivo de gestionar el crédito industrial facilitado para el Sur.

extendió su control sobre las diferentes ramas de la economía pública en expansión. De esta forma se había puesto en marcha aquel proceso de transformación social que acompañó al alza de la producción (condicionándola bastante) y que desde entonces en adelante (aunque hoy el hecho se ha olvidado un poco) por parte de varios publicistas fue definido con los términos de «ocupación del poder», de instauración del «régimen democristiano» y de consiguiente afirmación de la *razza padrona*. Pero más allá de los aspectos más llamativos existe la realidad de un fenómeno que ha incidido de manera muy decisiva y con consecuencias bastante más profundas de lo que dan a entender estas definiciones. Será oportuno, en consecuencia, prestar atención a algunas características que puedan ayudarnos a comprender mejor el fenómeno.

Antes de nada valoremos más atentamente el alcance y objetivos de la intervención económica del Estado. Supo adecuarse a las exigencias y a las características (sociales, económicas y culturales) de la realidad meridional en estrecha relación con el problema del control del poder. El éxito fue asegurado por la formación de una clase política-burocrático-administrativa que estaba en condición de *mediar* entre las propuestas y las peticiones del norte y las necesidades y la mentalidad del sur, adecuando tanto aquéllas como la intervención del Estado al tejido social local.

Se afirma así una clase de «mediadores» (como dice Gribaudi) que bastante rápidamente sustituyen a los viejos notables de impronta (cuando no de origen) giolittiana, de los cuales superan la vieja concepción parasitaria, asumiendo funciones en cierta medida «empresariales», en torno a los que se agregan los intereses (voraces) de constructores, especuladores de cualquier clase y, a menudo, de sectores de la mala vida con carácter mafioso, que sueldan con los (asistenciales, clientelares) de la hacienda pública, de la que dirigen las iniciativas y distribuyen los favores a ellos conexos.

Esta mezcla de fuerzas económicas y sociales que a partir de 1954 se dirige a tomar con fuerza el poder en el Mezzogiorno se integra en el grupo dirigente del movimiento católico, resarciéndole con ello abundantemente de la disminución del apoyo por parte de las capas agrícolas tradicionales y, al mismo tiempo, garantizándole un real y más amplio consenso de masas.

También el tipo de relaciones que se instauran con los ambientes del mundo empresarial septentrional se hace más complejo, y siem-

pre con ventaja para la fuerza contractual de la clase política del Gobierno. La gestión de la intervención (y del aparato) del Estado permite a la DC favorecer o contener la emigración, indispensable para la formación de un «ejército de reserva» a medida de las exigencias de la industria, y promover la expansión del mercado interior incluso en el Mezzogiorno, mientras la capacidad ulteriormente acrecentada de control del crédito asegura al partido mayoritario una notable posibilidad de maniobra sobre todo con relación a la mediana y pequeña empresa. Las innegables ventajas que el nuevo poder democristiano supuso para la industria no fueron suficientes para disolver las reservas y perplejidades existentes entre sus más cualificados exponentes, cuyas preocupaciones encontraron expresión en el cambio de guardia en la cúpula de la *Confindustria* (el «laico» de Micheli en el puesto del «católico» Costa).

Cambios aún más significativos se verificaron en los mismos años en las relaciones entre la DC y los partidos de izquierda (lo que ya se ha señalado y sobre lo que se volverá en el párrafo siguiente) y entre la DC y la Iglesia.

Por lo que respecta a la izquierda, se mantiene el intento de debilitar su fuerza organizada tanto en los lugares de trabajo (y en el 55 la acción consiguió un innegable éxito) como en la realidad social (allí donde se presentara la ocasión, incluso mediante la utilización de personalidades como en el caso de La Pira, animados por auténtico espíritu evangélico), e igualmente se mantiene el prejuicio anti-comunista que sigue constituyendo el cemento ideológico-político de las múltiples fuerzas sociales unidas alrededor de la DC; pero algo cambia. Por un lado, se delinea la imagen (quizá todavía no definida en la derecha) de un «arco constitucional» que *a priori* no excluya la aportación del PCI (por ejemplo, elección de Gronchi para la presidencia de la República), y por otro, aprovechando la declarada mayor disponibilidad de los socialistas, se asiste al intento de involucrar al PSI en una operación de contornos todavía no muy claros, aunque subordinando los tiempos de realización a las exigencias de consolidación del poder democristiano y de mantenimiento de la unidad del mundo católico 16.

¹⁶ Pietro Nenni, en una página de agosto de 1954 (de su *Diario* ya citado), cuenta que Fanfani, solicitado para indicar los tiempos concretos para la política de apertura a la izquierda, respondía lo siguiente: «por el momento debo pensar en el

En el interior de todo esto, y sobre todo en aquellos sectores (minoritarios, pero siempre significativos) más comprometidos idealmente, la «propuesta» activista y sin escrúpulos de Fanfani tuvo el efecto de apagar definitivamente cualquier debate ideológico sobre el significado de la presencia política de los católicos y sobre la posibilidad de un proyecto real y alternativo de sociedad. Este hecho, junto a la ya evidente falta de adecuación de la doctrina social católica en los términos en que había sido relanzada por Pío XI y Pío XII, al demostrado fracaso del intento realizado por la jerarquía eclesiástica de imponerse como clase política real y, sobre todo, al proceso actuado por parte de la DC de «ocupación del poder» a nivel institucional y de arraigo en el tejido social en función de agregación y control del consenso (por lo que se advierten los primeros síntomas de la disminución de la capacidad de influencia de las organizaciones e instituciones confesionales), a la vez que fue motivo de desaliento y desorientación para las almas más sensibles respecto a los temas de una religiosidad auténticamente vivida¹⁷, llevó consigo la disminución del papel del magisterio eclesiástico entendido como magisterio político, favoreciendo, en consecuencia, el reconocimiento de hecho al «partido católico» de mayores márgenes de autonomía, en una medida de la que nunca anteriormente había gozado. La justa consideración que la adquisición de tales mayores márgenes de autonomía deba atribuirse a los efectos de los procesos evolutivos de conjunto en la realidad política y social italiana, más que a la maduración de una plena conciencia ideológica y política en ese sentido por parte de la DC, no cambia el resultado final; de las cenizas de la derrota electoral del 53 había nacido aquel modelo de partido democristiano destinado a desarrollar y gestionar su propia función de eje en el sistema político italiano hasta (por lo menos) la segunda mitad de los años setenta, aun sin posteriores y no despreciables ajustes de ruta se impondrán

partido, ver qué cosa es, y si es, qué consistencia tiene. Dentro de un par de meses volveremos a hablar concretamente sobre ello».

17 «Para un cura –se preguntaba don Lorenzo Milani en el 57– ¿qué tragedia mayor que ésta podrá jamás ocurrir? Ser libres, tener en las manos los Sacramentos, Cámara, Senado, prensa, radio, campanarios, púlpitos, escuelas y, con toda esta abundancia de medios divinos y humanos recoger el bello fruto de ser ridiculizados por los pobres, odiados por los más débiles, amados por los más fuertes. Tener la Iglesia vacía. Verla vaciarse cada día más. Saber que pronto no habrá fe entre los pobres. ¿No se te ocurre incluso preguntarte si la persecución podrá ser peor que todo esto?

al verificarse importantes acontecimientos en la historia de la Iglesia y de nuestro país.

4. Algunas consideraciones añadidas...

4.1. *Las relaciones con la situación internacional*

A pesar de lo que había dicho Pío XII, el cual al día siguiente de la declaración del fin de la guerra en Europa se había apresurado a declarar que «se trata ahora de reedificar el mundo», los fundamentos de la ardua operación de ingeniería institucional habían sido puestos hace tiempo. Los primeros síntomas de la voluntad de recuperación general se habían dado ya en agosto de 1941, cuando con la carta atlántica fueron fijados los principios inspiradores que hubieran tenido que regular los términos de la paz; el proceso había continuado en el verano de 1944 con los acuerdos de Bretton Woods, que habían delineado la futura configuración de las relaciones económicas internacionales; había proseguido en Yalta, donde se definió una primera aproximación de la configuración política de las relaciones entre las potencias protagonistas de la ya inminente victoria; la última fase (al menos por el momento) fue representada por la Conferencia de San Francisco (abril 1945), en la que la alianza militar que había conducido la guerra antifascista se transformó en la institución internacional (ONU) encargada de asegurar la paz en el futuro y, por lo tanto, de regular las relaciones entre las naciones. En resumen, en los tenebrosos años de guerra se habían fijado las premisas de un complejo sistema internacional de dimensiones intercontinentales, que comenzó a funcionar en la postguerra para organizar la economía (producción y mercado), la política y la diplomacia del mundo occidental, que habría tenido que involucrar (por lo menos en un primer momento y a través del mercado) incluso a la Unión Soviética (para atenuar su alteridad), y sobre todo, habría tenido que extender su potencial **organizativo** a la parte mayoritaria del planeta, todavía no automáticamente inserta en los modernos procesos de desarrollo (el «Tercer mundo»).

Es lo que Williams A. Williams ha llamado el imperio de la «puerta abierta», que, fundado en el «internacionalismo liberal» y bajo la guía y garantía de los Estados Unidos convertidos en la potencia hegemone en todos los campos, debía asegurar la reproducción del sis-

tema, haciendo desaparecer el riesgo de repetición de crisis como la del 29, con la amenaza de nuevos enfrentamientos bélicos. Todos los Estados que formaban parte de la ONU estaban por lo tanto interesados en su mantenimiento, incluso en la ola de convicciones ideológicas que empezaron a difundirse en los años treinta, según las cuales el *interés político* prevalente de las instituciones de gobierno de las sociedades capitalistas avanzadas ya no era, como para los consejos de administración de la burguesía ochocentista (tan queridos por Marx), la consecución de la tasa de plusvalía mayor, sino que debía ser la reproducción y potenciación del sistema capitalista mismo.

Con tal *interés político* prevalente, como agudamente ha observado Franco De Felice en el trabajo citado en una nota anterior, consiguiera para los grupos dirigentes de los diferentes países una *doble lealtad* (hacia el propio país y hacia el sistema en su conjunto), que si bien representa un límite objetivo a su actuación autónoma, ellos profesan de buen grado (y pretenden de todos la profesión) en cuanto que constituye la garantía y al mismo tiempo la legitimación de su propio papel dirigente.

Con la llegada de la *guerra fría*, el desbordamiento de la presencia estadounidense en la escena europea, con el fin de contender a Rusia (que había vuelto a ser la alternativa al sistema) el control de Europa central, la situación evoluciona hacia posiciones defensivas, sea sustentando la recuperación económica (plan Marshall), sea sustentando la reorganización militar (OTAN). Italia, que ya del 43 al 44 había sido objeto de particular atención (en cuanto que primero de los *partner* fascistas en abandonar su campo de alianzas, podía representar un significativo banco de pruebas para una primera puesta a punto de las primeras estrategias internacionales) ¹⁸, se encuentra ahora, en virtud de su posición geográfica, investida de difíciles y delicadas responsabilidades, en cuanto que zona fronteriza desde un doble punto de vista (oeste-este, norte-sur).

¹⁸ Para un puntual y equilibrado cuadro de síntesis sobre el tema puede verse COLLOTTI, E., «La Resistenza e il quadro internazionale», en VV. AA., 1945-1975. *Italia. Fascismo, antifascismo, Resistenza, rinnovamento*. Conversaciones promovidas por el Consejo regional lombardo en el «Trentennale della Liberazione», Milán, 1975; ID., «La collaborazione internazionale dell'Italia», en VV. AA., *L'Italia dalla liberazione alla Repubblica*, Milán, 1975.

La *doble lealtad* viene, por lo tanto, a asumir un carácter dirimente y al mismo tiempo de fundamentación con relación a las cúpulas políticas e institucionales de nuestro país, puesto que sus grupos dirigentes, incapaces de resolver con sus propias fuerzas la crisis de la salida del fascismo, advierten la necesidad de buscar dentro del sistema internacional los oportunos factores de garantía y legitimación ¹⁹. Si en todos los años de De Gasperi, gracias a la linealidad de su «propuesta política» esencialmente basada en la acción del gobierno rigurosamente centrista (del cual había eliminado cualquier influencia de las izquierdas y de cuya *lealtad* internacional fue seguro defensor el conde Carlo Sforza, ministro de Asuntos Exteriores por un quinquenio a partir del 47), la situación no comportó ulteriores implicaciones concretas en la configuración institucional, con la llegada de Fanfani las cosas fueron hacia adelante modificándose y complicándose. Veamos cómo.

Antes de nada hay que aclarar un punto, para evitar los posibles equívocos que las propias consideraciones desarrolladas anteriormente con respecto a la *doble lealtad* podrían generar. La *doble lealtad*, aun conteniendo en sí la previsión de elementos de emergencia interna y externa y, consecuentemente, de activación de los servicios y de rápida actuación militar, no comporta efectivamente *por sí* (es decir, por el hecho mismo de ser reconocida y profesada) la creación de una clase de *doble Estado* (por decirlo, otra vez, con Franco De Felice), o sea, un sistema de aparatos *paralelos*, más o menos secretos y ocultos, con carácter represivo-defensivo-ofensivo ²⁰. «El doble Estado

¹⁹ Di Nolfo ha comentado lúcidamente que «ninguno de estos grupos [involucrados en el desenganche del faseismo] considera posible superar por sí solo, es decir, únicamente con las fuerzas internas italianas, la crisis. Todos temen que sin una ayuda providencial del exterior los controles sociales que caracterizan la naturaleza del sistema político italiano, saltarán [...]». Si los aliados ayudan a las fuerzas dominantes italianas a superar la crisis, ésta podrá evitarse, y a cambio el sistema internacional podrá confiar en el porvenir en Italia como su humilde, devoto y fiel elemento de orden, obediente a los deseos de los vencedores occidentales» (DI NOLFO, E., «Sistema internazionale e sistema politico italiano: interazione e compatibilità», en GRAZIANO, Lo, y TARROW, S. (eds.), *La crisi italiana*, Turín, 1979, p. 89). Además, ID., *Le speranze e le paure degli italiani (1943-1953)*, Milán, 1986.

²⁰ Aunque las revelaciones a propósito de *Stay Behind* y al relativo constituirse de los «gladiadores» (no sólo en Italia) requieran ulteriores y más atentas profundizaciones, algunas primeras indicaciones, respecto a la realidad italiana, se pueden encontrar en CIPRIANI, A., y CIPRIANI, C., *Sovranità limitata. Storia dell'eversione atlantica in Italia*, presentación de S. Flamigni, Roma, 1991.

-son siempre palabras de De Felice- interviene, opera y actúa [...] cuando [...] surge una cuestión de dirección política de conjunto en sentido fuerte», que pueda debilitar o amenazar (en concreto, o en según qué casos, sólo en hipótesis) el mantenimiento de la *doble lealtad*.

Es lo que se verifica (o se teme que pueda verificarse; pero la situación italiana, por los motivos ya dichos, representa uno de los casos en hipótesis) con el «cambio» de Fanfani; el dinamismo del *leader* democristiano en política interna («arco constitucional» y «penetración en la izquierda») y externa (cuestión de Indochina y sostenimiento de la estrategia petrolífera de Mattei), el aumento del papel del partido y su penetración en el aparato del Estado y en la sociedad (con la consiguiente debilitación de las funciones del Gobierno y de la Iglesia, desde el principio los máximos garantes de la *doble lealtad* italiana), constituyen los principales elementos de fuerte perplejidad (incluso para algunos sectores de los grupos dirigentes nacionales) sobre la actitud futura de Italia con relación al sistema occidental. Por ello, no llama la atención que en la segunda mitad de los años cincuenta ²¹ tuvieran lugar las *primeras* (al menos entre las que se conocen oficialmente) «desviaciones» de los servicios secretos, que culminaron el 1959 con la recogida de informaciones «impropias» (los famosos «fascículos» del Sifar [*Servizio Informazioni Forze Armate della Repubblica*]) de «hombres eminentes [...] diputados, senadores, dirigentes de industrias, de las personas más destacadas por su varia actividad política, económica, cultural, artística y hasta [...] de prelados, obispos, sacerdotes de diferentes diócesis» ²². Ni llama tampoco la atención que una vez activados los elementos de «doble Estado», incluso cuando hayan sido individuados y se haya procedido a corregir sus excesos, «no [sea] ya posible reconstruir la situación precedente», ellos han pasado a formar parte del «panorama político-institucional del país, alterando su dinámica» y condicionando

²¹ Franco De Felice sostiene que el verdadero y propio «salto de cualidad [se puede] individuar a partir del nombramiento de Tambroni a los Internos [en] 1955» (*op. cit.*, p. 535); dicho de otro modo, cuando la *doble lealtad* se ve amenazada de algún modo, la función de garantía pasa de Exterior a Interior.

²² Así se lee en el texto de la relación (de mayoría) de la *Commissione parlamentare d'inchiesta sugli eventi del giugno-luglio* 1964, reproducida en DE FELICE, F., *op. cit.*, p. 536.

su desarrollo ²³, reclamando, por tanto, una renovada atención de la historiografía política sobre ellos.

4.2. *Las relaciones con el PCI*

Como continuación a cuanto se ha dicho tanto en el primer punto como anteriormente, respecto a la dimensión ideológica del proyecto universalista de Pío XII (en el que se inspiró la fundación de la DC, basando en él su legitimación originaria), me parece totalmente evidente que la mejor definición que se puede dar de tales relaciones sea la del «asedio recíproco», gramscianamente entendido como categoría «elaborada en relación a los caracteres de la situación propia a la guerra de posiciones» ²⁴. En el sentido de que si la línea dominante de ésta es sin duda el antagonismo conflictual, los términos en los que este último se traduce están constituidos prevalentemente por la consolidación de las respectivas posiciones y por la búsqueda (tácita o explícita) de terrenos y momentos de tregua, cuando no de acuerdo común. Entre los dos grandes frentes opuestos se viene así a establecer, se podría decir, a partir del 48, «un importante circuito de acción-reacción, desafío-respuesta que ha marcado el desarrollo republicano y ha garantizado, mientras ha funcionado, su vitalidad y mantenimiento» ²⁵.

4.3. *Las relaciones con la mafia*

La particular gravedad y lo delicado del argumento, sobre todo a la vista de los dramáticos acontecimientos y de los clamorosos procedimientos judiciales de los dos últimos años, requerirían un tratamiento y reflexión mayores de los permitidos por la economía del presente trabajo, también por el estado de los estudios al respecto especialmente en la óptica específica que aquí nos interesa ²⁶. Sin embar-

²³ Idem, p. 526.

²⁴ Idem, pp. 524-525. De esta parte del trabajo de De Felice codivido, además, las equilibradas y puntuales observaciones relativas al «bipartidismo imperfecto», el cual ya fue propuesto en su momento por Giorgio Galli.

²⁵ Idem, p. 524.

²⁶ Para una primera visión de conjunto del problema y algunas indicaciones bibliográficas puede verse el libro de síntesis de Lupo, S., *8[loria della mafia dalle ori-*

go, me parece oportuno precisar un punto: si a lo largo de la segunda mitad de los años cincuenta, como ya he señalado anteriormente, se hace más estrecho y complejo el enlace entre actividad mafiosa y la promovida y activada por el desbordamiento de la presencia de la DC en la realidad institucional y social del país (hasta extenderse a todo el territorio nacional, en un crescendo destinado a culminar, por ahora, en las actuales gravísimas proporciones), el origen de tales relaciones hay que buscarlo en la realidad siciliana de hace más de un decenio. Cuando cesaron los combates en la isla, en el clima de disgregación del Estado (no se olvide que fue la primera región en realizar la experiencia y que el impacto fue ciertamente traumático) y de confusión general que envolvía todos los mecanismos y los equilibrios políticos y sociales, la mafia encuentra de nuevo crédito y fuerza. Su recorrido es cualquier cosa menos lineal y homogéneo; en parte, algunos pasajes esenciales están por reconstruir y aclarar; pero una cosa es cierta, al final de los años cuarenta, y más exactamente entre el 48 (18 de abril) y el 50 (occisión de Giuliano y reforma agraria), mientras se asiste a la definitiva consolidación del poder democristiano en Sicilia y al primer consistente diseño de una red de conexiones entre mafia y política, la mafia se encuentra ya entre 10 que los españoles llaman *poderes fácticos* 27 que emergen en la isla (y ya con perspectivas de proyección en el Mezzogiorno continental).

Creo, por 10 tanto, que la historia de las relaciones entre DC y mafia, aunque con las debidas cautelas, se inserta en una tradición histórica de más larga duración, recorriendo la cual no es difícil darse cuenta de cómo la Iglesia (directamente o a través de sectores o personalidades del mundo católico, designados para la ocasión) no haya dudado nunca en negociar, en descender a pactos, en estipular acuerdos (más o menos tácitos) y en realizar verdaderos y propios acuerdos con los poderes constituidos, legítimos o no (siempre que fueran efectivamente constituidos: *poderes fácticos*), sin que eso debiese y pudiese aparecer como un reconocimiento moral o, al menos, una for-

gini ai giorni nostri, Roma, 1993 (en particular para el período que nos ocupa, pp. 158 Yss.).

²⁷ Debo la definición a un estimulante artículo de BACET Bozzo, G., «Andreotti e il Vaticano», en *La Repubblica*, 16 de abril de 1993. Me parece bastante más adecuada que su traducción italiana (*poteri di fatto*), puesto que induce la referencia a una especie de dimensión institucional de tales poderes, sin que ello implique reconocerles alguna forma de legitimidad oficial.

ma de legitimación; al contrario, a menudo manteniendo incluso en el plano moral, firme la condena, firme el desconocimiento (y en ocasiones incluso explicitándolo). Entre los innumerables ejemplos quiero limitarme a uno contextual. ¿No constituía un *poderfático* aquel mundo industrial que el 30 de abril de 1947 el *cattolieissimo* presidente del Consejo, en una famosa declaración oficial, quería asociar a las responsabilidades del Gobierno en calidad de «cuarto partido», mientras que apenas dos días antes (y *coram populo*) lo había tachado de sórdido egoísmo? Y 10 que era posible y lícito para De Gasperi, *ad maiorem Dei gloriam*, obviamente, por el mismo fin superior, ¿no habría sido igualmente posible y lícito en el caso de Andreotti (siempre que las recientes acusaciones se revelaran fundadas) o de quien estuviera en su lugar?

Indudablemente son sólo hipótesis (si bien no del todo carentes de fundamento). Es más, pienso que quizá pueda ser de utilidad interpretativa profundizar la investigación en esta dirección ²⁸: no faltarán los resultados puntuales y oportunos.

5. ... y otras finales

Las consideraciones desarrolladas en el último párrafo, unidas a las relativas a los efectos del cambio realizado por Fanfani, reclaman algunas puntualizaciones en este discurso conclusivo.

La mayor «autonomía» conseguida por la DC respecto a la autoridad de la Iglesia y la funcionalidad de su acción en relación con las exigencias y los intereses de la burguesía industrial *no* constituyen, en mi opinión, elementos de juicio suficientes para deducir la conseguida «laicidad» del partido que lo haría similar (ya al final de los años cincuenta) a un «partido pillatodo» o a un «partido de desechos», como los que se han ido afirmando, con las diferencias respectivas, en los otros países de capitalismo avanzado en la segunda postguerra y que conseguiría así, finalmente, el tan auspiciado partido (conservador) de masas de la burguesía. La realidad, por contra, bastante más compleja, abarca la famosa cuestión de la «especi-

²⁸ Corno igualmente pienso que pueda ser útil intentar insertar el estudio del fenómeno mafioso en el esquema del modelo de la *doble lealtad*, pero por motivos de espacio y coherencia con el terna dejo tal reflexión para mejor ocasión.

ficidad» del movimiento y del partido católico de la que se hablaba al principio.

En efecto, es necesario aclarar que, a pesar de la «autonomía» y de la «laicidad» (incluso por los tiempos y modos con que se consiguieron), la DC continúa siendo el *partido católico* en el sentido y en la acepción histórica con la que he introducido mi reflexión; no sólo por la formación cultural e ideal (en la mayoría de los casos también por los *curricula*) de su grupo dirigente, o por el carácter de la cultura y de la subcultura de la que se deriva su imagen política, o también por el carácter absolutamente privilegiado que ésa (DC) mantiene en las relaciones con la autoridad, las organizaciones y las instituciones eclesiásticas (tanto que momentos, incluso significativos, de la política nacional se han visto condicionados), o, en fin, porque, a menudo, cada vez que está amenazada la unidad del movimiento católico, la última y decisiva palabra corresponde a la autoridad eclesiástica. Sino más bien, por todo este cúmulo de motivos y por uno más general, que hace referencia al papel y la función del Estado y del partido en el interior de las sociedades del mundo occidental.

A diferencia de los modernos partidos de masa (socialdemócratas o liberalconservadores, con todos los elementos obvios de diversidad recíproca), para los cuales, como se ha señalado, el *interés político prevalente* está constituido por la reproducción de la sociedad capitalista en su conjunto, para la DC el *interés político prevalente* (y absolutamente primordial) es el de *garantizar la hegemonía católica sobre el conjunto de la sociedad misma*, interés al que debe uniformarse y subordinarse cualquier otro objetivo. Justamente en tal subordinación hay que buscar la causa fundamental de las responsabilidades de la clase política dirigente en el desarrollo «torcido» o «perverso» del modelo italiano, además de la razón última del fracaso de tantos proyectos de renovación y reforma, y los motivos inmediatos de los contrastes con los otros componentes del bloque dominante.

Ello, claro está, no significa proponer una simple *reductio ad unum* de los múltiples elementos que concurren a determinar la acción de partido y de gobierno de la DC y que están en el origen de sus dos famosas almas («laica» y «católica»). Por el contrario, se quiere subrayar, todavía una vez más, que cuando la presencia y el peso de tales elementos consiguen poner en crisis o sólo amenazar la cuestión de la hegemonía, ellos no son superados mediante un trabajo de mediación política al mismo tiempo atento e incisivo (es decir, ten-

dente a restablecer un equilibrio social con un nivel más avanzado), sino que se silencian mediante una política sin escrúpulos en las concesiones o compromisos inmediatos y fuertemente «corporativos», esencialmente dirigidos a garantizar la hegemonía misma ²⁹.

En definitiva, para concluir, el grupo dirigente democristiano que se afirma en los años cincuenta estaba ya convencido de la necesidad de dotar a «la unidad política» de los católicos de la organización y estructura propias de la «forma-partido» moderna, sin que por otra parte ello significara la pérdida de la tradicional «cultura política» (es decir, la concepción misma de la política) y sin que supusiera una renuncia al objetivo de fondo para la consecución del cual había nacido la misma «unidad política».

Traducción: Nieves Montesinos

²⁹ Paradójicamente, se puede decir que para la DC el modelo histórico de gobierno y de administración del Estado y de la sociedad no es tanto el ofrecido por los grandes partidos de masas que operan en los países occidentales, sino, *mutatis mutandis*, el modo de gobierno actuado por el Estado pontificio desde la segunda mitad del setecientos en adelante.

Las mujeres en la vida política de la Italia republicana

Margherita Repetto

En Italia, en los años que van aproximadamente desde el comienzo del siglo hasta 1922-26, la acción colectiva de las mujeres se manifestó sustancialmente a través de dos cauces: las formas asociativas del primer feminismo burgués y la presencia femenina militante en el movimiento del trabajo y en el Partido Socialista (las relaciones entre asociacionismo femenino y Partido Socialista se cruzan en la vida de muchas y destacadas figuras femeninas de la época). La presencia política femenina, pese a sus muchas diferencias internas, estuvo motivada por lo menos hasta 1911-15 por una fuerte conciencia de emancipación. Fuera del área de la emancipación se sitúa el importante cauce del asociacionismo femenino que se abrió para las mujeres a raíz de la fundación, en 1909, de la *Unione Donne di Azione Cattolica* y, diez años más tarde, de la *Gioventù Femminile* 1.

1 Cfr. en primer lugar la obra completa de FRANCA PIEHONI BORTOLOTTI (1925-1985), la primera historiadora que trabajó para una reconstrucción orgánica de la historia de las mujeres en la Italia moderna y, en especial, sobre la transición desde la Italia liberal al fascismo, *Femminismo e partiti politici in Italia, 1919-1926*, Roma, 1978. Cfr. además la introducción de Annarita Buttafuoco a la recopilación póstuma de escritos de PIEHONI BORTOLOTTI, *Sul movimento politico delle donne*, Roma, 1987, y de la propia BUTTAFUOCO, *Le Mariuccine, storia di una istituzione laica*, Milán, 1985, y *Cronache femminili. Temi e momenti della stampa emancipazionista in Italia dall'Unità al fascismo*, Siena, 1988. Una aportación católica sobre el feminismo de comienzos del siglo XX es la de GAIOTTI DE BIASE, P., *Le origini del movimento cattolico femminile*, Brescia, 1963. Sobre el asociacionismo femenino católico la historio-

El fascismo provoca una interrupción forzosa de la tradición emancipacionista, bien sea por la disolución violenta — o por su desnaturalización — de las organizaciones en las que se había expresado, bien sea por el contraclima que se va creando por efecto de la propaganda ideológica del régimen. En su acción antifemenina el régimen se vio facilitado por las bajas que se habían producido en el ámbito emancipacionista en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial.

La cuestión de la continuidad/discontinuidad entre presencia y cultura política femenina del pre-fascismo respecto a la de la postguerra está integrada por muchos aspectos. Dos líneas de investigación, que se entrecruzan entre sí, nos parecen muy significativas. La primera: si el corte con la tradición emancipacionista ha sido total en el seno de la sociedad italiana, y la segunda: cuál es la procedencia y la formación de las militantes y dirigentes que destacaron por su actividad en la postguerra. Aunque los estudios que se están llevando a cabo en lo que concierne al primer punto nos permiten ya evidenciar, en alternativa al modelo oficial del régimen, un substrato persistente de combatividad femenina y de anticonformismo respecto al mensaje machista y paternalista del ventenio³, el cuadro aparece aún

grafía es aún bastante insuficiente véase, sin embargo, VV. AA., *L'opera di Armida Birelli*, Roma, 1983; DAI NOVELLA, C., *Società, Chiesa e associazionismo femminile*, Roma, 1988; y para un punto de vista crítico, los ensayos de DI CORI, P., Y DI CIOREGIO, M., en *Nuova DWF*, núms. 10-11, 1979.

² Cfr. PIERONI BORTOLOTTI, F., *Femminismo e partiti*, cit.; BUTTAFIGLIO, A., *Cronache femminili*, cit., pp. 251 y ss.

³ Para una perspectiva sobre el movimiento, cfr. BARTOLINI, S., «Dalla crisi del movimento delle donne alle origini del fascismo», en VV. AA., *Esperienza storica femminile nell'età moderna e contemporanea (Parte prima)*, Roma, 1988, pp. 125 y ss., y de la misma autora la reseña bibliográfica «La donna sotto il fascismo», en *Memoria*, núm. 10, 1982. Sobre mujeres y trabajo, cfr. el ensayo de PIERONI BORTOLOTTI, F., *Sul movimento politico delle donne*, pp. 179-207; RUGGERINI, M. C., «Appunti sul lavoro delle donne tra dittatura fascista e stato democratico», en *Movimento operaio e socialista*, núms. 1-2, 1990; cfr. también algunos ensayos contenidos en *Annali Fondazione Feltrinelli*, t. XX. Noticias de gran interés se encuentran en el libro de PASSEHINI, L., *Torino operaia e fascismo*, Roma-Bari, 1984. Sobre las mujeres del campo algunas aportaciones recientes en «Contadine e "massaie rurali" durante il fascismo», en *Annali Istituto Alcide Cervi*, núm. 13, 1991, pp. 149-246. Están incrementándose las aportaciones de memoriales, a menudo en el contexto de obras de historia local. Para la articulación local y el valor de los testimonios directos, una obra de reconstrucción ejemplar que concierne a una región clave para las reacciones femeninas al régimen es *Donne e resistenza in Emilia Romagna*, t. 1-3, Milán, 1978, en especial el

desarticulado y no consiente explicar en términos históricos cómo las mujeres afrontan el paso del final de los años treinta, en los que las acciones y la propaganda del régimen fueron más intencionadamente anti-feministas, a los años 1943-45. Falta aún un cuadro articulado para conocer qué formas de socialización femenina, qué nivel de auto-referencialidad y mensaje político ha aportado un número tan relevante de mujeres pertenecientes a capas sociales distintas (y separadas entre sí) que se cristalizó en diferentes formas «de resistencia» contra el régimen para contrastarlo activamente.

Al reconstruir el cuadro de la «resistencia» topamos con el problema de la génesis de los grupos dirigentes. También sobre este aspecto las reconstrucciones históricas revelan un continuismo significativo ⁴, pero es un terreno aún muy abierto a investigaciones futuras. Lo que queda claro es que la «resistencia» es el crisol de donde provienen en cualquier caso las nuevas fuerzas de la movilización femenina de la postguerra: mujeres casi siempre jovencísimas, al principio a menudo sin una identidad política precisa, aunque, especialmente en las capas obreras y campesinas del centro-norte, fuertemente influidas por la tradición familiar «roja». De las reconstrucciones y testimonios emerge un rasgo bastante común a las mujeres pertenecientes a las capas populares y a las de origen burgués y que puede considerarse la raíz de su compromiso: se trata del descubrimiento a nivel individual de la dimensión política, resultado de experiencias existenciales entretejidas de lazos personales o de grupo ⁵.

1. I, a cargo de Uva Vaccari, *La donna nel ventennio fascista 1919-1943*. Para un trabajo reciente de conjunto, cfr. DE CRAZIA, V., *How Fascism Ruled Women* (Univ. of California Press, 1992).

⁴ La literatura sobre las comunistas, pese a ser aún dispersa, es abundante. Un trabajo todavía útil sobre el enlace entre prfascismo, clandestinidad y posguerra es el de SPANO, N., y CAMARLINCIII, F., *La questione femminile nella politica del PCI*, Roma, 1972. La historiografía es insuficiente sobre las mujeres del socialismo italiano cfr., sin embargo, ALLOISIO, M., y AJÒ, M., *La donna nel socialismo italiano*, Lerici, 1978. Para las católicas, cfr. la nota 6.

⁵ Los aspectos de la «transición» aparecen en muchas reconstrucciones. En muy diversos contextos, cfr. MAFAL M., *L'apprendistato della politica*, Roma, 1979, y BRLJZ-ZONE, A. M., Y FARINA, R. (eds.), *La Resistenza laciuola. Dodici vile di partigiane piemontesi*, Milán, 1976 y el anteriormente mencionado *Donne e resistenza in Emilia Romagna*. De todos modos faltan trabajos de valoración histórica de conjunto acerca de la participación femenina en la Resistencia, frente a muchas obras conmemorativas, por supuesto valiosas. Gran interés humano reviste el libro de VV. AA., *Mille volte no!*, Roma, [1965]. Para unas observaciones sobre las vinculaciones entre resistencia y par-

Para todas las mujeres, de cualquier procedencia y generación, hay que tener siempre presente la existencia del fenómeno de la guerra en sí mismo y cómo las mujeres lo enfrentan. Fenómeno que también está esperando una reconstrucción a partir de la vertiente femenina, en el sur, en el centro y en el norte del país. La guerra y los sucesos que se produjeron tras el verano del 43 constituyen un hito importante incluso para comprender el origen de la implicación más directamente política en el caso de las mujeres del asociacionismo católico. Aquí, en efecto, podemos hablar de una continuidad de estructuras de socialización entre el antes y el después de la guerra. La función de incunable con respecto a la participación femenina católica de la postguerra correspondió a las organizaciones católicas de masas, las únicas que el régimen no pudo eliminar. Las Mujeres de Acción Católica, la Juventud Femenina de Acción Católica y la organización «mixta» de la FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana) proporcionaron tanto las bases –en este caso especialmente las dos últimas– como la reserva de la cual salió el primer núcleo de cuadros femeninos católicos de la postguerra ⁶.

Al intentar dividir en períodos la historia política de las mujeres en la segunda postguerra me parece necesario diferenciar unas cuatro fases anteriores a la historia de los últimos quince años a la que podemos considerar contemporánea. Una primera fase tiene sus raíces en los años de la guerra y de la resistencia y se proyecta a lo largo de 1947, pasando por las elecciones de 1946 y los trabajos de la Constituyente. La guerra fría y la polarización de la escena internacional en dos campos contrapuestos ejercen un decidido impacto sobre el perfil social y político de las mujeres en Italia, determinando una secuela en el seno del movimiento que se prolongará desde finales de 1947 hasta la mitad de los años cincuenta. La tercera fase es la más significativa en términos de auto-representación y de presencia visible en la sociedad italiana del movimiento político de las mujeres: cronológicamente abarca el arco de tiempo que va desde la mitad de los años cincuenta hasta principios de los setenta. El decenio

ticipación política en la posguerra, cfr. GAIOTTI DE BIASE, P., *Questionefemminile efeminismo nella storia della repubblica*, Brescia, 1979, pp. 27-28 Y notas, y MICCHETTI, M.; REPETTO, M., YVIVIANI, L., UD/, *Laboratorio di politica delle donne*, Roma, 1984, cap. I.

⁶ Sobre la procedencia de algunas dirigentes católicas, cfr. DAU NOVELLI, C., «Daremo sei milioni di voti», en *Memoria*, núm. 21, 1987.

Las mujeres en la vida política de la Italia republicana

que sigue está caracterizado por la aparición, en la sociedad occidental, de la cultura y presencia política de las mujeres que se identifica comúnmente como «el feminismo de los años setenta».

Desde el perfil institucional, la entrada de las mujeres en la vida política fue sancionada por el Decreto presidencial de 31 de enero de 1945, promulgado por el Gobierno provisional que se había constituido en la Italia liberada, y que reconocía a las mujeres el derecho al voto activo y pasivo. Sin embargo, lo que ha sorprendido a quienes han reconstruido el contexto político y cultural en el que se produjo el reconocimiento de los derechos políticos a las mujeres es el carácter de «obviedad» del que se rodeó el acontecimiento. Por ello se ha subrayado cómo la postura dominante de la cultura política machista en aquella ocasión se orientó a «desdramatizar» el significado de un hito totalmente nuevo en la historia de la Italia moderna, es decir la introducción del sufragio universal ⁷.

El restar relevancia al significado del voto a la mujeres ocultaba, sin embargo, percepciones y estrategias incluso complejas por parte de algunos de los máximos protagonistas de la renaciente democracia italiana. Son testimonio de ello el nacimiento, casi contemporáneo (entre el otoño de 1944 y comienzos de 1945), de dos agrupaciones femeninas, una en el ámbito de la izquierda, la otra en el ambiente católico, la *Unione delle Donne Italiane* (UDI) y el *Centro Italiano Femminile* (CIF) ⁸. Ambas agrupaciones tienen en común el carácter de masas, ya que están abiertas a las mujeres de todas las clases sociales y no están fundamentadas sobre un credo ideológico (con la única excepción del antifascismo); ambas pretenden actuar como cremallera entre la participación en la política institucional de los partidos, considerada ajena a la mayoría de las mujeres, y la actividad en el campo social; ambas destacan, en su mensaje a las mu-

⁷ Cfr. GAIOTTI DE BIASE, P., «L'accesso alla cittadinanza il voto e la Costituzione», en *Le donne e la Costituzione*, Actas del Congreso del 22-23 de marzo de 1988, Cámara de los Diputados. Para el prefascismo, cfr. también, en el mismo tomo, BLRTAFUOCO, A., «Apolidi. Suffragismo femminile e istituzioni politiche dall'unità al fascismo».

⁸ Sobre la UOI, cfr. SPANO, N., y CAMERLINGHI, F., *op. cit.*, pp. 74 Yss.; MICHETTI, M.; REPETTO, M., y VIVIANI, L., *op. cit.*, cap. 1. Sobre el CIF, cfr. DALLI NOVELLI, C., «Daremo sei milioni di voti», cit., y, también para las relaciones entre UDI y católicas, GAIOTTI DE BIASE, P., *Questione femminile*, cit., pp. 29-34.

jeros, el tema de la responsabilidad social respecto al de la afirmación individual.

En este punto cabe proporcionar una clave de lectura que permita comprender la posición y la naturaleza del movimiento político de las mujeres tal y como nació en el contexto de los primeros años republicanos. Las fuerzas políticas dotadas de estrategias de largo alcance -sustancialmente DC y PCI- se dieron cuenta de la importancia que revestía la incorporación de las mujeres a su propio diseño político. Los documentos de que disponemos indican sin duda alguna una pérdida de «autonomía» estratégica por parte femenina entre el período guerra-resistencia-inmediata postguerra -cuando empiezan a evidenciarse señales más o menos fuertes de una proyección reivindicativa propia- y aproximadamente finales de 1945, cuando las mujeres aparecen ya definitivamente «enmarcadas» en las políticas contrapuestas. La integración de las mujeres en los diseños a largo plazo que se disputan el consenso popular garantizó tanto la ciudadanía *formal* como la llamada *sustancial*; es decir, la legitimación social y cultural de su ingreso activo en la política. Pero al mismo tiempo *justificó como sus únicos ámbitos de participación los que habían predispuesto las fuerzas políticas*. En términos prácticos, se abrieron a las aspiraciones políticas de las mujeres los canales representados por los movimientos femeninos de los partidos y de las organizaciones de masas; es decir, además de los del sindicato, los del asociacionismo político femenino de masas (que tenía antecedentes sólo en las organizaciones de Acción Católica y en las del régimen). Para las aspiraciones femeninas ello supuso condicionamientos abruptos que fueron especialmente evidentes en el primer decenio y que en sustancia representaron siempre un obstáculo. Sin embargo, desvirtuaríamos totalmente el sentido de los acontecimientos si interpretásemos el modo en que se configuró el movimiento de las mujeres -tanto en su componente católico como de izquierda- como una dinámica dictada por los partidos en un vacío de proyectos, proposiciones y críticas femeninas. Esta lectura falseada ha llevado hasta hoy a los politólogos, especialmente a los del área anglosajona, a afirmar que en Italia no existió un movimiento de las mujeres hasta los años setenta: evidentemente porque el movimiento de los años setenta era «legible» con las categorías empleadas, contrariamente al de los decenios anteriores. En realidad, aunque es verdad que tanto las mujeres del catolicismo político como las de la izquierda se mantu-

vieron dentro de los límites generales de las estrategias con las cuales estaban conformes por su propia elección de militancia, tanto unas como otras mantuvieron en su propio ámbito una independencia de juicio crítico que las indujo a librar batallas políticas en el seno sus respectivos partidos *defendiendo los que en su opinión eran los intereses femeninos*. Una prueba negativa estriba en el hecho de que, especialmente en la DC y en el PSI, es decir en los partidos donde, a partir de la mitad de los años cincuenta, las corrientes se convirtieron en el *modus operandi* oficial de la selección del poder, en línea general las mujeres resultaron sobremanera sacrificadas. Pese a ello, las asociaciones de masas como el CIF y más aún, en el campo de la izquierda, la UDI, desempeñaron un papel muy destacado, ya que, en su conjunto, representaron auténticas zonas francas en donde mujeres de diversa procedencia cultural, generacional y a veces ideológica (este fue sobre todo el caso de la UDI), motivadas por experiencias ajenas a la política de las mujeres, crearon canales de comunicación importantes con las mujeres del resto de la sociedad y, gracias a un debate que se mantuvo siempre vivo, aunque en la distancia, lograron acumular en el transcurso de los años un patrimonio que se había ido dispersando después del primer decenio del siglo.

En el ámbito de la izquierda la estrategia que llevó a la creación de la UDI fue la de Palmiro Togliatti, secretario del «nuevo partido» comunista desde 1944. En la formulación dictaminada ya en junio de 1945 por el líder comunista la «cuestión femenina» va estrechamente ligada a la concepción de la «democracia progresiva», y la participación masiva de las mujeres en las batallas civiles y en las luchas sociales es considerada esencial para la construcción de la democracia. En sus discursos, Togliatti afirma tajantemente, aunque sin determinar los contenidos específicos, que tales luchas deben contemplar entre sus objetivos el conjunto de los derechos que hasta entonces jamás les habían sido reconocidos a las mujeres. Esta cautela tiene su confirmación ulterior en la invitación a las comunistas a tener en consideración en su trabajo de conjunto (es decir, en la UDI) las cuestiones de la familia y de la infancia «junto con las mujeres que tienen sentimientos religiosos». En no querer definir *a priori* los contenidos de un proceso de actuación que puede nacer sólo de las experiencias y de la confrontación se revela la conciencia realista de entrar en lo concerniente a estos temas —las relaciones del género en lo privado— en un campo en donde era evidente la vulnerabilidad,

antes aún que frente a los adversarios políticos, frente a aquellas mismas masas populares en las que el nuevo partido comunista quería radicarse.

También las estrategias que se fueron perfilando en el ámbito católico ya en los meses que precedieron el final de la guerra aparecen dirigidas a conquistar a las mujeres para la causa de la democracia. Pero se reproducen, incluso con relación al problema de las mujeres, las dos distintas visiones de la democracia que siempre se han cruzado, a veces contrastándose, en el catolicismo italiano. Una de ellas es la del papa Pacelli, quien considera a la democracia como un mal inevitable que hay que aceptar en la historia para llevarlo, en el diseño de la Providencia, bajo el magisterio de la Iglesia con el fin de potenciarla; la otra es la demócrata-cristiana laica, que se puede personificar en De Gasperi, que cree en la democracia como hecho histórico positivo, garantizado por los valores universales del catolicismo. Las reconstrucciones históricas que nos presentan a un De Gasperi ya desde el principio declaradamente favorable al voto de las mujeres testimonian, además, que él, junto con otros exponentes de la corriente de los ex populares, compartía el temor de que sobre las mujeres se pudieran producir presiones clericales que hubieran podido ocasionar a la acción política del partido democristiano un peligroso escoramiento hacia la derecha, creando incluso una delicada dependencia de la jerarquía. En este sentido, la creación del CIF responde al proyecto de abrir otra vía de expresión al activismo de los católicos, en este caso de las mujeres, distinta de la de la Acción Católica y más permeable a las posturas políticas de la De. Pío XII recogió el guante, superando la oposición histórica del papado a la entrada de las mujeres en el campo político y a su acceso al voto, vislumbró en ello una «oportunidad histórica y una intervención casi providencial». Entre octubre y noviembre de 1945, en una serie de discursos dirigidos a las mujeres, y en particular a la nueva formación del CIF, Pío XII exhortó a la mujeres a cumplir con su deber electoral «para contrarrestar las corrientes que amenazan el hogar familiar» ⁹.

⁹) Para una discusión de conjunto sobre las estrategias de los partidos de masas en relación con las mujeres, cfr. GAIOTRÍ DE BIASÉ, P., *Le donne e la Costituzione*, cit., pp. 66 Yss., Y el anteriormente mencionado *Questione femminile*, cit., pp. 20 Yss.

De este modo la participación política femenina es respaldada por las fuerzas «populares», tanto de izquierda como católicas: no cabe la menor duda de que estos viáticos tuvieron sus efectos para consagrar la legitimidad del ejercicio de las prerrogativas políticas y del mismo compromiso militante femenino frente a las desconfianzas e impedimentos masculinos. No hay lugar a duda de que el voto —que de hecho y durante muchos años fue el único de los derechos constitucionales que pudo ser efectivamente ejercitado—, haciendo posible que las mujeres tuviesen conciencia de su propia *individualidad*, actuó como un valor que consentía a las mujeres formarse una imagen de sí mismas independiente de la del *papel* representado en el núcleo familiar, aunque destinado a coexistir con él. Ya se ha hecho notar el especial significado que esta experiencia tuvo para las mujeres del mundo rural ¹⁰, pero desde luego no fue inferior para la otra inmensa capa social, la femenina de clase media en sus niveles más modestos, que tradicionalmente se había quedado más alejada de las oportunidades de socialización incluso en los años del fascismo, con excepción del canal representado por las organizaciones católicas. Las mujeres organizadas en los partidos de masas y sobre todo en las organizaciones tales como la UDI y el CIF se volcaron para promover el ejercicio del voto. Esto sucede ya con ocasión de las primeras consultas administrativas que tuvieron lugar en marzo y noviembre de 1946, a caballo de la del 2 de junio del mismo año para la elección de la Asamblea Constituyente y de la forma institucional republicana. La UDI se declaró favorable a la «república democrática» en tanto que el CIF luchó contra el abstencionismo femenino, invitando a las mujeres a votar «cristianamente». Mucho más masiva fue la movilización con motivo de las elecciones de abril de 1948, cuyos resultados son conocidos y que fue guiada por las contraposiciones ideológicas más ásperas y en donde la representación femenina fue explotada con fines de propaganda general: desde la izquierda se insiste en el concepto de la mujer madre contra la guerra, desde el ámbito católico se hace hincapié en la misión salvadora de la mujer en defensa de la familia y de los valores de la tradición cristiana contra el comunismo ateo y disgregador ¹¹.

¹⁰ Cfr. en particular el ensayo de SIGNORELLI, A., *Annali dell'Istituto Alcide Cervi*, cit., pp. 247 y ss.

¹¹ Sobre la movilización de las mujeres católicas, cfr. DAU NOVELLI, C., «Daremo sei milioni di voti», cit.; BIZZARRI, E., *L'organizzazione del movimento femminile cat-*

Ante esta movilización femenina y teniendo en cuenta los resultados obtenidos por las formaciones que se enfrentaban, los sucesivos análisis de sociología electoral siempre atribuyeron al voto femenino un carácter «retrasado». Se trata por supuesto de una lectura deformante que se corresponde con las desconfianzas manifestadas por la «alta cultura» -**masculina**- de aquellos años respecto al compromiso político de las mujeres ¹².

y en efecto, la alternativa tal vez hubiera podido ser únicamente un fenómeno elevado de abstencionismo femenino que sin embargo no se produjo gracias a las organizaciones femeninas y sobre todo a las católicas, por las formas que históricamente había tenido, hasta entonces, la socialización y la implicación participativa de la gran mayoría de la población femenina. La acusación de «retraso» -**que** se alzó incluso en el ámbito de las grandes formaciones de izquierda, aunque no resulta que en ellas tuviesen «libre ciudadanía»- no se debía sólo a un desconocimiento profundo de los mecanismos complejos, aunque irrenunciables, del proceso democrático, sino también -**y** no nos extraña- al no haber captado, entonces y después, otro aspecto que más directamente está vinculado a la presencia política femenina en la postguerra. Y de hecho, en el ejercicio del voto encontraba su realización más concreta el único *proyecto general de emancipación* enunciado y votado por toda la formación femenina militante. Si se revisan los pronunciamientos y los programas que constituyen la base del nuevo asociacionismo femenino, y en especial el de masas, ya desde los meses que preceden al final de la guerra, el de la «igualdad política» es el único reconocimiento que exigen las mujeres, frente a un mensaje que, en su conjunto, es sólo de naturaleza solidaria y de responsabilidad social. Y éste es otro punto de extrema importancia para comprender la ausencia de un programa femenino autónomo. En otras palabras, existe desde luego el efecto de las circunstancias dramáticas, que se funde con una «ofensiva ideo-

lógico dal 1943 al 1948, Roma (Cuadernos FIAP, 37, s. f.). Sobre la UDI en especial, cfr. CASMIRRI, S., *L'Unione Donne Italiane, 1944-1948*, Roma (Cuadernos FIAP, 7, 1978); MICIETTI, M.; REPETTO, M., y VIVIANI, L., *op. cit.*, caps. I y II.

¹² Para un resumen crítico de estas valoraciones, cfr. GAIOTTI DE BIASE, P., «Impact Of Women's Political and Social Activity», en COPPA, F., y REPETTO, M. (eds.), *The Formation Of the Italian Republic*, York, 1993, pp. 233-234 y notas; para algunas de las polémicas misóginas, cfr. ULIVIEHL, S., «La condizione della donna in alcune riviste politico-culturali italiane del dopoguerra», en *Movimento operaio e socialista*, núm. 4, 1976, pp. 389 Yss.

lógica» más o menos consciente, proporcionándole una coartada (*primum vivere...*, parecen repetir las sabias advertencias masculinas); pero al mismo tiempo falta también una filosofía de conjunto debido a la pérdida de la memoria histórica¹³ y a la división ideológica. Y sobre este último punto todo lo que queda del rico patrimonio de debate y de experiencia, e incluso de las derrotas, de la historia del movimiento, son los primeros ideales. En el campo de la izquierda el último término de referencia es el concepto de *igualdad* -que se configura en último análisis como la igualdad de derechos de la tradición marxista a participar en el proceso productivo- (y sólo más adelante la excavación se hará mucho más compleja), en tanto que en el catolicismo político el concepto de última frontera estriba en la *diversidad*¹⁴, aunque laicamente templada por la reafirmación de la igual dignidad social y civil de la mujer. Los dos análisis no estaban destinados a fundirse, pese a que existía un terreno común en la *igualdad jurídica* que se configuraba como eliminación de los obstáculos jurídicos que se ponían a la mujer en campo social y civil (pero ya el concepto mismo de *igualdad* encontraba interpretaciones distintas incluso en campo católico cuando se trataba de la familia). Testimonio concreto del acuerdo alcanzado sobre la *igualdad* fue el trabajo común de la Constituyente que llevó a reiterar el concepto en la Constitución¹⁵. Pero un rasgo cultural común a las ascendencias culturales del movimiento en sus dos componentes era el rechazo del feminismo individualista, basado en el concepto del individuo femenino como sujeto y fuente de derecho, fuera de las formaciones sociales en las que el «papel» femenino sitúa a la mujer¹⁶. Por otra parte, la rei-

¹³ Cfr. MICIETI, M.; REPETTO, M., y VIVIANA, L., *op. cit.*, p. 13, *passim*; cfr. también CALURN DE BIASE, P., *Questione femminile*, cit., p. 25 y notas. Para una discusión más detallada sobre la pérdida de la memoria histórica en la tradición del movimiento político de las mujeres, cfr. la introducción de A. Buttafuoco en *Sul movimento politico delle donne*, cit.

¹⁴ Sobre el punto de la diversidad, cfr. GAIOTTI DE BIASE, P., *Questione femminile*, cit., pp. 23 y ss.

¹⁵ Sobre la condición de la mujer en la Constitución y la aportación de las mujeres a la Constituyente, cfr. los dos ensayos de C. Assanti y G. Fanello Marcucci, además de otras intervenciones en *Le donne e la Costituzione*, cit. Sobre las resistencias que encontraron las mujeres, cfr. también CAROFALO, A., *L'Italiana in Italia*, Bari, 1956, pp. 52-53.

¹⁶ Para una interesante y problemática perspectiva sobre las diferentes tradiciones que encierra la definición de «feminismo», cfr. OFFEN, K., «Defining Feminism. A Comparative Historical Approach», en *SJGNS*, t. 14, 1988, pp. 119-158.

teración del voto como deber -**que** se refleja también el la formulación del arto 48 de la Constitución 17_ contribuyó a relegar a un segundo plano, cuando no a borrar totalmente en la práctica, la idea del voto como instrumento para reivindicar los derechos negados a las mujeres en la dimensión individual y colectiva.

La conclusión es que en estos primeros años republicanos el *ingresso* de las mujeres *en la ciudad* no se configura como una «cuestión» ni siquiera en sus términos siglo XIX-XX. En ausencia de una proyección femenina explícita y específica, el protagonismo de las mujeres -**que** fue muy vivo en las dos fases, es decir antes y después de la aprobación de la Constitución y hasta principios de los años cincuenta- se desplegó bajo el signo de la responsabilización y de la participación en las actividades de la reconstrucción. Tras la enconada confrontación de 1948 las mujeres católicas parecen retirarse de la política nacional para dedicarse a actividades asistenciales y de administración local (donde ya gestionan el creciente poder incluso clientelar que gira alrededor de la DC), mientras que en el ámbito de la izquierda la movilización propende a conectar con el descontento popular, con una lucha orientada por la política general y hacia la construcción organizativa de la izquierda 18.

Distintos son los cuadros dirigentes y militantes que se forman en la izquierda y entre las católicas como resultado de estas dos diferentes experiencias. Al hacer un balance retrospectivo en la segunda mitad del decenio sucesivo aparece evidente que el enorme potencial de energías femeninas que se ha gastado no dio como fruto ninguna reforma legislativa adecuada a los pronunciamientos de igualdad de la Constitución (la única Ley fue la de la tutela de la maternidad, limitada a las trabajadoras de la industria y aprobada en 1950 gracias

17 Para una valoración reciente de la reacción de la mujer a la obligatoriedad del voto, cfr. MICHETTI, M., «1946 voto amaro: un diritto mutato in obbligo», en *Il Manifesto*, 26 de junio de 1986.

18 El protagonismo femenino marca de manera indeleble las luchas por la tierra que constituyen un capítulo importante especialmente en la historia del Sur y abarcan un arco de tiempo que va desde el año 1947 aproximadamente hasta principios de la década de los cincuenta. A lo largo del mismo período de tiempo aumentan las campañas por la paz (y contra la adhesión a la Alianza Atlántica) y, sobre todo en el Centro-Norte, las luchas contra los despidos, femeninos y masculinos. Cfr. MAFAI, M., *L'apprendistato della politica*, cit.; sobre la UDI en particular, cfr. MICHETTI, M.; REPETTO, M., y VIVIANI, L., *op. cit.*, cap. n.

al esfuerzo conjunto de la democristiana Maria Federici y la comunista Teresa Noce)¹⁹.

Cabe decir, además, que la misoginia y el conservadurismo social de las Cortes fueron un serio obstáculo para la realización de la igualdad. Un ejemplo clarísimo fue el revuelo en la interpretación del artículo 51 (igualdad de derechos para acceder al funcionario y a los cargos por elección), suscitado por la única acción llevada adelante, aunque por separado, por la formación femenina en su conjunto, para conseguir el derecho de las mujeres a formar parte de los jurados populares²⁰. No es una casualidad que encontremos empeñado en esta campaña al componente minoritario «laico» del movimiento, el que se expresa en el reconstituido *Consiglio Nazionale delle Donne Italiane*, en cuya tradición volvemos a encontrar el ascendente cultural del feminismo «de los derechos», que constituye también el único eslabón que enlaza, a nivel organizativo, el movimiento de la postguerra con el de la Italia liberal.

A medida que se avanzaba en el decenio —en aquella que se ha definido como la tercera fase— maduró en la intelectualidad política femenina la conciencia de la falta de compensación entre los cambios que se iban produciendo a raíz del despegue económico y la ausencia de un proyecto ideal de conjunto para las mujeres. Las transformaciones tenían ya un impacto en la calidad de la vida gracias sobre todo a una economía de base consumista y caracterizada por el crecimiento progresivo que en los grandes números utilizó también energías femeninas hasta entonces empeñadas en actividades de supervivencia, que tuvo sus repercusiones no sólo sobre la estructura interna del mercado del trabajo, sino también sobre las expectativas de vida de las jóvenes mujeres de las capas más populares. La dinámica se había puesto en movimiento entre las mujeres de la izquierda ya desde los años 1952-53, llegando a tener las connotaciones de un auténtico repensamiento autocrítico hacia la mitad del decenio, sobre

¹⁹ Una señal de esta visibilidad lo constituye la progresiva disminución del número de las mujeres elegidas al Parlamento en el decenio 1948-1958: de las 45 diputadas y cuatro senadoras elegidas en 1948 (5,2 por 100 del total de los elegidos) se llegó a 25 diputadas y tres senadoras en 1958. Sólo en 1976 se consiguió superar el porcentaje de 1948.

²⁰ Sobre las polémicas concernientes a la interpretación y aplicación del artículo 51 de la Constitución, que terminaron sólo en 1963 con la aprobación de la Ley que abrogó la anterior legislación discriminatoria, cfr. GALOPPINI, A. M., *[lungo viaggio verso la parità. I diritti politici e civili delle donne dall'Unità a oggi]*, Bolonia, 1980.

todo en el año clave, 1956, cuando se aceleró también como reflejo de las tensiones que se iban desatando entre mujeres comunistas y socialistas ²¹.

La estrategia para conseguir una legislación que garantizara a la vez igualdad de retribución para el mismo trabajo, tutela de la maternidad, reglamentación de la discrecionalidad del empleador en materia de contratación y despido de las trabajadoras fue llevada a cabo por una coalición de mujeres competentes y llenas de energías, organizada en el Comité de las asociaciones femeninas para la igualdad de las retribuciones, que promovió hasta tres Congresos entre 1957 y 1962 ²². En el Comité volvemos a encontrar en plena actividad el antes mencionado *Consiglio Nazionale delle Donne Italiane*, que federaba asociaciones profesionales integradas también por mujeres católicas. El desarrollo de los trabajos para la elaboración se enlazaba por un lado con la movilización en los lugares de trabajo y por otro con la representación parlamentaria femenina.

El comienzo de la recuperación de la memoria histórica con respecto al pasado corresponde al momento álgido que vivió el movimiento político de las mujeres en los años que coinciden con el despegue del centro-izquierda (desde 1958 a 1963) ²³. Las comunistas --o mejor dicho, la generación de las veinteañeras del 45 que ahora alcanzan posiciones preeminentes tanto en el partido como en las organizaciones de masas-- desempeñan un papel relevante al sentar las bases para reproponer en su conjunto y a nivel teórico la «cuestión femenina». Su ambición, subrayada en el número especial de *Rinascita* con motivo del 8 de marzo de 1961, es la de representar el eslabón que enlaza la herencia histórica del mejor feminismo paritario con la aportación a nivel de ideas y luchas en clave específicamente femenina que las comunistas pretenden dar a las tendencias reformistas presentes en el movimiento obrero italiano de aquellos años.

La UDI fue el centro propulsor de este replanteamiento que sucesivamente se convirtió en movilización. Por primera vez, y cumplidamente entre el 59 y el 60, la emancipación, definida como proble-

²¹ Cfr. ASCOLI, G., «L'UDI tra emancipazione e liberazione», en *La questione femminile in Italia dal '900 a oggi*, Milán, 1979, pp. 136 Y ss.; MICIETTI, M.; REPETTO, M., y VIVIANI, L., *op. cit.*, pp. 169 Y ss.

²² Cfr. GAIOTTI DE BIASE, P., *op. cit.*, p. 45.

²³ Cfr. la introducción de A. Buttafuoco, en *Sul movimento politico delle donne*, cit., pp. IX Y ss.

ma «de todas las mujeres», se vinculó orgánicamente al derecho al trabajo: en particular, fin de las discriminaciones, pero también, desarrollo de la sociedad y de los servicios sociales, en especial para la infancia.

Contemporáneamente, sin embargo, las socialistas comenzaron a organizarse activamente en el movimiento femenino de su propio partido para promover una acción de opinión y de iniciativa parlamentaria sobre los temas de la familia y de los anticonceptivos. Paralelamente las dirigentes socialistas de la UDI llevaron adelante una crítica personal a una línea -trabajo y servicios sociales- que juzgaban excesivamente vinculada a la economía, ya que dejaba en la sombra la urgencia de otras reformas y precisamente las que impropriamente llamaban «de costumbre». Como prueba de ello se mencionaba el escaso apoyo que la UDI dio (a decir verdad fue objeto de autocrítica también entre las católicas) a la Ley de abolición de los reglamentos sobre la prostitución -que legitimaba la prostitución y los «burdeles de Estado»- por la cual desde los años 1948-49 estaba luchando Angela Merlin, parlamentaria socialista de la generación pre-fascista. La ley, en la que coincidían también propuestas de parlamentarias democristianas, se aprobó finalmente en 1958, pese a la enconada oposición de muchos sectores de la opinión pública masculina.

En aquel período de los años cincuenta también las católicas afrontaron el tema del trabajo. La perspectiva de un número creciente de mujeres que accedían al mercado del trabajo *retribuido* merced a la industrialización y a la urbanización fue considerada por un sector de las católicas como un elemento que cambiaba los términos de la cuestión. Pero, en su conjunto, el movimiento de las mujeres católicas se ajustó a la tradicional respuesta católica de la «libre elección» que de hecho significaba dejarse llevar por los procesos espontáneos del crecimiento económico ²⁴.

La labor de las mujeres de la DC y del CIF acerca de los temas de la familia fue muy denodada a partir de los primeros años sesenta. Pero la estrategia elegida -incluso por las católicas convencidas de que las reformas debían estar orientadas por el eje paritario-- fue la del largo plazo, la de la «formación» de las conciencias: una espe-

²⁴ Para una reconstrucción crítica, también de lo que aconteció en el campo católico, cfr. GAIOTTI DI BIASI, P., *op. cit.*, pp. 43 y ss.

cie de marcha de penetración silenciosa dentro del mundo católico y sobre todo de la jerarquía, siempre contraria a dejar espacios de intervención legislativa (y por lo tanto de creatividad teórico-jurídica) a la autoridad civil en una materia de esta clase. La aproximación formativa consentía también evitar la confrontación popular que necesariamente llevaría a medirse con aquellas corrientes de opinión laicistas que en la sociedad de los años sesenta podían contar ya con una aceptación amplia y culturalmente aguerrida.

A finales del 63 la convergencia de la presión parlamentaria entre democristianas y mujeres de la izquierda había desembocado en la aprobación de leyes -desde la igualdad de salario a la prohibición de despido por matrimonio, al derecho de acceso a las carreras y profesiones- que constituyeron la base de la igualdad, al menos formal, de las mujeres italianas en el campo económico. Y sin embargo, el movimiento político de las mujeres no había alcanzado una formulación que superara el aspecto de la *igualdad jurídica*.

La conciencia de que era necesario un replanteamiento ideal del problema se pone de manifiesto en la plataforma de discusión que prepara el VII Congreso de la UDI que tuvo lugar en junio de 1964: señal indiscutible del enraizamiento de la asociación en distintas capas de mujeres, del papel destacado que la asociación había desempeñado hasta ese momento en el campo de las luchas reivindicativas de la igualdad y de la capacidad de escuchar que la UDI siempre había demostrado hacia las católicas. En el intento de rediseñar la «cuestión femenina», tras eliminar algunas de las discriminaciones formales, se subrayaba que la *diversidad femenina* era un valor cultural y humano, y por consiguiente, la sociedad a la que se definía *masculina* debía cambiar para asumirlo. Existía, pues, un primer acercamiento a la necesidad de compenetrar los dos términos de la *igualdad* con la *diversidad* haciendo de la *ciudadanía femenina* un punto de referencia concreto del proceso de reforma y abriendo de este modo una vía de diálogo también con las católicas. Pero la UDI llegaba al Congreso debilitada no sólo por las tesis que circulaban desde hacía dos años en el pel y en especial en el ala juvenil del partido, tesis que relegaban la «cuestión femenina» a uno de los aspectos del «reformismo», sino también y más si cabe por la división, cada vez más profunda, que se había producido entre comunistas y socialistas a raíz de la entrada del PSI en el Gobierno y de la escisión de la cual había nacido el PSIUP y que había dividido también a las so-

cialistas de la UDI. Para las mujeres del PSI, la entrada de su partido en el Gobierno significaba, por un lado, hacer compatibles los objetivos hacia los cuales encauzar la movilización de las mujeres con las responsabilidades de gobierno de los socialistas; por otro, mantener un alto nivel sobre todas aquellas reformas que habían sido patrimonio tradicional del laicismo y de los estamentos intelectuales «modernizantes» y anticlericales, respecto a los que el PSI pretendía desempeñar una función de agregación y guía. El Congreso no resolvió la tensión y de él no salió el consenso para una estrategia tendente a abrir un abanico de posibilidades sobre la posición de la mujer, los derechos económico-sociales y los derechos individuales. El eje central de la movilización de la UDI continuó siendo el del trabajo, y la afirmación teórica de la diversidad femenina como valor fue a enriquecer la línea de la reivindicación de los servicios sociales, quedando incluida en la fórmula del *valor social de la maternidad*²⁵. El empeño de la UDI en lo concerniente a la relación hombre-mujer en la esfera privada -familia y todos sus corolarios- resultó muy opaco, limitándose en lo sucesivo y por mucho tiempo a ser un seguimiento de las lentísimas discusiones parlamentarias sobre la reforma del derecho de familia.

Por su parte las dirigentes del Partido Socialista fueron distanciándose de las responsabilidades de la UDI y progresivamente ajustaron el tiro sobre temas relacionados con la familia y la procreación, siguiendo la línea cultural que les era más connatural, que era la de la «modernización» y que, por ende, estaba destinada objetivamente no sólo a chocar contra el muro del mundo católico, sino también a dejar en la sombra los aspectos más apasionantes de la diversidad femenina que habían salido a relucir en el debate que precedió al Congreso de la UDI. Tras una primera fase en la que primó la cautela sobre los problemas más espinosos en lo referente a las relaciones con la DC aliada en el Gobierno -tales como los del régimen del matrimonio y del divorcio-- el movimiento femenino del PSI, entre 1965 y 1966, hizo suya la propuesta de ley sobre la introducción del divorcio presentada por el socialista Loris Fortuna a la vez que mani-

²⁵ Sobre el Congreso de la UDI de 1964 y sobre las polémicas que lo precedieron, cfr. ASCOLI, G., «L'UDI tra emancipazione e liberazione», cit., pp. 50 Yss.; para los desarrollos posteriores, cfr. MICETTI, M.; REPETTO, M., Y VIVIANI, L., *op. cit.*, cap. VII-IX.

festó la intención de recobrar su propia libertad de acción en relación con la UDI ²⁶.

A nivel práctico, la línea de los servicios y la cualificación de los consumos que no obligara a las mujeres a elegir entre su papel familiar y la realización en el trabajo tropezó con una serie de obstáculos. Al ser, de antemano, difícil de proponer por su coste, ya que los recursos a destinar a los consumos estaban considerados como un añadido y no una alternativa al consumo privado, como era naturalmente el caso en el contexto del neo-capitalismo italiano, la reivindicación de los servicios no encontraba una justificación en un incremento de la demanda de mano de obra femenina. Y de hecho sólo después de 1972 se empezó a invertir la tendencia a la disminución de los índices de actividad femenina como consecuencia de la reestructuración del mercado de trabajo y del éxodo de la agricultura de la mano de obra femenina ²⁷. Por su parte las mujeres en su mayoría supieron aprovechar las oportunidades reales que ofrecía el mercado y que se concretaron en una demanda de trabajo con alto índice de movilidad y bajo coste: los años sesenta fueron los años de oro de la formación de la pequeña y mediana empresa italiana, cuya competitividad desembocó en la creación de una sofisticada ingeniería empresarial basada en el trabajo a domicilio según la fórmula de los pocos ocupados dentro y de los muchos -mejor dicho, muchas- ocupados fuera.

La reivindicación de los servicios sociales dio finalmente resultados tangibles entre 1968 y 1972 con la creación de la escuela para párvulos (significativamente denominada «materna» en la formulación de la Ley, pese a las protestas del movimiento que había requerido su institución) y la aprobación del plan nacional de las guarderías (al mismo tiempo se mejoró y amplió la Ley de maternidad, que fue la condición impuesta por el movimiento femenino de la DC) ²⁸.

²⁶ Idem cap. X, sobre la dialéctica interna a la UDI; sobre las mujeres socialistas, cfr. ALLOISIO, M., y AJÒ, M., *La donna nel socialismo italiano*, en parto pp. 111 Y ss.

²⁷ Para un análisis completo de la presencia femenina en el mercado de trabajo en Italia desde 1950 hasta la actualidad, cfr. DEL BOCCA, D., «Women in a Changing Workplace. The case of Italy», en JENSON, J. (ed.), *The feminization of the Labor Force* (Oxford University Press, 1988), en parto pp. 122-123, para la evolución ocupacional entre los años sesenta y setenta.

²⁸ Cfr. MICIETTI, M.; REPETTO, M., y VIVIANI, L., *op. cit.*, pp. 372-373, 405 y ss. Para un análisis del debate cultural y de las posturas de las mujeres católicas, cfr. CAIOTTI DE BIASI, P., *op. cit.*, p. 58.

En tanto que estas conquistas sirvieron para recuperar en parte el retraso de Italia con respecto a otros países europeos (y en algunos aspectos incluso para ocupar posiciones de vanguardia), desde el punto de vista político el movimiento que nació en torno a las controversias por los servicios fue una parte importante de los nuevos impulsos participativos de base que maduraron en la sociedad italiana entre el 68 y el 69. Si por muchos aspectos hay acuerdo sobre el hecho de que el balance de los años sesenta es pobre para las mujeres, ya que, frente a la vitalidad expresada hacia la mitad de la década está el fracaso del intento de replantear en su conjunto la calidad política de la cuestión femenina, por otro lado, en los últimos años del decenio muchas jóvenes hicieron sus primeras experiencias políticas en el movimiento de las mujeres, en la relación-choque con las instituciones locales-en aquel entonces a nivel de ayuntamientos y administraciones territoriales, antes de la institución de las autonomías regionales- hecho que precisaba una gran capacidad de medirse, encontrar aliados y sobre todo construir razones comunes a todos los componentes del movimiento femenino. Son éstos los años en los que se crean, en muchísimos ayuntamientos grandes y pequeños, los Consultorios femeninos en donde el diálogo acerca de los problemas, que sigue siendo remoto a nivel nacional, se hace concreto entre las mujeres de izquierda, de las asociaciones laicas y del movimiento católico en sus componentes más populares y militantes, tales como las ACLI (*Assoáazione cattolica dei lavoratori italiani*).

La línea de demarcación con la que termina una fase y se abre otra va situada en el dinamismo participativo de los años 1968-1972 del que el movimiento de emancipación (sobre todo la UDI) se beneficia en términos de proselitismo y vitalidad y en el cual se forma el substrato de politización femenina a partir del cual nacieron y se multiplicaron los grupos que se definieron «neo-feministas» 29. En tér-

²⁹ La literatura sobre el movimiento feminista de los años setenta es muy basta pero se produce prevalentemente en el área de la investigación sociológica. Para un análisis del entorno cultural del feminismo italiano, cfr. GRAMAGLIA, M., 1968: *il venir dopo e l'andar oltre il movimento femminista*, en *La questione femminile in Italia...*, cit., pp. 179-201. Para una interpretación de las relaciones con las instituciones, cfr. ERGAS, Y, *Nelle maglie della politica*, Milán, 1986. efr. también los ensayos publicados en el número monográfico de *Memoria*, núms. 1-2, 1987, Y el t. II de *Esperienza storica femminile nell'eta moderna e contemporanea*, Roma, 1989. Para una investigación sobre los grupos del área lombarda que se extiende hasta los años ochenta

minos sociológicos estos grupos -que adquieren un perfil político cada vez más diferenciado a partir precisamente de 1972- pertenecen al fenómeno de la politización de las capas intermedias de una sociedad industrial que va progresivamente evolucionando y complicándose en sus sujetos de derecho. A raíz de la investigación anti-autoritarista que se desarrolló en Europa como consecuencia de la influencia cultural de los Estados Unidos que se había ido infiltrando de diversas formas, surgió el perfil específico del género. Confluían en él un deseo creciente de subjetividad y protagonismo individual de las nuevas generaciones intelectuales de mujeres y el rechazo común a los jóvenes, tanto hombres como mujeres, de pasar a través del filtro partítico-institucional que conllevaba también una adhesión total a las ideologías globales, fuertemente arraigadas en la historia europea y en torno a las que se había formado la identidad de los padres. Tampoco cabe olvidar que en términos de relaciones sociales concretas, la sexualidad -sobre la que se centró la investigación de los grupos en cuanto elemento fundamental de diferenciación- no sólo estaba lejos de representar una categoría de investigación filosófica, sino que era una encrucijada existencial para tantas jóvenes mujeres: al situarla en el centro del discurso intelectual de masas, las mujeres encontraron el valor de combatir el control ideológico y práctico que la familia y las instituciones habían ejercido desde siempre. De este modo se trasladaba sobre la escena colectiva esa confrontación aparentemente callada, y al mismo tiempo violenta, que las generaciones de los años cincuenta y las anteriores habían desarrollado en soledad y «solucionado» con una serie de compromisos a menudo dolorosos ³⁰.

La introducción del divorcio en la legislación italiana con el voto del Parlamento en diciembre de 1979 fue el primer resultado de la estrategia de al menos una parte de la formación socialista y laica que pretendía, tras el fracaso del centro-izquierda reformador y los reflejos que tuvo en los equilibrios de poder de la DC, debilitar el partido de mayoría relativa en relación con sus propios aliados de gobierno. El terreno -resbaladizo para un partido «de los católicos»-

ta, cfr. CALABRÒ, A. R., YGRASSO, L. (eds.), *Dal movimento femminista al femminismo diffuso*, Milán, 1985.

³⁰ Para una referencia a las mujeres de los años cincuenta, cfr. PICCONE STELLA, S., «Per uno studio della vita delle donne negli anni '50», en *Memoria*, núm. 2, 1981.

sobre el cual se llevó a cabo esta estrategia era el de la laicidad del Estado, obligado a dar garantías sobre las difíciles fronteras existentes, en materia de familia y procreación, entre derechos individuales e interés colectivo. Y puesto que, precisamente en lo privado, el desconocimiento del sujeto femenino como sujeto de derechos había permanecido encubierto por la hipocresía y el paternalismo machista de la cultura italiana, la faceta política de la cuestión femenina que desde siempre las instituciones políticas habían mantenido fuera de la puerta entró por la ventana.

Aunque el divorcio desde hacía años era objeto de discusión en los Congresos, sólo las socialistas del grupo emancipacionista habían acometido unas acciones de auténtica presión, ya que las comunistas y la UDI, en línea general, se mantuvieron firmes en la postura de que el divorcio era parte de la reforma del conjunto de las leyes sobre la familia. Tras la introducción del divorcio se intensificaron los contactos y los trabajos de las comisiones parlamentarias para la reforma de las leyes sobre la familia; la misma OC, apartado el divorcio de la reforma, tenía las manos más libres con referencia al mundo católico: tuvieron así el camino despejado aquellas corrientes del movimiento femenino que insistían en que los intereses católicos no sacarían ningún provecho de su propio aislamiento en materia de una reforma ya improrrogable. La elaboración de un nuevo código de familia proporcionó un terreno común a todo el frente institucional: la movilización de las mujeres que se produjo se debió sobre todo a la labor inteligente de la UDI, que supo agregar todas las motivaciones de las mujeres, desde aquellas de matiz más idealista -como la anticuada jerarquía en el seno de la familia que ya no reflejaba la realidad de la pareja- hasta las destinadas a tener efectos aún más prácticos -como los bienes gananciales, que reconocía en términos económico-patrimoniales la enorme aportación femenina al trabajo dentro de la familia y ya con frecuencia fuera de ella- o La nueva ley sobre la familia se aprobó en mayo de 1975 con la valiosa contribución de todas las mujeres parlamentarias³¹.

Entonces ya se había celebrado el referéndum de 13 de mayo de 1974 que había rechazado la abrogación del divorcio con una mayo-

31) Para un recuerdo personal acerca de las resistencias que las parlamentarias encontraron en sus propios colegas sobre la reforma de las leyes de la familia, cfr. la intervención de M. Eletta Martini en la mesa redonda, recogida en *Le donne e la Costituzione*, cit., pp. 205 y ss.

ría del 59,1 por 100 de los votos, y la coalición de los partidos de izquierda y los del área laica había presentado en el Parlamento la ley de despenalización del aborto: dos hechos que contribuyeron a afianzar políticamente el movimiento de las mujeres tanto en su componente histórico de izquierda como en el de los grupos neofeministas.

La campaña a favor del «no» a la abrogación del divorcio fue un terreno abonado que dio muchos frutos: las mujeres se movilizaron por razones de política general -motivadas por el oscuro clima de tramas antidemocráticas que se vislumbraba en el seno de las mismas instituciones del Estado- y por razones específicas. Los partidos de izquierda dudaron hasta el final sobre el resultado; no fue así, en general, para las mujeres que se habían movilizado en un amplio diálogo entre sí. Fue la segunda «gran llamada a la política» desde la fundación de la República -que ahora en parte iba más allá de las fronteras de las formaciones políticas y, como demuestra el resultado, también de las ideológicas y religiosas— y en ella las mujeres hablaron por sí mismas, rechazando los argumentos instrumentalizados por el frente del «sí».

El referéndum de 1974 se puede leer de distintas maneras, desde el punto de vista de los cambios aportados al equilibrio político que en aquel entonces derivaban del aislamiento de la DC, y desde el de las muchas estrategias contrapuestas que vinieron después. Desde la óptica de la cuestión del *género* en la sociedad italiana el referéndum sirvió para confirmar el tema central del discurso feminista de la *politicidad de lo privado*. En aquel momento ya se había difundido ampliamente la «cultura de los derechos» del cuerpo sexuado femenino que procedía de los Estados Unidos, donde, a partir de 1972 y por efecto de la sentencia *Roe vs. Wade*, la atención y la discusión sobre la autonomía decisoria de la mujer en materia de sexualidad se había centrado sobre el aborto. Al igual que en los demás países occidentales, el «modelo» de los Estados Unidos que se había filtrado en Italia sobre todo gracias a la acción de los grupos del *Movimento di Liberazione della Donna* próximo al Partido Radical y había impulsado ya la formación de «colectivos» sobre la salud y las prácticas del *selfhelp* orientó el neofeminismo a convertir el aborto en su propio terreno de crecimiento político.

Diversamente que en los grupos feministas, para el movimiento de emancipación la sexualidad no fue un tema de investigación en sí,

ni en términos de identidad ni de proyección de mensajes, tal y como se desprende de su elaboración más completa contenida en un documento de la UDI de 1972. El tema se presentaba como una extensión de la atención prestada a la maternidad, que formaba parte de la tradición de la izquierda femenina de la postguerra, alimentada en parte por la tradición obrera del siglo XIX (defensa del embarazo por las mujeres de las capas más débiles) y que, a partir de los años cincuenta, se había configurado incluso como una lucha de la opinión laica para borrar las leyes sobre la natalidad introducidas por el fascismo en el Código penal. La labor de la UOI en materia de sexualidad se tradujo en una acción tenaz que las mujeres llevaron a cabo a favor de un servicio nacional de consultorios que garantizara información y acceso a los anticonceptivos (la Ley se aprobó en 1976).

y sin embargo, al igual que en los demás países, fue la cuestión del aborto la que sirvió de catalizador para el movimiento de las mujeres, llegando no sólo a demostrar que el terreno de la igualdad jurídica era insuficiente como clave para corregir el desequilibrio de género, sino también a poner en movimiento un proceso de decantación de la ambigüedad que había caracterizado, ya desde sus comienzos y por las mencionadas razones, al movimiento político de las mujeres en su conjunto, dividido entre la lealtad a las instituciones de la política y la necesidad de autonomía a nivel de proyección. La ley sobre la interrupción voluntaria del embarazo fue aprobada definitivamente el 18 de mayo de 1978, diez días después de que se encontrara el cadáver de Aldo Moro. Durante los tres años (1975-1978) que duró la confrontación entre el movimiento de las mujeres que se formó en torno al problema del aborto y las instituciones políticas, el punto irrenunciable fue el de la «decisión de la mujer», quedando claro que una ley que hubiese sometido a la mujer a un juicio externo sobre la posibilidad de interrumpir el embarazo habría corroborado el control del varón-institución, en vez de reconocer a la mujer como sujeto de derechos concretamente sexuado y ya no abstractamente definido. Sobre este punto el movimiento se unificó en todos sus componentes (dan fe de ello las dos dramáticas manifestaciones de abril de 1976 y más aún la de junio de 1977), para rechazar la idea de instituir en los hospitales una comisión de médicos. Este era, sin embargo, el terreno sobre el cual los partidos intentaron hasta el final llegar a un compromiso en el Parlamento: compromiso que finalmente no se alcanzaría por el disenso que se originó no sólo entre

el Partido Comunista y el electorado femenino que había incrementado los consensos del PCI en 1975 y 1976, sino también en el seno de las propias militantes activas. Un papel decisivo fue el desempeñado por la UDI, que no sin dificultades supo defender su autonomía de organización de las mujeres sobre la cuestión de la autodeterminación de la mujer.³²

Con el 1978 se puede concluir esta exposición. En la perspectiva histórica general los años que siguieron esperan todavía una interpretación adecuada. De la inestabilidad se salió, pero no con nuevos equilibrios políticos; el marco institucional aparentemente se mantuvo firme, pero a cambio experimentó un deterioro progresivo cuya hipoteca se está pagando ahora. Y sin embargo el 78 fue un año límite para el movimiento político de las mujeres que había empezado a formarse en la postguerra. El camino que se concluyó con la aprobación de la Ley 194 sobre el aborto dio lugar a cambios irreversibles en el movimiento político de las mujeres, resultando humillado precisamente el componente más laico del movimiento femenino católico.

El catolicismo político que se había expresado en la DC y en los CIF y que había representado la novedad de la postguerra se encontraba ahora aislado justo por obra de la parte más viva del mundo católico de base, que en el curso de los años setenta había comenzado una diáspora silenciosa en busca de otras sedes –a menudo las de los grupos extraparlamentarios– para su empeño político. Cabe remarcar que a partir de entonces ese terreno vino a ser ocupado progresivamente por el creciente fundamentalismo católico de *Comunione e Liberazione*. No cabe duda de que se estaba pagando la «ceguera ideal»³³ de un partido clientelar ya casi totalmente dirigido desde la cumbre y, por consiguiente, abierto a compromisos sobre aquellos mismos «valores cristianos» de los cuales se había servido como línea de resistencia a un compromiso ideal sobre los problemas femeninos. E incluso se estaba pagando la contradicción entre la ambición de entrar como *ciudadanas* y *como católicas* en el Estado democrático y la persistente condición de subalternidad de las mujeres con respecto

³² Para un resumen del camino recorrido por la UDI sobre el tema del aborto y del choque-encuentro con los grupos femeninos, efr. MICIETTI, M.; REPETIO, M., YVIANI, L., *op. cit.*, pp. 414 Y ss.

³³ Cfr. el amargo juicio que Paola Gaiotti de Biase expresó acerca de la meta de los años setenta en *Questione femminiLe e femminismo*, cit., pp. 63-65.

a la jerarquía eclesiástica. El CIF se halló en un proceso de extinción, en tanto que la UDI se enfrentó con una decisión conflictiva pero políticamente motivada, a la disolución de su propia estructura organizativa durante el Congreso de 1982, desapareciendo voluntariamente de los espacios propios de la dinámica institucional, con la ambición de emprender una experiencia de asociacionismo femenino de masas basado sobre la legitimación que se derivaba de la proyección política propia de las mujeres ³⁴.

A partir de entonces hemos asistido a un proceso de transformación global del movimiento. Por un lado, los partidos de izquierda, PCI y PSI, intentaron asimilar las razones —e incluso muchas de las figuras militantes— del feminismo en el intento de dar representatividad directa a las peticiones de las mujeres bien sea respecto a los mismos partidos (dentro de los cuales las mujeres reivindicaban espacios más amplios), bien sea en las instituciones. Por el otro, fuera de las instituciones, el movimiento fue enriqueciéndose con grupos que se habían formado sobre la base de intereses específicos y definidos, a menudo destinados a disolverse para reproducirse en nuevas formaciones con una propensión general hacia la producción intelectual o también hacia la organización y difusión de una «cultura política femenina» que, analizando la *diferencia sexual*, ha dado lugar a una producción abundante y original ³⁵. El enlace, cuando lo hubo, del movimiento con las instituciones se produjo principalmente en el desarrollo de acciones tendentes a la realización concreta de ocasiones ofrecidas por la legislación paritaria, sobre todo la cuestión de la «igualdad de oportunidades» que, en último análisis, en la década de los años ochenta constituyó la materia a la que dedicaron sus máximos esfuerzos las representantes de todos los partidos en el Parlamento y en las instituciones locales ³⁶.

y sin embargo, al observar las relaciones del género en la sociedad italiana no se nos escapa la impresión de que la alternativa histórica entre *igualdad* y *diversidad* está aún por resolver y sobre esa

³⁴ Cfr. *Alli XI Congresso Nazionale dell'Unione Donne Italiane*, 20-23 de mayo de 1982, Roma, 1986.

³⁵ Para el análisis del movimiento de las mujeres en los años ochenta, cfr. el número monográfico «I gruppi degli anni ottanta», en *Memoria*, núm. 13, s. f.

³⁶ Después de la Ley de 1863 que abolía las discriminaciones, la primera ley sobre igualdad entre hombre y mujer en materia de trabajo se aprobó en 1977; una segunda ley que institúa mecanismos de «acción positiva» se aprobó en 1991.

contraposición se ha consolidado una ideología que debilita su total proyección. A esta «culturalización» del conflicto se debe la persistente debilidad en Italia del proceso colectivo que seguiré llamando de *emancipación*. De manera que si bien es cierto que el proceso de feminización que se desarrolla también en la sociedad italiana está respaldado por una conciencia del conflicto del género como resultado de la historia de estos cincuenta años, demasiados aspectos significativos de este conflicto no han sido sacados a la luz y encubren comportamientos ocultos y soluciones individuales (véase, para dar un ejemplo macroscópico, el decrecimiento demográfico). Esto viene a comprobar el hecho de que la dinámica entre los sexos y el conflicto de intereses que de ello se deriva no es percibido como un conflicto provisto de un potencial moral colectivo y no encuentra por ende el apoyo suficiente de la sociedad para desplegarse como una dinámica positiva que, multiplicando los sujetos de derecho, pueda llegar a convertirse en la brújula quizá más fiable y en un potente auto-correctivo de las democracias modernas.

Tal vez sea útil recordar esto en un momento en que la democracia italiana nos aparece peligrosamente débil.

Traducción: Luigia Perotto

La clase política italiana y el problema de las «mafias»

Nicola Tranfaglia

Los interrogantes principales de los que quiero partir son esencialmente dos.

El primero suena más o menos así: la mafia (o mejor dicho ya, las mafias) es un viejo problema que la clase dirigente no ha conseguido resolver en estos cincuenta años. ¿O nos hallamos ante un problema totalmente nuevo, surgido en los años ochenta y frente al cual la clase dirigente italiana, agobiada por razones de urgencia, debe recurrir a remedios *heroicos*, como el de absolutizar la vía represiva?

El segundo interrogante, de no menor relieve, se puede dividir en dos preguntas y formular más o menos en estos términos: ¿existe un nexo entre cuestión criminal y cuestión meridional, tal y como ha ido transformándose en los últimos veinte años? Y, más en general, ¿existe un nexo entre cuestión criminal y crisis política italiana?

En el espacio de que dispongo quisiera tratar de empezar a responder a las preguntas que me parecen de decisiva importancia para afrontar en los años noventa una eficaz estrategia de lucha contra la mafia y el crimen organizado.

Insisto en distinguir entre mafia y crimen organizado, aun dando por supuestos sus fuertes lazos y recíprocos favores, pues hasta que comprendamos que *Cosa Nostra* y sus aliados no son idénticos al crimen organizado repetiremos al infinito el error de considerar eficaz una vía exclusivamente represiva y no nos daremos cuenta de que la fuerza de la mafia y de las asociaciones aliadas con ella en Sicilia

(aunque también en el resto de Italia) está en el consenso que obtiene en capas sociales nada insignificantes de la sociedad italiana.¹

Esto no significa, que quede claro, que la represión judicial y policiaca no sean necesarias, y sí, en cambio, que una represión sólo será verdaderamente eficaz cuando toda la sociedad y las instituciones la deseen de veras.

Si esto ocurriera, significaría también que se ha iniciado una lucha política y cultural con la mafia y que entonces podríamos acabar con ella.

Si continuamos, por el contrario (o mejor dicho continúa la clase dirigente de gobierno), reclutando nuevas fuerzas policiales (treinta mil unidades se han sumado recientemente a los más de trescientos mil hombres y mujeres que operan ya en las tres principales policías), sin garantizar siquiera su plena coordinación, y sobre todo sin emprender con decisión la lucha en el plano político y cultural (y por lo tanto también ético), las probabilidades de victoria serán casi nulas.

No se trata de una afirmación pura y simple por mi parte, ya que la historia de estos últimos cincuenta años es sumamente elocuente al respecto.

No todos saben, en efecto, que la cuestión de una lucha contra la mafia no sólo judicial sino política y cultural, se planteó en nuestro parlamento ya en 1948, gracias a un parlamentario comunista, Giuseppe Berti, quien llevó el problema a la Cámara después de la matanza de Portella delle Ginestre y de la serie de asesinatos políticos cometidos en Sicilia por *Cosa Nostra* contra sindicalistas agrarios, socialistas y comunistas.

En la imposibilidad de reconstruir analíticamente el enfrentamiento, que duró quince años, desde 1948 hasta 1963, entre comunistas y socialistas que pedían el establecimiento de una comisión de investigación como primer paso de una nueva estrategia de lucha, y la DC, sostenida por la derecha y los partidos laicos de centro (lo cual ya hice en otro lugar, incluyendo los documentos parlamentarios en mi antología *Mafia, politica e a.fari nell'Italia repubblicana*, aparecida en mayo de 1992 y que ya va por la cuarta edición), quisiera

¹ Sobre las diferencias entre mafia y crimen organizado cfr. por lo menos ARLAC-CIII, Po, *La mafia imprenditrice*, Bologna, 1983; CATANZARO, Ro, *Il delitto come impresa*, Padua, 1983; TRANFAGLIA, No, *La mafia come metodo nell'Italia contemporanea*, Roma-Bari, 1991; GAMBETTA, Do, *La mafia siciliana. Un'industria della protezione privata*, Turín, 1992; Lupo, So, *Storia della mafia dalle origini ad oggi*, Roma, 1993.

limitarme a recordar algunos momentos esenciales de aquel debate y las razones aducidas por la mayoría centrista para decir no a la comisión, solicitada año tras año, legislatura tras legislatura, por la oposición de izquierdas 2.

Analicemos rápidamente las respuestas que dan Mario Scelba, ministro del Interior durante muchos años, y otros representantes de la mayoría (desde el socialdemócrata Paolo Rossi al democristiano Mario Zotta), hasta la aprobación del proyecto de ley presentado por Ferruccio Parri y sostenido por algunos de los más decisivos propugnadores de la comisión, como los socialistas Simone Gatto y Lelio Basso y los comunistas Giuseppe Berti y Girolamo Li Causi.

Impresiona ante todo la fragilidad de los argumentos históricos y políticos utilizados y la exigencia que sienten los hombres de la mayoría centrista de cambiarlos de continuo.

Tomemos por ejemplo el caso de Mario Scelba, siciliano de Caltagirone, excelente conocedor de la isla y por ende de la mafia, el cual cambia de versión cada vez que responde a la oposición y aporta razones diversas, aunque siempre en defensa de la misma tesis: ¡no debe hacerse la investigación parlamentaria!

En la primera ocasión, en julio de 1948, afirma que no viene a cuento nombrar una comisión de investigación, ya que siendo la mafia «un fenómeno secular, no es imputable a una determinada política». Pero inmediatamente después, contradiciéndose abiertamente, admite que la mafia «encuentra protecciones en muy altas esferas» y que todos los partidos, «incluidos los de extrema izquierda, se han aprovechado en esa zona de la isla [Sicilia occidental] de la mafia».

No mucho después, respondiendo de nuevo al *onorevole* Berti, sale por otro registro y se opone a la propuesta afirmando que la comisión «brindaría ocasión a nuevas especulaciones políticas y a agitaciones contra las fuerzas del Estado».

En resumen, la primera vez llega incluso a negar que se trate de un problema político; la segunda, en cambio, no plantea problemas intrínsecos, sino de oportunidad contingente, y atribuye a la mafia tanta importancia política como para temer que la opinión mafiosa pueda provocar desórdenes en el país.

² Para un análisis del debate parlamentario en torno a la mafia desde 1948 a 1963 cfr. la introducción a THANFAGLIA, N., *Mafia, política e ajlari* 1943-1991, Bari-Roma, 1992, pp. IX-XXXII.

Unos meses después -estamos en septiembre de 1948- hay un nuevo debate en la Cámara e interviene el diputado Umberto Merlin, quien retrocede un paso más y se opone a la investigación porque «la delincuencia en Sicilia [de nuevo, plena equiparación de la mafia con el fenómeno criminal, sin ningún tipo de distinciones] se deriva del ambiente y del clima, de la miseria y de la cuestión social». Tan fuerte es la cosa que Scelba, en el mismo debate, se siente incapaz de seguirlo por ese camino y se saca otro conejo del sombrero afirmando que «es verdaderamente difícil justificar y legitimar una comisión de investigación en una región que cuenta con noventa representantes, entre diputados y senadores, y con un gobierno regional».

También esta vez, pues, razones de oportunidad política, nunca invocadas hasta el momento, por añadidura.

Transcurren unos años más y, frente a la misteriosa muerte de Salvatore Giuliano (¡aunque se trata de un secreto a voces después de la investigación de Tommaso Besozzi en *L'Europeo*, que demuestra el acuerdo entre los *carabinieri* y la mafia siciliana para eliminar al bandido de Montelepre!), a la posterior desaparición de Pisciotta, envenenado en la cárcel, y al proceso de Viterbo, los diputados Lí Causi y Basso atacan a fondo la política del Gobierno y en particular la del ministro Scelba³.

Se alza en su defensa el *onorevole* Paolo Rossi, jurista y futuro juez y presidente del Tribunal Constitucional, el cual aporta otra razón para decir no: razón profundamente humorística si no siguieran amontonándose cadáveres detrás de la cuestión de la mafia. La investigación -afirma Rossi-, «hoy intempestiva y peligrosa, podrá articularse más adelante con notables ventajas para penetrar a fondo en las causas del doloroso fenómeno y buscar los remedios».

Lo cual equivale a decir: ¡dejémosla crecer un poco más y así podremos conocerla y combatirla mejor! 4.

³ Sobre el caso Giuliano, aparte las actas de la primera comisión antimafia publicadas en 1972 y 1976, falta aún un estudio totalmente satisfactorio que reconstruya la biografía y las peripecias del bandido de Montelepre. Cfr. por ahora GALLIJOZO, L., *Meglio morlo. Storia di Salvatore Giuliano*, Palermo, 1985, una investigación periodística llena de interesantes informaciones. En la autobiografía elaborada por PINO ABLACCI y titulada *Addio Cosa Nostra*, Milán, 1994, Tommaso Buscetta afirma que Salvatore Giuliano fue, desde los inicios de su carrera criminal, un hombre de *Cosa Nostra*.

⁴ Una posición como la expresada por el *onorevole* Paolo Rossi y otros representantes de la coalición centrista parece confirmar plenamente los resultados a los que

Transcurren unos años más, el centrismo degasperiano y scelbiano está declinando, la distensión internacional comienza a asomar también en Italia. Nos hallamos en el inolvidable 1956 y, tras unos años de rápidas escaramuzas (Scelba, ante el enésimo ataque de Li Causi, se había defendido acusando al parlamentario comunista de denigrar a Sicilia, con arreglo a los módulos del más típico «sicilianismo») se inicia un nuevo y amplio debate parlamentario.

El gobierno Segni, fruto de inestables acuerdos de centro y de derecha, deniega la investigación parlamentaria. En la Cámara se enfrentan dos tesis que no podrían estar más alejadas.

El *onorevole* Li Causi está cada vez más alarmado: «En Sicilia -denuncia- la mafia es uno de los elementos constitutivos del equilibrio social y político de determinadas zonas.» El subsecretario Pugliese, democristiano, responde con una arrogancia pareja a la ignorancia o -si se prefiere- a la mala fe política. «No existe en Sicilia -asegura- una organización mafiosa propiamente dicha, alimentada por causas políticas y sociales que habría que indagar y eliminar.»

La tercera legislatura, de 1958 a 1963, es la decisiva. Y no en balde: son los años en que madura la apertura a la izquierda, la situación internacional mejora, el desarrollo económico del país alcanza, pese a los desequilibrios, una meta significativa.

Mientras la oposición de izquierdas denuncia el aumento del tráfico de heroína entre Italia y los Estados Unidos, la expansión del fenómeno mafioso a regiones italianas que nunca se habían visto afectadas por él, sus fuertes vínculos con el mundo político y económico, el senador Ferruccio Parri presenta ya en 1958 un proyecto de ley que dos años después, el 5 de julio de 1960, recibe un gran espaldarazo. Ese día, en efecto, el Senado vota por unanimidad un orden del día que reconoce la naturaleza nacional y no regional del fenómeno, la distinción entre éste y la criminalidad común y la necesidad de una intervención cognoscitiva y legislativa para combatirlo⁵.

llegó el 6 de abril de 1993 la comisión parlamentaria de investigación presidida por el *onorevole* Violante, que habla de un «pacto de cohabitación» estipulado entre los líderes del centrismo y *Cosa Nostra*, pacto que estuvo en vigor hasta comienzos de los años ochenta. Cfr. Commissione Parlamentare d'Inchiesta sulla Mafia, *Mafia e politica*, Boma-Bari, 1993 (prefacio de N. Tranfaglia).

⁵ Cfr., para la reconstrucción de estas vicisitudes, la *Relazione provvisoria del presidente Callanei al termine della quinta Legislatura*, Camera dei Deputati, Boma, 1972.

Parecería un éxito, pero no lo es. El partido católico se lo piensa mejor y al año siguiente, cuando el Senado afronta la discusión del proyecto de ley del senador Parri, designa como ponente de la mayoría al senador y consejero de Estado Mario Zotta, un hombre próximo al *onorevole* Colombo.

El informe de Zotta es otro ejemplo importante de la oposición de la clase dirigente democristiana a la investigación parlamentaria. Con sutiles argumentos jurídicos, el ponente define la investigación exigida por Parri y por la oposición de izquierdas como «inútil, antijurídica y nada idónea para el objetivo que se pretende alcanzar».

En la base de semejantes afirmaciones está, por una parte, la convicción expresada por Zotta, apoyándose en lo que se sabe muy bien que el fenómeno se encuentra en regresión, y por otra, la idea de que la comisión parlamentaria terminaría por invadir competencias que son de la magistratura, del gobierno regional y del nacional.

Según Zotta es mejor no cambiar nada y limitarse a utilizar, como se ha hecho hasta ese momento, el instrumento de la represión policial. No de la **judicial**, en vista de que hasta la opinión pública nacional está al corriente de la masa de absoluciones por insuficiencia de pruebas con que se cierran los procesos a la mafia.

El debate en la comisión es áspero, pero la Democracia Cristiana y sus aliados de centro y de derechas no ceden y el proyecto de ley Parri no sigue adelante.

La historia terminaría en este punto si entre tanto socialistas y democristianos no se hubieran puesto de acuerdo para el gobierno Fanfani, que sigue al de Tambroni y que plantea unas cuantas reformas de centro-izquierda.

Además, la asamblea regional siciliana vota por unanimidad un orden del día favorable a la investigación parlamentaria.

De forma que el partido católico sustituye al senador Zotta por su colega Zampieri, el cual acepta, aunque pidiendo algunas enmiendas, el proyecto de ley Parri, que llega a puerto antes de concluir la legislatura 6.

⁶ No es fácil desentrañar las razones del cambio de postura del partido católico, en unos cuantos meses, a favor de la comisión investigadora. Ciertamente debió de tener la adopción del acuerdo con el PSI para el nacimiento del primer Gobierno «orgánico» de centro-izquierda presidido por Aldo Moro.

Han sido precisos exactamente quince años para que el partido católico y los partidos laicos aliados con él acepten que se constituya una comisión parlamentaria para indagar sobre la mafia siciliana y preparar una estrategia eficaz contra ésta (en vista de que la represión «normal» por parte del Estado no ha conseguido -cualquiera puede comprobarlo- resultados alentadores).

Los treinta años siguientes registran, desde este punto de vista, importantes adquisiciones en el plano cognoscitivo, pero escasos efectos en el de la lucha contra las organizaciones mafiosas.

Más aún, si volvemos la vista a los años sesenta, hemos de constatar que entonces se hablaba exclusivamente de mafia en la Sicilia occidental. Hoy se habla por necesidad de tres mafias (mafia, camorra, *'ndrangheta*), de una cuarta en formación («Sacra corona unita» y «la Rosa» en Apulia) y de un territorio que es poco menos de la mitad del territorio nacional, por no contar metrópolis como Milán y Turín, importantes centros de las tres asociaciones mafiosas ⁷.

No podemos dejar de recordar que: a) la primera comisión antimafia, cuyo presidente, nombrado por la DC, es un viejo magistrado jubilado y recién elegido senador, Donato Pafundi, concluye el trabajo hecho en la primera legislatura, que ya ha puesto en claro graves carencias de la acción de los aparatos represivos del Estado, y no sólo en Sicilia, sin publicar oficialmente los resultados a causa de la oposición del presidente y de la mayoría de la comisión; b) el presidente de la comisión en la siguiente legislatura, la quinta, el *onorevole* Francesco Cattenei, que firma un valiente e importante dictamen y lo publica en 1972, es sustituido por la DC, sin que ésta vuelva a presentarlo a las elecciones, porque el dictamen insiste en los aspectos nacionales y no locales del fenómeno y siembra la alarma sobre la expansión mafiosa; e) en la sexta legislatura (1972-76) el dictamen final redactado por el nuevo presidente, el democristiano Luigi Carraro, da una imagen tan optimista de la situación y de la lucha antimafia que induce al parlamento a no prorrogar la actividad de la comisión y a no volver a constituir una comisión de inves-

⁷ El 13 de enero de 1994 la comisión parlamentaria de investigación sobre la mafia, presidida por Violante, aprobó un informe del diputado Carlo Smuraglia titulado *Insedimenti e infiltrazioni di soggetti ed organizzazioni di stampo mafioso in aree non tradizionali*. En 1994 el editor Rubettino publicó el texto íntegro de este informe con el título de *La mafia al nord*, a cargo de Orazio Barrese.

tigación durante doce años (la presidida por Alinovi en el período 1983-88 se ocupa exclusivamente de verificar la aplicación de la legislación antimafia): son cabalmente los años -como es sabido- en que la mafia siciliana y sus aliadas extienden su dominio sobre la sociedad meridional y se expanden ampliamente por muchas regiones del Centro-Norte.

Ante estos datos que nadie está en condiciones de desmentir porque se apoyan en documentos oficiales que cualquiera puede consultar, habría que preguntarse por qué los gobiernos que han ocupado el poder en los últimos treinta años (primero de centro-izquierda, después de unidad nacional y finalmente de pentapartido) no recogieron ninguna de las indicaciones de los informes redactados por las comisiones parlamentarias (si se excluye la invitación, en 1963, de la comisión Pafundi a aplicar medidas de prevención contra los mafiosos; medidas que, como todos saben, se tradujeron, por el contrario, en dar facilidades a la mafia para extender su presencia a ciudades y regiones donde no se conocía)⁸.

Tanto más cuanto que en esas comisiones figuraban muy a menudo las mismas personas que contribuían a decidir la política del Gobierno y que por lo tanto eran, por no decir más, incoherentes y esquizofrénicas.

¿O habrá que pensar que el papel conferido por las fuerzas políticas mayoritarias a las comisiones era exclusivamente de imagen, un señuelo que servía para acreditar ante la opinión pública la voluntad de luchar contra la mafia, pero que no debía desembocar en resultados tangibles?

El historiador no está en condiciones de responder a semejante pregunta, pero ante la inercia de los Gobiernos durante tres décadas, no puede dejar de pensar que hubo obstáculos poderosos e insuperables para poner en práctica por lo menos las indicaciones más importantes de las comisiones.

Tampoco cabe decir honradamente que la oposición, y en particular la oposición de izquierdas, más consciente de la gravedad y las

⁸ En la página XIX de la *Introducción a Mafia, política e ajJari 1943-1991*. cit., se publica el documento enviado por la comisión Pafundi al gobierno Moro y totalmente desatendido: se trata de ocho disposiciones que demuestran un perfecto conocimiento, por parte de los comisionados, de lo que hubiera sido necesario para atacar a *Cosa Nostra*, al menos desde el punto de vista de la represión penal y policial. Pero no tuvo consecuencias.

dimensiones del fenómeno, haya hecho siempre cuanto pudo para obligar a la mayoría a atacar el problema, sobre todo en los años setenta y a comienzos de los ochenta. Hubo, en mi opinión, aunque en grado bastante menor, una responsabilidad política de los partidos históricos del movimiento obrero en Italia⁹.

y sin embargo —y ahí está la gran contradicción de los últimos veinte años— ya en 1972 el dictamen de la mayoría de la comisión Cattanei —suscrito por representantes de todos los partidos de centro, empezando por la DC— subraya elementos que podríamos llamar constitutivos de la mafia siciliana (y posteriormente, aunque con ciertas diferencias, de la *'ndrangheta* y la camorra).

En particular, insiste sobre el hecho de que «la finalidad de lucro propia de la criminalidad mafiosa se consigue a través de formas de intermediación y de inserción parasitaria, del uso sistemático de la violencia y sobre todo del coligamiento con los poderes públicos».

Afirma que «tras actividades aparentemente lícitas se ocultan otras ilícitas, perseguidas con una violencia inaudita y cruenta que no se detiene ante ningún obstáculo, y contra las cuales se han mostrado impotentes los órganos del Estado, las fuerzas de policía y los órganos judiciales».

Subraya que «pese a la distinción entre las diversas “familias” que se reparten territorios y competencias, existe un tácito acuerdo, una asociación criminosa que, ofreciendo un muro impenetrable a las autoridades no comprometidas, opera como sostén y protección de la actividad delincuente mafiosa: asociación criminosa que no se quebranta ni siquiera en las crueles y despiadadas luchas entre las “familias”».

Concluye, por último, con un elemento negado tenazmente hasta ayer mismo por la clase política gobernante: «la mafia —escriben los comisionados ya en 1972—, partiendo de su base tradicional, se ha instalado en las metrópolis y en grandes centros urbanos como Milán, Roma, Génova, Nápoles y en las zonas limítrofes». La lista, como sabemos, se ha alargado bastante, pero ya entonces estaba clara la dinámica del fenómeno.

⁹ De responsabilidad del PCI en la lucha contra la *'ndrangheta* habla, citando algunos episodios, ENZO CICONTE en su volumen sobre *'Ndmngheta dall'unità ad oggi*, Roma-Bari, 1992. Otras indicaciones se encuentran en otros estudios sobre la mafia siciliana o la camorra napolitana en los años ochenta.

Otro resultado importante de aquel dictamen era, a mi entender, la conclusión sacada por Franco Ferrarotti que, habiendo dirigido en años anteriores una encuesta sociológica por cuenta de la comisión, insistía en la necesidad de intervenir en el terreno de la escuela y en el de la formación de los jóvenes (¡VOZ ésta aún más desoida que las otras en estos veinte años!) Y consideraba que se podía hablar de la mafia como «una típica manifestación de poder informal caracterizada por la existencia de una organización, por su extensión a todas las esferas de la vida pública, por su capacidad para interferir en la vida privada de las personas y por la aceptación del poder mafioso en la conciencia media de los grupos sociales sobre los que opera, lo cual ha determinado su relativa institucionalización» ¹⁰.

A la pregunta sobre las razones por las cuales han transcurrido inútilmente veinte años, consintiendo a las mafias penetrar mucho más en las instituciones del Estado, en las entidades locales, en el tejido social de la Italia de los años noventa, las respuestas son en cierta medida obligadas.

La primera enlaza con la definición recién citada de Ferrarotti (inspirada por lo demás en las que ya habían sido, en la década de 1870, las conclusiones de la investigación de Sonnino y Franchetti en Sicilia) cuando habla de «poder informal» y de «aceptación del poder mafioso en la conciencia media de los grupos sociales sobre los que opera».

Y aquí debemos decir sin ambages que la cultura de la ilegalidad, de la ley de grupo, de clan o de casta, ha favorecido y sigue favoreciendo no sólo la expansión de las mafias, sino la del crimen organizado, que por un lado proporciona reclutas y mano de obra más o menos especializada a *Cosa Nostra* y por otro utiliza la fuerza de las mafias para cultivar sus propios tráfico y extender su propia presencia por todo el país, aprovechándose de la falta de coordinación entre nuestras policías, de la ausencia de estructuras en la organización de la justicia y de la incapacidad de los aparatos represivos del Estado para hacer frente al asalto mafioso, cada vez más insistente.

Por otra parte, droga, contrabando y especulaciones inmobiliarias y de otra laya constituyen hoy una montaña de intereses económicos tan alta que consiente a la gran criminalidad y a las asociaciones mafiosas atraer un auténtico ejército de jóvenes desorientados

¹⁰ FERRAROTTI, F., *Rapporto sulla mafia*, Nápoles, 1978.

y en paro, sin alternativas concretas de inserción en la sociedad.

Es preciso, además, distinguir entre clase política y sectores de la administración pública y de la magistratura, ya que éstos tienden, y no sólo en nuestro país, no tanto a tomar iniciativas cuanto a comportarse, en su mayor parte, como les piden los representantes del poder real, político y económico, en el Estado y en la sociedad. No lo digo por descargar de responsabilidades a los burócratas, magistrados y policías (por no hablar de los periodistas) que en estos últimos decenios se han mostrado y quizá aún se muestran más sensibles a la llamada de las mafias que a la del Estado de Derecho, sino para proponer un análisis correcto de los mecanismos de organización del consenso por parte de las asociaciones criminales, que no puede dejar de privilegiar, en la fase de asentamiento y consolidación, a los representantes de los poderes públicos frente a los empleados del Estado.

Pero esta primera respuesta no hace sino remitir el problema a un poco más lejos: ¿cómo y por qué se ha producido la aceptación del poder informal entre la clase política, sobre todo en la clase gobernante? ¿Y cuáles características históricas y actuales del Estado italiano han favorecido la expansión de las organizaciones y el método mafiosos, primero en la sociedad meridional y después en la nacional?

No me hago la ilusión de responder, con unas cuantas frases, a un problema histórico de gran alcance, pero sí quisiera indicar los que me parecen los núcleos esenciales de la cuestión y, por tanto, también los puntos de referencia necesarios para luchar eficazmente contra el fenómeno mafioso.

El primero concierne al desarrollo preunitario de la historia del *Mezzogiorno*, al retraso y las modalidades concretas del proceso de unificación nacional: está aún sin desbrozar, en mi opinión, la investigación sobre la influencia que las dominaciones extranjeras ejercieron en el Sur y en Sicilia, en la medida en que fijaron una relación entre el Estado y la población bastante distinta de la que se establece en el resto de Europa, sobre todo en las regiones donde se forma precozmente el Estado nacional.

Naturalmente, ésta no puede ser la causa única y principal de lo ocurrido, ya porque sobre estas asociaciones criminales que son la mafia, la camorra y la *'ndrangheta* poseemos noticias seguras a partir del siglo XVIII o de comienzos del XIX, que en Sicilia coincide con

la abolición formal del sistema feudal (1812), ya porque -como es sabido- hay otros Estados de unificación tardía, empezando por Alemania, donde el fenómeno no se ha manifestado. Pero entre Italia y Alemania, no hay que olvidarlo, existe una diferencia fundamental, ligada justamente a la presencia en nuestro país, durante siglos, de monarquías extranjeras (en particular la española), que influyen en las costumbres y la sociabilidad de las poblaciones meridionales.

Tampoco se trata tanto de un modelo de Estado importado por los extranjeros dominadores cuanto de un proceso histórico y cultural que brota del encuentro entre cierto modelo administrativo y cierta cultura de la población dominada. Y el análisis debería orientarse más a analizar este entrelazamiento que a estudiar el modelo original ¹¹.

Entre los elementos más cercanos en el tiempo salta a primer plano el razonamiento sobre el papel ejercido por las clases dirigentes en la transición de un régimen a otro, de la época liberal a la republicana pasando por la dictadura fascista.

¿Cabe decir que éste ha sido durante mucho tiempo, y hasta en el período republicano, un papel subalterno con respecto a las clases dirigentes septentrionales y a las fuerzas económicas y sociales representadas sucesivamente por éstas? ¿Y que este carácter subalterno, que al mismo tiempo fue dependencia de los recursos estatales, favoreció el desarrollo y la expansión mafiosos?

¿Es que el Estado de Derecho en cuanto tal nunca se realizó, ni siquiera imperfectamente, en la Italia meridional, y que siempre siguió siendo, al pasar de una forma de Gobierno a otra, *un Estado de mercedes* que utilizó a la clase política meridional, fundamentalmente y cada vez más, como mediadores entre el Estado central y la sociedad local?

¿Y que, por último, esto trasladó a la política, de forma cada vez más amplia, el modelo de intermediación gracias al cual había prosperado la mafia en el latifundio y en el campo?

A estas razones de *Longue durée*, que habría que analizar y precisar bastante mejor, hay que añadirles también motivaciones más cercanas, como la sustancial inacción de los aparatos represivos del Estado en los decenios decisivos para la expansión de las mafias a tra-

¹¹ Sobre este aspecto y sobre los problemas que la hipótesis plantea cfr. TRANFAGLIA, N., «Il Mezzogiorno e le sue "mafie"», en *Meridiana*, núm. 13, 1993.

vés del negocio de la droga (por muchas razones diversas entre sí, como atestiguan las actas de las comisiones parlamentarias de investigación); el interés objetivo de no pequeña parte de la clase política gobernante, pero también de grandes empresas, en la permanencia de un sistema de poder que, a través de una intervención extraordinaria en el *Mezzogiorno* y de la consiguiente y masiva erogación de dinero público, caracterizada a veces por el máximo de control formal y siempre por el mínimo control sustancial, se amplificó y ramificó en los últimos veinte años y que garantiza a los dos principales partidos de Gobierno una eficaz organización del consenso; la escasa capacidad de la organización parlamentaria de izquierdas en los años setenta y ochenta para señalar y hacer valer ante la opinión pública el conocimiento ya adquirido de las dimensiones y la peligrosidad del fenómeno; el distanciamiento cada vez mayor en la sociedad italiana entre los partidos políticos, de Gobierno pero también de oposición, y quienes están alejados de la política; el creciente deterioro civil del principio de legalidad y del Estado de Derecho, favorecido primero por el terrorismo y después por la *deregulation* reaganiana de los años ochenta y por la crisis de la izquierda.

Es preciso decir, por 10 demás, que los años noventa marcan un nuevo giro, todavía en curso. Por una parte se produce el hundimiento del viejo sistema político, que sólo en los dos últimos años (de 1992 a 1994), y gracias también al importante trabajo de investigación y seguimiento realizado por la última comisión parlamentaria (presidida por el *onorevole* Luciano Violante) y la creación de la DIA (una agencia de las fuerzas policiales especializada en acciones contra la mafia) ha impuesto fuerza a su acción represiva. Por otra parte, las elecciones de 27-28 de marzo de 1994 marcan la llegada al Gobierno de una coalición de derecha compuesta por la Liga Norte, por el movimiento Forza Italia y por la Alianza Nacional, heredera del Movimiento Social Italiano, cuya voluntad real de proseguir la lucha contra el fenómeno mafioso es difícil evaluar por ahora 12.

Así las cosas, a quien estudie científicamente la cuestión de las mafias no le resta sino proporcionar ciertos apuntes sobre la estrate-

¹² Para una interpretación de los cincuenta años republicanos hasta sus últimas ramificaciones, permítaseme remitir a TRANFAGLIA, N., YSCAVINO, M., *L'Italia repubblicana*, Milán, 1994.

gia que habría que seguir para modificar la actual situación y movilizar las energías necesarias.

En el plano legislativo, no cabe duda de que se necesitan leyes que vayan en la dirección de una nueva ley La Torre-Rognoni de los años noventa para la confiscación de los patrimonios mafiosos y contra el blanqueo nacional e internacional del dinero de procedencia ilícita: las existentes no bastan (o al menos no han bastado hasta ahora) para perseguir el enriquecimiento de los *boss* y su fuerza financiera ni el blanqueo del dinero sucio a través de bancos y financieras, ni para poner entre la espada y la pared a los mafiosos, los políticos y los empleados públicos implicados.

Hacen falta además, en mi opinión, medidas que modifiquen la instrucción para la obtención de pruebas en los procesos contra la mafia que hagan menos ardua la persecución de los parlamentarios inculcados y más penetrantes las pesquisas sobre el sistema financiero.

Sé que algunos parlamentarios de la XX Legislatura están trabajando en esta dirección y hago votos porque el procedimiento parlamentario sea rápido y positivo.

En el plano administrativo, la agencia nacional contra la mafia (la ya citada DIA) ha empezado a actuar, pero para que se trate de un organismo eficiente y no de una fachada externa, como ocurrió en gran parte con el Alto Comisariado contra la mafia en los años ochenta, deben resolverse los complejos problemas de coordinación entre policías y los de coordinación entre la policía y la magistratura.

y además deben realizarse condiciones políticas y estructurales que consientan a la magistratura trabajar eficazmente, lo cual no entraña, a mi entender, la subordinación más o menos velada de los jueces a los políticos, sino más bien la contribución activa de éstos para que la administración de la justicia supere la actual crisis y pueda adecuarse a los patrones de los otros países industriales de Occidente ¹³.

Creo que es improrrogable una revisión de la actual ley sobre la droga, que ha surtido el principal efecto de aumentar el número de muertes entre los toxicómanos y las cantidades de estupefacientes em-

¹³ Sobre el problema de la independencia de los jueces y de la disparidad de las carreras entre órganos juzgadores y oficinas de la fiscalía sigue ahuerto en Italia un áspero debate que enfrenta a las fuerzas políticas de Gobierno y oposición.

bargadas (lo cual no es, en absoluto, un índice de mayor eficacia de la lucha contra la droga, como saben todos los expertos).

Es necesaria, por otra parte, una especial atención al problema de los costes de la política y de las campañas electorales, así como al de una autorregulación de los partidos, solicitada inútilmente por la comisión antimafia de la anterior legislatura 14.

No obstante, personalmente creo que es fundamental una movilización constante de la opinión pública, que no puede estar confiada solamente a los programas de televisión o a los periódicos, grandes y pequeños; sería precisa una acción del Estado similar a la del clero en los últimos tiempos en algunas regiones meridionales, desarrollada en los centros de trabajo, en las instituciones, en las escuelas y universidades. Una acción que haga, finalmente, sentir a todo el país que se trata de una batalla decisiva para el futuro de la democracia en Italia.

Hasta ahora todo esto no ha existido, no hay señales alentadoras de que vaya a existir, y la expansión de las mafias y de sus métodos está corroyendo por dentro partes crecientes de la sociedad italiana.

Escribía Leonardo Sciascia al final de *El contexto* (1971): «A partir de determinado momento la historia comenzó a moverse en un país totalmente imaginario; un país donde las ideas carecían de valor, donde los principios -todavía proclamados y aclamados- eran objeto de cotidiana befa, donde las ideologías se reducían en política a meras denominaciones en el juego de los papeles que el poder se atribuía, donde sólo contaba el poder por el poder. Un país imaginario, repito. Aunque también se puede pensar en Italia, se puede también pensar en Sicilia, pero en el sentido de mi amigo Guttuso cuando dice: "hasta cuando pinto una manzana, está Sicilia". La luz. El color. ¿Y el gusano que se la come por dentro?».

Las terribles matanzas de Capaci y de la plaza de Amelio el 23 de mayo y el 19 de julio de 1992 en las que perecieron los jueces Giovanni Falcone, con su mujer y los cuatro escoltas, y Paolo Borsellino con cinco agentes, y a las que siguieron en 1993 los atentados de Florencia, Roma y Milán, parecen confirmar el pesimismo del escritor siciliano, aunque precisamente después de las matanzas de 1992 se

¹⁴ Cfr. *Mafia e politica*, cit., pp. 125 Yss.

abriera una fase de lucha más dura contra las «familias», coronada por algunos éxitos parciales ¹⁵.

Hay que hacer votos, en resumen y a pesar de todo, porque el proceso descrito por Sciascia se haya detenido y se haya iniciado otro, pero sigue en pie el hecho de que la inestabilidad política del país y la presencia de importantes fuerzas políticas que no se muestran especialmente interesadas por la cuestión de las mafias preocupa a quien está convencido, como el que esto escribe, del peso esencial del problema para remover los obstáculos a la realización, también en Italia, de una democracia cumplida y de un moderno Estado de Derecho.

Traducción: Esther Benitez

¹⁵ Parecen de gran importancia los escritos de GIOVANNI FALCONE conocidos hasta ahora: *Cose di cosa nostra*, entrevista con Marcelle Padovani, Milán, 1991, Yel volumen póstumo, preparado por la Fundación Giovanni y Francscsa Falcone, *Interventi e propositi* (1982-1992), Florencia, 1994.

Liguismo y postliguismo

Pier Paolo Poggio

El liguismo italiano nace a finales de los años setenta: simultáneamente, y relacionados entre sí, surgen en el Piamonte, el Véneto y Lombardía pequeños grupos que remachan la valorización de las peculiaridades culturales e históricas de los pueblos de estas regiones del norte, ignoradas por la cultura oficial dominante. Resulta explícita la referencia a análogos movimientos regionalistas europeos de base étnica (bretones y flamencos, occitanos y vascos, etc.).

En Italia la elaboración cultural y política de la etnia, aparte el caso en sí de las poblaciones alemanas del Alto Adigio, era sobre todo patrimonio de los francófonos del Valle de Aosta y del sardismo. Faltaba en cambio en las otras regiones italianas una tradición etnofederalista de cierta consistencia. E incluso hablar de pueblo piamontés o *ligur*, lombardo o véneto, semejaba una extravagancia sin la menor base histórico-cultural, con respecto a la cual hasta la técnica de «invención de la tradición» giraba en el vacío.

Al margen del tema seguramente importante, aunque ajeno a la cultura *liguista*, de un renacimiento del localismo como la otra cara del cosmopolitismo, el engarce de las Ligas con su primer trasfondo social se produjo insistiendo sobre algunos elementos culturales muy presentes en el subsuelo de la sociedad italiana: ante todo el antimeridionalismo que, conjugado con el productivismo, alimentaba una genérica carga antiestatal y la intolerancia frente a las figuras sociales improductivas (políticos, sindicalistas, intelectuales).

Se trataba, por lo demás, de una constelación estática de valores positivos y negativos que nunca había producido fenómenos significativos. Por ello los observadores, pese al crecimiento del liguismo y sus éxitos electorales a partir de las elecciones de 1989, siguieron considerándolo un fenómeno superficial, destinado a ser reabsorbido, como había ocurrido en la segunda postguerra con el movimiento de *L'Uomo Qualunque* (y se subrayaban sobre todo los aspectos «cualunquistas» de las Ligas).

La consolidación de la Liga Lombarda, la primera que operó un auténtico rompimiento electoral, consiguiendo imponer su hegemonía y la de su líder Umberto Bossi a todo el movimiento, hubiera debido poner en guardia ante los profundos procesos que estaban en marcha, capaces de llevar al liguismo, unificado entre tanto bajo la etiqueta de Liga Norte, mucho más allá de las metas al alcance de unas agrupaciones políticas carentes de raíces.

Los mismos contenidos sobre los que la Liga hacía cada vez mayor hincapié eran señales concretas de la intensa relación que se estaba instaurando con vastas capas sociales de la Italia septentrional: se mantenía el planteamiento étnico, para canalizar el racismo popular suscitado por la emigración extracomunitaria, y el programa liguista preveía como objetivo final la consecución del «federalismo integral», pero se insistía crecientemente en el «cimiento económico», en las reivindicaciones fiscales, en las peticiones de desmantelamiento del Estado social-asistencial, en la desregulación, en una palabra, en el evangelio del liberalismo económico, para dar impulso, confianza y hegemonía política a las fuerzas sanas y competitivas, concentradas en el norte del país.

Los economistas nos dicen que el mercado no es ausencia de reglas, muy al contrario, «el mercado es un complejo producto jurídico institucional» (P. Sylos Labini), y por ende, resultado de un proceso histórico que halla su síntesis, siempre provisional, en la producción de leyes por el Estado. Así las cosas, resulta mucho más urgente comprender por qué en nuestro país se ha afianzado, hasta ser cultural y políticamente hegemónica, una concepción acrítica y «naturalista» del mercado ¹, capaz de alimentar un vasto consenso social en torno

¹ La declaración de Bossi (el 5 de enero de 1994) en el proceso Cusani es especialmente interesante para comprobar la total mercantilización de las relaciones sociales en el imaginario colectivo. La relación con el empresario Sama se concibe como una relación entre empresas: la empresa Liga no tiene nada que reprocharse, puesto

a fórmulas absolutamente huera, a las que se confía la esperanza de una recuperación del empleo más que de la moralidad pública o de las capacidades de Gobierno. La única explicación posible es que en el curso de los quince últimos años se ha producido un alejamiento creciente entre la esfera político-institucional y los movimientos moleculares que acaecían en una sociedad cada vez más despolitizada.

En suma, para entender el liguismo, su arraigo social y su propia ideología era preciso saber ver las transformaciones ocurridas en la sociedad italiana: del tejido productivo a la composición de clase, de la crisis de las pertenencias y las identidades comunitarias a las nuevas constelaciones de valores que se estaban imponiendo, hasta dar cuerpo a una especie de mutación antropológica. Pero no resultaba menos indispensable contextualizar el análisis, interpretar los efectos «locales», empíricos, de los procesos generales, identificar las respuestas específicas y aprehender una dinámica. La sociología y la teoría política no se mostraron a la altura de esta tarea, pues habían abandonado tiempo atrás la observación de las transformaciones sociales.

Al margen de los resultados, poquísimos italianos consideraron su deber empeñarse a fondo en el estudio delliguismo y de lo que a través de éste estaba saliendo a la luz; hubo como un sueño hipnótico, un intento de no contar con la realidad y con nosotros mismos. No se pretende aquí sintetizar un análisis y un debate que no han existido, sólo proporcionar algunos elementos de un trabajo posible para una historiografía no menos contumaz que las otras ciencias sociales.

El arraigo del liguismo tiene una concreta fisonomía territorial, afectando en primer lugar a la franja al pie de los montes que cubren de oeste a este las provincias de Novara, Varese, Como, Bérgamo, Brescia, Verona y Vicenza, para llegar hasta Trieste (primer caso en que una lista electoral proliguista obtiene un amplio consenso). Son los territorios donde se ha desplegado todo el ciclo de la industrialización italiana desde el siglo pasado a hoy, son las áreas preferidas de la pequeña y mediana industria, donde el movimiento obrero socialista nunca logró imponerse políticamente, son ciudades y valles donde el industrialismo se ha conjugado con la prolongada hegemonía de la cultura católica.

que se ha efectuado un intercambio, un negocio, un *business* (literal) con la empresa Ferruzzi-Montedison. Lo que hay que cambiar son más bien las normas de financiación de los partidos, para adecuarlas a los comportamientos difundidos, los cuales son legítimos porque se inspiran, cabalmente, en la lógica empresarial.

Las Ligas se instalan en estos territorios en el momento en que el modelo político y social de la gran fábrica entra en crisis, mientras que salen ganadores, ante todo en el plano económico, la fábrica difusa, los distritos industriales, los sistemas territoriales de empresas; un modelo de integración social y productiva que tiende a sofocar y expulsar el conflicto de su interior para proyectarlo al exterior, donde se sitúan los adversarios, los competidores, los distintos, los enemigos.

El liguismo recoge algunos elementos sustentantes de la cultura local, industrialista y católica, pero los radicaliza aprovechando la tendencia de largo plazo a la secularización. Suprimiendo todo rasgo de conflictividad de clase y alimentando, no obstante, el conflicto con el exterior (contra Roma, contra el sur, contra el Estado centralista y contra todos los parásitos que chupan la riqueza producida por el norte), la Liga consigue el objetivo nunca alcanzado por los partidos de izquierda: desarticular la hegemonía católica y desplazar hacia posiciones laicas a grandes masas de electores, y en primer lugar a los jóvenes.

Para obtener este resultado no ha sido necesario desplegar el menor proyecto político; al contrario, el éxito de la Liga ha dependido de su capacidad para meterse en los repliegues de la sociedad. La Liga es el traje político de una sociedad que ha salido al descubierto, desgarrando los viejos mantos político-ideológicos.

La derrota y el agotamiento del largo ciclo de luchas sociales de los años sesenta y setenta abrieron las puertas a la difusión generalizada en la sociedad de los «espíritus animales» del capitalismo. El Estado y las instituciones, los partidos políticos y los sindicatos, las grandes empresas industriales y los bancos se aglutinaban entre sí en un bloque clientelar y burocrático, tan opresivo cuanto incapaz de conseguir una verdadera hegemonía y un consenso adecuado para la consolidación del liderazgo político dominante, encarnado por el neo-socialista Bettino Craxi.

El consenso se compró más bien mediante la dilatación ilimitada de la deuda pública y llamando a la población, a las familias, a participar en el gran saqueo en nombre de la salvación del Estado. De tal modo los «pequeños ciudadanos», cómplices y víctimas de la estafa en perjuicio de las generaciones futuras, acumularon rabia y rencor hacia los dueños del Estado y las finanzas y comenzaron a bus-

car una fuerza política que expresase su resentimiento: así nació el encuentro entre los ahorradores lombardos y la Liga 2.

Este es el escenario de los años ochenta, emergido luego con las diligencias judiciales de «Tangentópolis», diligencias que, por lo demás, no afectaron seriamente a las articulaciones más delicadas.

a) Relaciones orgánicas entre criminalidad, fuerzas políticas e instituciones estatales.

b) Utilización de las matanzas, de las organizaciones secretas, de las amenazas de «golpe» como armas de gobierno de la sociedad.

Mientras iban envenenándose cada vez más las estructuras institucionales, las articulaciones administrativas, las formas partidistas, importantes sectores de la sociedad se alejaban de la política, comprometiéndose en ciertos casos con lo social pero más a menudo abrazando más concreta y masivamente, como único horizonte vital, el éxito económico, conseguido a cualquier precio. El binomio trabajo-consumo, ya sin la menor tensión emancipadora, se convierte en la única religión en todas las zonas del país donde existen premisas históricas, recursos económicos y profesionales y motivaciones culturales para una opción empresarial. La economía difusa, con varias tipologías, a menudo sobre bases familiares, con frecuencia en los límites de la «economía sumergida», siempre en pugna con el fisco, demuestra una fuerte y salvaje vitalidad; en gran parte del norte, en algunas áreas del centro, miríadas de pequeñas empresas se abren, se cierran, renacen, mientras se consolidan en particular las medianas empresas.

Es un colosal proceso sólo estudiado en parte, es todo el ciclo del postfordismo a la italiana que se despliega en los quince últimos años sobre la onda de la reestructuración, del nuevo modo técnico de producir, gracias a la electrónica, en paralelo a los procesos de desindustrialización que afectan a la vieja geografía industrial de la península.

El desarrollo caótico de la pequeña y mediana industria, con el crecimiento del terciario y de la gran distribución comercial, se produjo al margen de toda política de planificación industrial y de ges-

2 El ex ideólogo liguista Miglio ve en los «pequeños ciudadanos» la dase sustentante de la República: «persiguen su propio provecho, tratan de no pagar impuestos y de engañar al prójimo. Pero son ellos, los pequeños ciudadanos, la fuerza que tira del país: ahorran, acumulan, depositan sus ahorros en los bancos» (en *L'Espresso* del 29 de agosto de 1993).

tión del territorio, en una relación de intercambio continuado con la clase política, instalada parasitariamente en las articulaciones de los flujos financieros públicos.

Este es el caldo de cultivo del liguismo, el trasfondo económico y social donde se forja la mentalidad, la constelación de valores, tan arraigados como entecos, con los que se identifican los militantes y simpatizantes de la Liga, resumibles en el éxito económico. No menos importantes son los valores negativos y quienes los encarnan, los «enemigos» del pueblo liguista: funcionarios públicos, intelectuales, meridionales, marginales, extracomunitarios, políticos y, en cualquier caso, dentro de estas categorías, todos los que no-trabajan, no-producen, los «parásitos».

Se realiza así una fuerte amalgama entre modelo productivo y modelo cultural, y se trata de un proceso que alcanza a capas profundas mucho más allá del ciclo de los años ochenta, también decisivo por su plena explicación y visibilidad. Pero lo que vivía soterrado en las subculturas de la segunda postguerra, principalmente en la católica y la comunista, en la pasada década gana autonomía y toma impulso: el *super ego* ideológico es arrinconado, caen los viejos arreos y la nueva composición de clase halla en la Liga Norte el instrumento con que expresarse, si no el lugar donde juntarse.

En este ámbito no hay que infravalorar el impacto producido por el derrumbamiento del sistema soviético, que funciona seguramente como poderoso acelerador de una dinámica ya en marcha y que no puede desde luego entenderse limitándose al escenario italiano. Es preciso tener como referencia el sistema político internacional e indagar en los procesos contemporáneos de debilitamiento de los Estados nacionales, con la aparición de variopintos impulsos «neofederalistas» y, por el contrario, con fenómenos de re-nacionalización fruto de la incapacidad para encontrar ordenamientos postnacionales estables.

En este escenario en rápido movimiento, el caso italiano tiene su originalidad, aunque parezca exagerado presentarlo como un laboratorio donde se hacen experimentos utilizables en otros contextos. En cualquier caso, el análisis de la parábola recorrida por la Liga Norte es un paso indispensable para descifrar las potencialidades y contenidos de la transformación en marcha.

Con los años noventa, el movimiento liguista desarrolla plenamente sus potencialidades y apunta con decisión a gestionar direc-

tamente el poder, meta que parece haber conseguido con las elecciones del 27-28 de marzo de 1994. Pese a los continuos ajustes de tiro y a la elección de una línea radicalmente posibilista, con la aspiración de estar por encima de la derecha y la izquierda, la Liga Norte ha mantenido una coherencia que hace plausible su pretensión totalitaria de ser un reflejo de la sociedad o bien, en el lenguaje liguista, de las aspiraciones de los «pueblos del norte», con el corolario de que quien no comparta sus posturas y objetivos está al margen del pueblo, es extranjero en su patria, con todas las posibles consecuencias, ya históricamente verificadas aun cuando nada impida inventar nuevas variantes.

Es realmente extraordinario que la cultura de izquierdas italiana, en su mayoría arribada casi totalmente a playas liberaldemócratas, no haya captado este punto crucial después de infinita palabrería sobre la «ciudadanía», los «derechos», el «pluralismo» y la «diferencia». Todavía hoy suele verse a la Liga Norte como una fuerza de progreso, más aún, como la única esperanza de la izquierda para romper el bloque reaccionario que ganó las elecciones (¡con la aportación decisiva de la Liga!).

Los éxitos liguistas preocuparon en cambio casi de inmediato a la Iglesia católica, que durante mucho tiempo fue la única fuerza organizada que trató de contrarrestar el avance de las Ligas (después amalgamadas en la Liga Norte, excepto agrupaciones marginales). La Iglesia, pese a disponer de un formidable aparato, fue derrotada rápidamente, y esto es señal del arraigo y la fuerza delliguismo (con los límites que señalaremos). Actualmente la jerarquía católica parece apostar más bien por el movimiento «Forza Italia», apreciando su posición centrista y su amplio compromiso con la vieja clase política.

En cualquier caso, durante algunos años la Iglesia entabló una especie de pulso con el liguismo, contraponiendo incluso los valores originarios del mensaje evangélico al egoísmo, la intolerancia y el materialismo de los seguidores de Bossi. Tal comportamiento ha de considerarse totalmente extraordinario por quien conozca el *modus operandi* de la Iglesia católica italiana. Para entenderlo hay que tener en cuenta al menos dos factores. El primero es que gracias a sus terminales sociales y territoriales la Iglesia advirtió mucho antes que los partidos políticos, dedicados a saquear los recursos públicos, el asentamiento capilar y el crecimiento desde abajo del liguismo, con los cuales se entrelazaba el derrumbamiento de la credibilidad de los par-

tidos, incluida la Democracia Cristiana (hasta ese momento, y también por voluntad de la Iglesia, partido único de los católicos). El segundo dato a considerar es que la Liga cosechaba crecientes éxitos hasta conquistar la mayoría absoluta, sobre todo en las áreas del país, como Lombardía y el Véneto, donde la Iglesia católica tenía desde siempre sus plazas fuertes (papas y obispos, dirigentes políticos y sindicales, etc.).

Las regiones económicamente más ricas, con las empresas más competitivas, proyectadas en los mercados internacionales, más dispuestas a aprovechar las oportunidades surgidas en el este, eran las más duramente infestadas por el movimiento protestatario que insistía en ensalzar un estilo de vida que la Iglesia siempre había cultivado y apoyado: el bienestar económico, la acumulación familiar, el consumo de lujo, como bienes tangibles, resultados concretos que contraponer a las tentaciones ideológicas. La Iglesia, a través del partido católico, caído en manos de factótum que competían con los seguidores de Craxi, había alimentado un proceso de secularización que ahora se volvía contra ella.

De ahí el intento de bloquear el liguismo, que estaba demoliendo a la DC con el uso de «armas impropias»: citas evangélicas, exaltación de la solidaridad, llamamientos contra el racismo, etc... En vista de que no lograba reconvertir a sus fieles, en gran parte tibios «conformistas» más que creyentes, ni salvar a la DC y parar a la Liga, la Iglesia católica cambió de táctica, eludiendo cuidadosamente el choque frontal y tratando de valorizar en los planteamientos liguistas lo que podía entrar en las coordenadas, elásticas, de su doctrina. Operación tanto más necesaria porque en el interior de la Liga Norte se iba organizando un fuerte componente católico, al margen de las fanfarronadas de Bossi sobre la Liga, como nuevo partido único de los católicos.

El engarce de la Iglesia con la Liga ha seguido dos trayectorias: por abajo a través de los párrocos, que nunca cesaron de dialogar con los fieles filoliguistas sobre la base de que compartían las mismas orientaciones fundamentales (familismo, localismo, productivismo interclasista). Por arriba, en la elaboración culta, pescando en el filón anticentralista y antiestatalista, proponiendo una versión católica de federalismo y, sobre todo, insistiendo en el principio de «subsidiariedad», utilizado como piedra angular para restablecer un vínculo con la sociedad valorizando su autonomía, en consonancia con los impul-

sos autorganizativos de la Liga, dejando para las instancias superiores sólo lo que no puede resolverse en la comunidad local (que cada cual se las arregle en su casa y haga caridad con lo que le sobra).

En sustancia la Iglesia, huérfana de su partido, trató de domesticar a la Liga manteniendo intacta una desconfianza de fondo y, por lo tanto, sin apostar por ella pero tratando de desactivar el peligroso artefacto aparecido en su camino.

Mucho más disponible, tras los anatemas iniciales, se mostró en cambio la «*intelligentsia* laica», que creyó ver en la Liga el enésimo vector de modernización para la sociedad y la política italiana. No pocos observadores pensaron poder identificar en la Liga al partido ganador, nacido de la combinación inédita de viejo y nuevo, y en cualquier caso una fuerza organizada capaz de imponer sus objetivos, reconfirmando a través de una demoledora acción antisistema la primacía de la política.

Analistas neutrales, críticos y simpatizantes comparten este marco de referencia y construyen una representación que resulta cada vez más desplazada con respecto a la dinámica de los acontecimientos. En realidad la Liga, pese a ser la única verdadera novedad política del panorama italiano de estos años, no está absolutamente en condiciones de volver a proponer una primacía de la política, y ni siquiera la desea. No en balde ha debido moverse cada vez más en el terreno del «liberalismo económico», ensalzando el libre mercado y su extensión a todos los ámbitos de la vida para mantener las relaciones con sus electores y ampliar su consenso.

Adoptando como principal blanco que hay que abatir el Estado social (saqueado y desbarajustado por los partidos), la Liga ha dado cuerpo, en la única parte del país que podía permitírselo, al neoconservadurismo, triunfante en los principales países industriales desde finales de los años setenta, y que inspiró la acción del Gobierno Amato y del Gobierno Ciampi, autonomizados por la presión de los intereses clientelares gestionados por las mafias de los negocios y los partidos.

La Liga representa, pues, la versión italiana, nordista, del neoconservadurismo internacional, una especie de nueva «sublevación de los ricos contra los pobres» (Max Frisch) que se propone como único objetivo, al cual debe subordinarse todo, el funcionamiento de la máquina económica, erigido en valor supremo y base de todo vínculo social. Con tal fin la receta del neoconservadurismo propone dosis

variables de dos únicos ingredientes: liberalismo económico y decisionismo. A su vez, el credo liguista se resume hoy en dos eslóganes: liberalismo económico y federalismo. Si éstos se realizan, la Liga promete desaparecer, pues su existencia carecería ya de sentido, no será necesaria la política cuando se hayan eliminado los obstáculos al libre y natural despliegue de lo existente.

La eliminación del conflicto y, por ende, de la necesidad de la política es seguramente un objetivo relevante para la Liga y para toda la derecha italiana vencedora en las últimas elecciones, pero eso no quiere decir que desaparezca la necesidad de investidura simbólica, sino muy al contrario. En una composición social cumplidamente materialista, unificada por el dinero y el consumo, la hegemonía cultural, y por ende política, no la conquista quien propone un Gobierno de la sociedad basado en el cálculo racional de los intereses, sino quien trabaja sobre lo imaginario, sea en clave premoderna (restauración de la comunidad territorial), sea exaltando la comunidad virtual que se congrega en torno a rituales televisivos y mediáticos. En ambos casos la oferta política actúa predominantemente en clave emocional, lo cual, según muchos, ha permitido la victoria de la derecha sobre una izquierda más bien gris³.

La Liga se ha abultado con consensos, ha entrado en sintonía con vastos sectores de la sociedad italiana prometiendo realizar las promesas contenidas, explícita o implícitamente, en el liberalismo económico y en el federalismo, pero en ambos casos tropieza con obstáculos insuperables y demuestra no ser un actor político ganador sino un contenedor de la disgregación, la forma que en Italia ha servido para dar visibilidad a una específica patología social de la modernidad tardía.

En el terreno del libre capitalismo la Liga trata de mimar a la organización empresarial; para hacerse atractiva ante sus afiliados y electores se presenta como una «sociedad anónima», en la cual los socios ordinarios poseen las cuotas mientras que los socios fundadores, sobre bases familiares como en la tradición del capitalismo italiano, controlan el paquete mayoritario, quien se afilia hace una inversión con la esperanza de obtener beneficios, etc. No obstante, en este terreno la Liga no logra vencer la competencia de Berlusconi, dueño de

³ efr. por ejemplo BERSELLI, E., «La maechina hipolare», en *Il Mulino*, núm. 2, 1994, p. 262.

la Fininvest y jefe de Forza Italia; en este caso no es un partido que se propone convertirse en empresa, sino una empresa que se convierte en un partido.

Una empresa política que realiza la transformación del Estado preconizada por el neoliberalismo, aunque radicalizando sus contenidos. En efecto, la Liga sigue siendo un partido en sentido tradicional, que se propone que el Estado resulte funcional para el desarrollo de las empresas privadas, ensanchando el campo de acción de éstas a sectores como la sanidad, la seguridad social y la escuela, hasta ahora gestionados por empresas estatales. En la filosofía de Forza Italia, en cambio, lo que se privatiza es el propio Estado. La Liga propone un Estado reducido a la mínima expresión, tanto en lo social como en lo económico, en la cultura como en la información, pero no puede llegar adonde Berlusconi ya negó hace tiempo, sometiendo la política a la economía. Precisamente como heredero directo de la cultura de los años ochenta, el jefe de la Fininvest -con sus socios notorios u ocultos- ha demostrado ya a los italianos, quienes le premiaron por ello, que la economía puede absorber a la política y los partidos políticos pueden utilizarse para hacer negocios, y que lo mismo ocurre con cualquier otra organización legal e ilegal.

En Italia tanto la izquierda como la derecha llevan tiempo proclamando que si el Estado quiere modernizarse debe convertirse en una empresa. Así las cosas, nadie posee más títulos que Berlusconi para dirigirlo; éste ha creado la empresa más moderna del país, basada en el ciclo continuo de producción y consumo de lo imaginario, totalmente inútil y, por ende, sumamente importante, plagada de deudas y, por ende, extraordinariamente rentable.

La Liga, desplazándose cada vez más sobre el terreno al cual se aferra su base social, el del sueño de la consolidación ilimitada del capitalismo, se ha expuesto a la competencia y a la recuperación, prontamente realizada por Forza Italia. En ese momento trató de jugar la carta estratégica del federalismo, cuya marca de fábrica creían tener, pero hubo de constatar que en Italia «todos» se han vuelto de golpe federalistas, robándole el monopolio de la reescritura de la forma-Estado.

El federalismo se ha convertido en mercancía de cambio en las negociaciones entre los ganadores, los postfascistas lo aceptaron a cambio del presidencialismo, mientras que la reforma de la Constitución se utilizó como instrumento para legalizar el reparto íntegro

del botín: ¡todos los cargos públicos para la mayoría de Gobierno, para realizar los dictámenes de la liberaldemocracia!

La Constitución, cuyos principios fundamentales no se han llevado a la práctica, puede ahora verse anulada, la mayoría hará con ella lo que quiera, como teoriza el ex liguista schmittiano Gianfranco Miglio, ideólogo de la extinción del Estado nacional a través de la secesión de las regiones ricas. En realidad la Liga nunca elaboró un proyecto federalista, prefiriendo utilizar el federalismo como una amenaza y un chantaje, lo cual explica sus oscilaciones entre el simple regionalismo y el confederalismo más exagerado, así como la indeterminación de las futuras entidades postnacionales (tres, ocho, doce, según las ocasiones).

Federalismo, exactamente igual que liberalismo económico, equivale a transcripción de los procesos económicos objetivos, o que aparecen como tales en el imaginario del pueblo liguista. En primer lugar, pues, separación, superioridad, diversidad del norte del resto del país, que lo explota y se adueña parasitariamente de sus recursos. Esta idea está sintetizada en el llamado federalismo fiscal, una monstruosidad conceptual que ha tenido gran éxito porque expresa a un tiempo la obsesión con el fisco y el carácter absolutamente central de la dimensión económica incluso en un tema de índole institucional.

Llegada a la meta de su trayectoria política, arribada al Gobierno del país, la Liga no tiene nada nuevo que proponer con respecto al viejo «nordismo» del cual había partido a finales de los años setenta. Aunque creció desmesuradamente, la Liga no ha cambiado en lo esencial, siendo así que la sociedad ha cambiado totalmente, llegando a resultados incluso postliguistas (como parece indicar el éxito de un movimiento político puramente virtual como Forza Italia).

Para captar la fisonomía y la fenomenología de movimientos como la Liga y Forza Italia no es decisivo analizar los programas, las formas de organización, la demanda que satisfacen o la oferta que proponen a los electores; se trata seguramente de teselas importantes, pero para poderlas organizar es preciso desplazar el foco de la atención hacia dinámicas históricas de más amplio alcance, ante todo a los procesos sociales y culturales, únicos que nos proporcionan un contexto en el cual colocar las manifestaciones aisladas de la lucha por el poder.

Así, un dato específico, como la capacidad demostrada por Berlusconi para mermar el consenso de la Liga, resulta un valioso indi-

cio para remontarnos al común trasfondo social y cultural de ambas formaciones. En apariencia no hay nada más distinto que la Liga y Forza Italia; piénsese sólo en las modalidades contrarias de su arraigo, todo desde abajo, de las periferias, contra los *mass media* y la sociedad del espectáculo en el caso del liguismo, todo hipertecnológico, virtual, mediático, en el caso del movimiento televisivo de Berlusconi.

y sin embargo, el liguismo sería inconcebible sin el trabajo de «aculturación» desarrollado por el duopolio televisivo RAI-Fininvest y por la victoria conseguida ya en los años ochenta por el modelo cultural propuesto por la televisión de Berlusconi. Localismo, etnicismo, populismo y cuanto se ha dicho sobre las Ligas sólo cobra sentido si se lo enlaza con la cultura de masas que ha triunfado a través del medio televisual y de su uso específico en nuestro país. Esta dimensión se amalgama con un trasfondo social caracterizado por el paso de la pequeña y mediana empresa de los márgenes al centro, acompañado por la proliferación del trabajo autónomo.

Sobre este fondo cabe entender la receptividad delliguismo a los cantos de sirena de Forza Italia; cuando la Liga se muestra incapaz de realizar su objetivo fundamental (separación del norte del resto del país, consensuada o impuesta, en forma federal, confederal o disolutiva) queda enteramente expuesta a la competencia de Forza Italia y, en el futuro, de otras formaciones políticas (incluida la propia Alianza Nacional). En lo inmediato, en efecto, predomina que ambos movimientos comparten la hostilidad hacia la política, y en este terreno Berlusconi puede satisfacer mejor que Bossi las instancias «impolíticas» que emergen en la sociedad italiana; pero, con cierta perspectiva, la política recobrará su papel, así como la gestión del Estado, y nada indica que la derecha (o sea Alianza Nacional) esté destinada simplemente a representar los intereses perdedores del sur; seguramente tratará de sentar las bases de masas para un decisionismo gubernamental frente al enésimo fracaso en salsa *kitsch* del sueño «renacentista» de los modernizadores itálicos.

En cualquier caso, para un pronóstico sobre los acontecimientos futuros hay que tener presente, aparte todas las diferencias políticas y culturales, el que el norte se ha expresado masivamente en favor de la Liga y de Forza Italia, lo cual puede hacer irreversible una deriva injertada en una fractura histórica que siempre ha estado abierta. En el norte de Italia el preponderante peso electoral de la Liga y Forza Italia («polo de las libertades») puede medirse por el hecho de

que ambos partidos-movimientos ocupan los dos primeros lugares. Por otra parte, en tercer lugar no se sitúa siempre el PDS (ex PCI), asediado por el PPI (ex DC), los siguen los postfascistas de la Alianza Nacional (ex MSI), más o menos a la par con Refundación Comunista. E incluso entre las formaciones menores cabe observar cómo la lista personal del radical Pannella, aliado con el «polo de las libertades», supera netamente tanto a los «Verdes» como a «La Rete».

En las regiones septentrionales, el hundimiento (y la desaparición) de los partidos que gobernaron el país desde el final de la guerra hasta hoy no ha dado paso a una consolidación de la izquierda, que, por el contrario, también ha sido arrollada por completo. Es preciso, en efecto, tener presente que la victoria global de la derecha resulta atemperada por los resultados de las regiones centromeridionales donde, por lo demás, los ex misinos, aliados con Forza Italia, han obtenido resultados superiores a los de cualquier otro partido de inspiración histórica fascista presente en la escena europea.

El norte, con su peso preponderante desde cualquier punto de vista, se ha separado de hecho del resto del país; el resultado electoral traduce y hace visibles unos procesos socioeconómicos divergentes, reforzando viejas y nuevas constantes de la historia italiana 4.

Las dimensiones de la derrota son tales que dejan fuera de juego a los partidos de la izquierda, y las dos opciones presentes son la «federalista» de la Liga y la «nacionalista» de Alianza Nacional.

Berlusconi, detrás del cual se han reciclado las capas político-especuladoras tradicionales, desempeña el papel de pegamento de la unidad nacional y de jefe de una coalición seguramente heterogénea pero compacta en torno al objetivo de «arramblar con todo». Aun antes de las elecciones existía un acuerdo general sobre el hecho de que Italia estaba pasando de la Primera República, basada en la Constitución antifascista, a la Segunda República, basada en la demolición del régimen de partidos, la llamada «revolución italiana». Cabe decir

⁴ En tal sentido véanse las tesis de Hobert Putnam (y de sus colaboradores) en *La tradizione civica nelle regioni italiane*, Milán 1993; una especie de fundación histórico-cultural del insuperable dualismo norte-sur. El libro de Putnam se ha visto, no obstante, rápidamente «superado» por el éxito de Forza Italia, pero se presta aún a una utilización dentro de la óptica federalista, suministrando elementos para una retórica cívico-democrática. Una crítica concreta de las argumentaciones del politólogo americano la ha desarrollado Lupo, S., «Usi e abusi del passato. Le radici de l'Italia di Putnam», en *Meridiana*, núm. 18, 1993.

que tal tránsito se ha producido, pero nadie sabe sobre qué pacto constitucional se sostiene el nuevo Estado, hegemonizado por la nueva derecha política y social.

Resulta singular que aun cuando los más destacados comentaristas hayan recurrido insistentemente al concepto de «revolución italiana», nadie lo haya relacionado con el ajustado análisis gramsciano de la «revolución pasiva»⁵. Y sin embargo, los supuestos se dan todos, hasta el punto de que parece que nos hallamos ante un uso inconsciente del esquema interpretativo elaborado por el político y pensador comunista, sin querer infravalorar con ello la diferencia derivada de la falta del elemento fascista. Piénsese en la argumentación desarrollada por el estratega y politólogo estadounidense Edward Luttwak en un artículo que muchos consideran una especie de reconocimiento semioficial de la plena confianza del Gobierno americano en la Liga. «Parece que, tras haber inventado muchas otras cosas en política (...) los italianos hayan inventado ahora una forma de revolución no violenta, que está eliminando con medios puramente legales a una entera clase política». «Vistas antaño como racistas, reaccionarias y estériles, a las Ligas se les reconoce crecientemente el papel de libertadoras de Italia del centralismo de la era fascista, perpetuado con el consenso católico-comunista. De este modo se han convertido en auténticos organismos revolucionarios de Italia, junto con los magistrados, que están demoliendo la oligarquía de los déspotas de partido, de los magnates sin ley y de los padrinos»⁶.

Aparte los procesos de cancelación puestos en práctica por el segundo 89, es probable que las resistencias a utilizar la categoría de «revolución pasiva» para describir los procesos de transformación real y sustancial continuidad desarrollados en el curso de los dos últimos años, se deban a la incapacidad del liguismo para cerrar la fase de movimiento y darle una salida concreta. Y, como es sabido, el cierre de una revolución no es menos crucial que su estallido; más aún, requiere un poco más de artificialismo político, cosa del todo ajena a

⁵ Sobre el intenso trabajo gramsciano en torno al núcleo de la «revolución pasiva» véase la reciente contribución de BURGIO, A., «Complessita, contraddizione e dialettica. Sull'analisi del fascismo nei Quaderni del carcere», en VV. AA., *L'impegno della ragione. Per Emilio Agazzi*, Milán, 1994.

⁶ LUTTWAK, E., «Da Yankee vi spiego la Rivoluzione italiana», en *L'Espresso* del 22 de agosto de 1993.

la Liga, que siempre se ha entregado al más puro posibilismo, incluso en el tema del diseño federal del Estado.

El milagro 10 realizan en cambio Berlusconi y su Forza Italia, en cuanto expresión de un liguismo de rango superior, en el que se produce la identificación inmediata entre el sujeto económico dominante y el sujeto político que gobierna, y de tal modo la hegemonía tiene un sólido fundamento económico (y en este caso concreto también tecnológico) y puede ejercerse no sólo sobre una parte del país sino sobre la mayoría de la población.

Carece de importancia que se mantenga o no la promesa electoral de un millón de «puestos» de trabajo: «lo que importa política e ideológicamente es que (ésta) puede tener y realmente tiene la virtud de prestarse a crear un período de expectativas y esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como la gran masa de pequeños burgueses urbanos y rurales, y mantener por tanto el sistema hegemónico y las fuerzas coercitivas militares y civiles a disposición de las clases dirigentes tradicionales» ⁷.

Con la llegada a la presidencia de Berlusconi el ciclo de movimiento de la «revolución italiana» concluye, el Gobierno opera como un partido y se sitúa «por encima de los partidos, no para armonizar los intereses y la actividad en los marcos permanentes de la vida y los intereses estatales nacionales, sino para disgregarlos, para apartarlos de las grandes masas y tener una fuerza de gente sin partido ligada al Gobierno con vínculos paternalistas de tipo bonapartista-cesáreo» ⁸.

La gran victoria electoral de Forza Italia, un movimiento que pareció surgir por arte de magia, se injerta en la revolución judicial y le da una salida política, y así todo el sistema vuelve a la normalidad y la decapitación de la clase política concluye con el reforzamiento de la clase dominante. La televisión ha sido el instrumento moderno de esta inédita «revolución pasiva», pero el supuesto es el mismo descrito por Gramsci: «... escasez de estadistas, de hombres de Gobierno, miseria de la vida parlamentaria, facilidad para disgregar los partidos, corrompiendo y absorbiendo a unos cuantos hombres indispensables... Miseria de la vida cultural y mezquina estrechez de la alta

⁷ GRAMSCI, A., *Quaderni del carcere*, Turín, 1975, vol. II, p. 1228.

⁸ GRAMSCI, A., *Quaderni del carcere*,... vol. I, p. 387.

Liguismo y postliguismo

cultura... el día a día, con sus facciosidades y sus choques personalistas, en vez de una política seria» 9.

El PDS, principal fuerza de oposición, trató repetidamente en el curso de los primeros años noventa de establecer una relación política con la Liga. Esta atención se manifestó en dos fases muy distintas. En la primera se valorizaba la Liga como instrumento para demoler la centralidad democristiana, paso indispensable para llegar a la «normalización» del sistema político italiano. La DC, en efecto, se desangró, pero la construcción de un sistema bipolar tuvo como desenlace la derrota de la izquierda y el delinearse de un nuevo centro potencialmente hegemónico en torno a Forza Italia.

En la segunda fase, todavía abierta, el PDS se presenta aún como interlocutor privilegiado de la Liga, hallando en el federalismo un terreno de común encuentro contra la cultura nacionalista y el centralismo decisionista encarnados por Fini y Berlusconi. El objetivo del PDS es ahondar las divisiones en el interior del «polo de las libertades», estableciendo un eje privilegiado con el movimiento de Bossi, necesitado de oxígeno desde que penetró en las estancias de la política «romana». No obstante, el terreno del federalismo, a despecho de sus nobles ancestros, es un terreno resbaladizo, lleno de trampas y escotillones. El propio «Bossi lo utiliza hoy con un designio exclusivamente táctico que lo degrada a mero expediente dilatorio» 10; por lo demás, la Liga nunca ha desarrollado una elaboración política en torno al tema de la reescritura de la forma-Estado conforme a principios federalistas, contentándose con usar instrumentalmente las provocaciones de Miglio y las pulsiones de la base para un sistema fiscal autocentrado (y reducido al mínimo).

No menos indefinida es la propuesta federalista del PDS: la versión más propagada no es sino una forma de regionalismo más o menos llevado al extremo 11, pero los últimos resultados electorales, gracias a la adopción del sistema mayoritario, han alimentado dinámicas territorializantes, por lo cual no hay que infravalorar la tentación de un federalismo «de izquierdas» que haga hincapié en un

9 GRAMSCI, A., *Quaderni del carcere*, vol. I, p. 387.

10 LUNA, G. DE, «Ciascuno a casa propria, tutti in ordine gerarchico», en *Il Manifesto*, 10 de abril de 1994.

11 Cfr. BRAMBILLA, C., «Ecco il federalismo delle "regioni rosse"», en *L'Unità*, 9 de octubre de 1993.

reparto geográfico de las zonas de influencia. Dentro de esta perspectiva la Liga se convierte, con mayor motivo, en un interlocutor al que hay que valorar sobre la base de una convergencia objetiva de intereses.

Con respecto a las elaboraciones ideológicas, cada vez más reversibles, lo que cuenta es el peso material de una efectiva «regionalización» de los dos *partners*: la Liga se ha mostrado incapaz de superar las fronteras del norte, el PDS se ha quedado reducido a algunas regiones del centro. El federalismo se convierte, pues, en un recurso para poner remedio a la doble debilidad de los dos enemigos-aliados ¹².

El debate sobre el federalismo, al cual se ha convertido de golpe toda una clase política, es confuso y del todo ajeno al sentir común de la población, masivamente despolitizada; incluso en el norte suscita cierto entusiasmo la separación, pero no desde luego una federación o confederación de confines totalmente indeterminados. El único designio federalista con un mínimo de coherencia que ha aparecido es el neoétnico, que prevé la liberación de los diversos «pueblos» de la península, guiados por los «pueblos del norte»: un embrollo entre grotesco e inquietante que refleja bien la regresión intelectual de este país.

La Liga Norte ha sido seguramente la fuerza que desarrolló 10 principal de la obra de demolición del viejo ordenamiento político, recogiendo y canalizando los impulsos provenientes de la sociedad. Es natural, pues, que esta fase histórica lleve la huella de las opciones fundamentales expresadas por elliguismo: fe incondicional en el mercado y el desarrollo, credo ideológico en el capitalismo al alcance de todos, miedo a perder los beneficios materiales acumulados, racismo diferencialista como brújula para orientarse en el mundo. Desgraciadamente estos «valores» no son sintetizables en un proyecto político coherente; por lo demás, el máximo de proyecto explícito al que llega la Liga es la eliminación de todos los obstáculos que impiden que se despliegue la potencialidad del norte («seremos los más ricos del mundo», como dice Bossi y como piensan muchos del *Polo delle liberta*).

¹² El debate televisivo entre Bossi y Occhetto tras la gran manifestación de antifascismo militante del 25 de abril de 1994 en Milán nos parece emblemático de los niveles de separación e incomunicabilidad en que se sitúan los comportamientos de la base con respecto a las representaciones de los vértices.

Liguismo y postliguismo

En los últimos meses, en sustancia tras las elecciones administrativas del otoño de 1993, la imagen y el protagonismo de la Liga se han empañado; cabe decir que el nuevo ciclo político lleva el *imprinting* del liguismo sin que la Liga tenga capacidad para imponer su hegemonía. La Liga ha sido reabsorbida por el sistema al participar en el Gobierno con Alianza Nacional, de quien es *magna pars* el MSI, o «lo peor de la vieja política» (D. Bossi), formación que más que ninguna otra se identifica con el estatalismo y el nacionalismo. El encuentro táctico con los enemigos postfascistas puede empero ser presentado, y ante todo al pueblo liguista, como enésima prueba de la habilidad maniobrera del «jefe de los lombardos» (a quien incluso desde la izquierda se mira con gran apertura y expectativa).

La conflictiva alianza de los federalistas con los nacionalistas reafirmaría, en efecto, la división geográfica del trabajo preconizada por Miglio, en términos por lo demás impresentables ante la opinión pública (sobre todo la internacional): el norte de Italia para la Liga, el sur para la mafia.

Si AN se hace cargo de la representación «de Roma para abajo», entonces se puede, y hasta se debe, hallar un terreno de encuentro con el MSI refundado, porque nos situamos directamente en el terreno del federalismo, de un solo golpe se sientan las bases para la República del Norte (Padania) y la República del Sur (Mediterránea): en cuanto a Etruria, resultará por diferencia y por la disponibilidad del mayor partido de oposición¹³. En este supuesto la Liga habría realizado una vez más una obra maestra política, según el código interpretativo adoptado por los *mass media* (después de los años del boicot). Las cosas, sin embargo, han marchado de distinta manera, y la Liga no sólo ha debido entenderse con Fini, sino someterse a la hegemonía política de Berlusconi, y ello antes de que los resultados electorales sancionasen la diferencia de consenso entre la Liga y Forza Italia.

La tesis de una plena reabsorción de la Liga dentro de los raíles de la vieja política, como fuerza complementaria de un Gobierno de derechas, cuyo programa llevaba ya escrito por lo menos tres lustros, viene sancionada por la paradójica amalgama entre el movimiento

¹³ El texto de la Constitución Federal provisional presentado en el Congreso de la Liga Lombarda de Assago (11 Y 12 de diciembre de 1993) se puede leer en *Il Corriere della Sera* del 12 de diciembre de 1993.

antisistema que desencadenó y dio voz a la «revolución italiana» y el representante emblemático de la Italia de los años ochenta, con su entrelazamiento inextricable de política y negocios, cultura de masas y secretos de Estado.

Cabe entonces preguntarse legítimamente por qué el movimiento de Bossi ha entrado en una coalición que lo penaliza a nivel de imagen al tiempo que merma su base de consenso. Es éste, en efecto, el interrogante que inspira a muchos observadores, convencidos de la diferencia genética entre la Liga y sus aliados; estos observadores permanecen, pues, a la espera de que se manifieste una ruptura tenida por inevitable. Se trata de un punto crucial que aquí interesa no por sus implicaciones políticas, sino porque revela la persistencia de una clara diferencia de valoraciones sobre la índole, la inserción y las finalidades delliguismo italiano a quince años de su aparición ¹⁴. Este único hecho parecería confirmar la autorrepresentación que la Liga siempre ha dado de sí misma: un movimiento que no es insertable en el eje derecha-izquierda ni en cualquier caso en las coordenadas de la vieja geografía política.

El aserto liguista es un importante indicador para dar una inserción histórica no contingente al movimiento de Bossi y a lo que ha hallado expresión a través de él: no una protesta efímera o un fundamentalismo sectario, sino «una adhesión naturalista a lo existente en la época de la tardía modernidad» ¹⁵.

Sin embargo, la Liga no es sólo una manifestación de la disolución de la política y el Estado bajo los golpes de la naturalización de la economía, es asimismo un específico actor político que persigue objetivos concretos y del todo indiferente a diagnósticos y pronósticos intelectuales sobre el significado metapolítico de su acción. Conviene, pues, examinar sus opciones sin salir del terreno de la inmediatez. Con esta óptica, el motivo de la «extraña alianza» es muy lineal: la Liga se ha fijado siempre como objetivo llegar al Gobierno, con la convicción de ser la fuerza política en la que la sociedad se refleja a sí misma, un instrumento para dar forma a las instancias que ema-

¹⁴ Para un primer acercamiento a la historia de las Ligas véase DIAMANTI, I., *La Lega. Geografia, storia e socioLogia di un nuovo soggetto polÍtico*, Roma, 1993, pp. 43 Y ss., Y LUNA, G. DE (ed.), *FigLi di un benessere minore. La Lega 1979-1993*, Florencia, 1994, pp. 43 Y ss.

¹⁵ cfr. POGGIO, P. P., «Il naturalismo sociale e la ideologia deHa Lega», en LUNA, G. DE, *op. cit.*, p. 187.

nan de la parte sana de la nación: así, el federalismo debe ser integral, porque en él hallarán modo de expresarse plenamente tanto el etnicismo cuanto el liberalismo económico, y si se pone el acento en este último se debe a que el federalismo se podrá realizar concretamente sólo en cuanto transcripción de la geografía productiva del país, en el marco de la competición global, es decir de la generalización del libre mercado.

En la ideología de la Liga la llegada al Gobierno coincide con la realización de sus objetivos, y por eso Bossi siempre se ha mostrado proclive a todo tipo de alianzas (al igual que en la Liga se pueden encontrar retazos de todas las culturas políticas), o bien a cambiar de línea de un día para otro con tal de llegar al Gobierno, y ello no por oportunismo o ambición, sino porque la Liga se autorrepresenta como la única verdadera expresión de la sociedad (depurada de lo que carece de títulos para formar de veras parte de ella), y, por lo tanto, ¿cómo es posible excluir aún a la sociedad del Gobierno de sí misma? Eso equivaldría a perpetuar la conjura partidocrática.

El encuentro con Berlusconi y Fini debe colocarse sobre este fondo, y aunque por el momento las razones de la política estén penalizando el enfoque liguista con su fundamentalismo impolítico, hay que tener en cuenta que precisamente la hostilidad contra la política es el pegamento principal de la coalición, el referente de toda la base social que vota por los tres aliados competidores. El decisionismo empresarial de Berlusconi despliega una función retórica y expresa en realidad una aceleración del proceso de reabsorción de lo político en lo económico, de lo público en lo privado.

El camino queda abierto para una ulterior disgregación social y para la experimentación de un ordenamiento anarco-capitalista. En vez de la realización de la «poliarquía» se corre el riesgo de la «poliocracia»; por el momento, más prosaicamente, se «privatiza» la economía pública y el Estado social en beneficio de las oligarquías financieras transnacionales.

No es la última de las paradojas de la situación italiana el que el reverso de la «revolución» de los pequeños capitalistas, representados por la Liga y por Forza Italia, sea una concentración sin precedentes del capital bancario, financiero e industrial ¹⁶. Puede que ello

¹⁶ Cfr. HACOZZINO, G., «L'imbonitore e la grande galassia del nord», en *Il Manifesto* del 1 de mayo de 1994.

sea el preludio de un ulterior ajuste de cuentas entre los principales centros de poder internos e internacionales, o bien que prevalezca la oportunidad de una división del trabajo, en especial frente al aumento de la desocupación estructural y a los costos sociales que habrán de pagar las capas más débiles. En cualquier caso, los resultados políticos a los que ha llegado la «revolución» italiana demuestran la inconsistencia de los análisis que privilegiaron una lectura antisistema, populista o incluso anticapitalista del liguismo. La permeabilidad de su electorado a Forza Italia es prueba inexpugnable de que la «diversidad» de la Liga funciona sólo cuando hace operativa su implantación neoétnica.

La consolidación de la Liga primero, y después la transición a la Segunda República bajo la guía de Berlusconi, han sancionado políticamente la incontrastable hegemonía cultural del capitalismo, con la desaparición del antagonismo social. En el presente estado de cosas sólo cabe oponer la convicción, o si se prefiere la certeza, de que la confianza en la «naturalidad» del capitalismo no resuelve nada y es expresión de una derrota de la razón y de la dignidad, precursora de una ulterior degradación, bajo el signo de la servidumbre voluntaria.

Traducción: Esther BenÍlez

Sistema político y crisis de la Primera República

Alfonso Botti

1. Una premisa necesaria

Italia se encuentra en la actualidad entre una Primera República que ya no existe y una segunda que todavía no está. Dicho de otra forma y con relación al sistema político, al cual se limitará la presente aproximación, el país sigue viviendo en una grave crisis para la cual no se ve, de momento, posible salida. Por esta razón la perspectiva desde la cual se analizarán los acontecimientos más significativos que han llevado a esta situación se coloca bastante lejos del énfasis periodístico con el que se ha valorado de «revolución» lo ocurrido y de «Segunda República» lo que ha venido después. Como, por otro lado, el presente enfoque mantiene igual distancia de la valoración, propia de determinados ambientes políticos y de muchos medios de información europeos, según la cual Italia habría vuelto atrás y estaría amenazada por el fascismo.

Así como en los años veinte el fascismo no fue mera reacción de-rechista, sino algo nuevo e inédito, interpretar ahora con claves del pasado el fenómeno Berlusconi no es más que heroica resistencia a la posibilidad de entender lo que es la nueva derecha y de dónde surgen en verdad los peligros para la democracia.

La concentración del poder, la falta de control del mismo por parte de los ciudadanos, la involución de los institutos de la vida democrática, la degeneración de los partidos, la corrupción, la incapaci-

dad de solucionar los problemas económicos y de recuperar al menos la tercera parte de la población que vive en la pobreza, el paro, la crisis del Estado social, la falta de reglas, el poder de la televisión y otros medios de comunicación, la dificultad de gobernar los procesos mundiales que se han desarrollado después de la caída de la muralla de Yalta; son hechos que afectan, en diferente medida, a muchos países de Occidente. Lo que ocurre en Italia no es otra cosa ni puede entenderse fuera de este marco general. Más apropiado parece entonces colocar la crisis italiana dentro del estado nada saludable en el que se encuentran «las democracias» en este fin de siglo, justamente cuando pueden hacer gala de su triunfo frente al llamado socialismo real contra el cual han sido aliadas y han luchado durante varias décadas.

Sólo a partir de estas premisas es posible detenerse sobre los acontecimientos italianos de los últimos años, que por ser parte integrante de procesos más amplios no dejan de tener forma y aspectos peculiares, vinculados a la anterior historia del país e interpretables a la luz de la historiografía sobre las líneas de desarrollo de Italia en la segunda postguerra ¹. Un rápido recorrido a través de las décadas anteriores nos permitirá entender mejor el pasado más reciente.

2. «Democracia de los partidos» y «*conventio ud excludendum*»

Italia llega a ser una República y hace su ingreso en la democracia después de una modélica dictadura de partido único, de una guerra mundial desastrosa, de una doble ocupación militar y de una lucha de liberación nacional contra uno de los dos ocupantes que bajo muchos aspectos fue también una guerra civil. La morfología del sis-

¹ En particular véanse: GINSBORC, P., *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica*, 1948-1988, Turín, 1989; SCOPPOLA, P., *La Repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*, Bolonia, 1991; LANARO, S., *Storia della Italia repubblicana. Dalla fine della guerra agli anni novanta*, Venecia, 1992. Muy interesante resulta además el texto de una mesa redonda entre los tres historiadores publicada con el título «L'Italia repubblicana: tre autori a confronto», en *Passato e Presente*, núm. 29, 1993, pp. 11-32. Deben tenerse en cuenta también los estudios siguientes: SASSOON, D., *L'Italia contemporanea. I partiti, le politiche, la società dal 1945 ad oggi*, Roma, 1988; MAMMARELLA, C., *L'Italia contemporanea*, Bolonia, 1992; LEPRE, A., *Storia della prima Repubblica. L'Italia dal 1942 al 1992*, Bolonia, 1993; VALLAURI, C., *I Partiti da De Gasperi a Berlusconi*, Roma, 1994; VV. AA., *Lezioni sulla Italia repubblicana*, Roma, 1994; COLARIZI, S., *Storia dei partiti nell'Italia repubblicana*, Bari-Roma, 1994.

tema político italiano está toda inscrita en sus orígenes y en el marco internacional que determina desde el principio la soberanía limitada del país ². Hasta el punto que no se entiende nada de la historia política italiana posterior sin remontarse al período 1943-1948, fechas que separan la caída de Mussolini de la Constitución democrática y, a nivel internacional, el comienzo de la guerra fría.

Después de la instauración del régimen fascista, que contó con la ayuda de una ley electoral mayoritaria (ley Acerbo de 1924), y después de veinte años de partido único, no es de extrañar que la preocupación principal en el primer postfascismo fuera la de garantizar el pluralismo político por medio de un sistema electoral rigurosamente proporcional y la de construir el edificio de la República, a partir de la Constitución, sobre los partidos que más habían luchado contra la dictadura.

Pero ya desde la primavera de 1947 se manifiesta la que será la segunda característica del sistema político italiano, que además de ser «democracia de los partidos» es también un sistema bloqueado, que no admite cambios. Es decir, sin alternativa o, como se ha definido años después, de «bipartidismo imperfecto». El cual trae consecuencia de la ruptura de la «unidad nacional» realizada por el líder de la Democracia Cristiana y jefe del Gobierno, De Gasperi (a la vuelta de un viaje a los Estados Unidos), cuando por primera vez desde la liberación forma un gobierno sin socialistas ni comunistas.

Desde entonces hasta 1989 Italia vive, en el mundo dividido por Yalta y la guerra fría, en la frontera entre los dos bloques en una situación peligrosa y atípica. Tiene el más importante (por fuerza numérica y elaboración estratégica) Partido Comunista de Occidente; vive en una democracia que sin los comunistas (y las izquierdas) habría tardado en llegar o habría sido imposible y de la cual ellos han contribuido a dibujar las reglas, pero en la cual los comunistas (y las izquierdas) no pueden gobernar porque Occidente, la derecha interna e internacional, no lo admite y lo impide con muchos medios y grandes recursos ³.

² La vinculación de la política interna italiana a las exigencias del bloque occidental ha sido objeto de varios estudios que resulta innecesario citar en este contexto. Por contra, parece oportuno señalar la aportación de DE FELICE, F., «Doppia lealtà e doppio Stato», en *Studi storici*, núm. 3, 1989, pp. 493-563, por su novedosa articulación interpretativa de la soberanía limitada.

³ A propósito del debate parlamentario sobre la ley electoral, véase BETTINELLI, E., *All'origine della democrazia dei partiti. L'affermazione del nuovo ordinamento el-*

En la raíz de los gobiernos de centro de los años cincuenta y de centro-izquierda de los sesenta estará la llamada *conventio ad excludendum*: el acuerdo entre las fuerzas moderadas para excluir del Gobierno a la izquierda comunista. Mientras que análoga interdicción no afectará a la extrema derecha fascista, cuyos votos en ocasiones serán aceptados por las fuerzas políticas moderadas para alcanzar la mayoría parlamentaria.

El panorama cambia alrededor de la mitad de los años setenta, cuando por las consecuencias del movimiento de 1968-69, por el impacto de la crisis económica que estalla con la petrolífera de 1973 y en el marco del ataque terrorista al Estado, aparece un controvertido intento de desbloquear el sistema que sigue en auge desde 1947.

Esa posibilidad arranca de la estrategia de «compromiso histórico» del PCI y de la actuación de Enrico Berlinguer y Aldo Moro.

Al primero corresponde la propuesta de encuentro entre los grandes componentes políticos y culturales de la sociedad italiana (comunistas, socialistas y católicos), lanzada en 1973 bajo la influencia del golpe de Pinochet en Chile (donde una mayoría legal de izquierda no había conseguido evitar la reacción sangrienta por parte de la derecha). Poco después los comunistas italianos confirmarán su fidelidad a las instituciones democráticas luchando contra el terrorismo de las Brigadas Rojas y dando una aportación decisiva a su aislamiento po-

torale nd periodo costituente (1944-1948), Milán, 1982. Merece la pena destacar que mientras Cinsborg (*op. cit.*, pp. 92-159) YScoppola (*op. cit.*, pp. 85-207), aun con diferentes matices, consideran positiva la aportación de los dos grandes partidos de masas (DC y PCI) en la fase de fundación de la República, Lanaro (*op. cit.*, pp. 37-138) ve el origen de la «partitocracia» y del «consociativismo» ya en el Comité de Liberación Nacional (CLN) y en el compromiso constitucional. Cabe también recordar aquí el gran interés que la contemporaneística italiana sigue teniendo para el terna de la continuidad entre fascismo y posfascismo, que en su evolución más reciente ha sido problematizado con respecto a las relaciones entre la sociedad civil, los partidos y el Estado para significar una similar ocupación de la sociedad civil y del Estado por parte del partido único antes, de «los partidos» después de 1945. Aunque sugerente, esta hipótesis no ha superado todavía el umbral de las enunciaciones que se pueden leer en CAFACNA, I., *La grande slavina. L'Italia verso la crisi della democrazia*, Venecia, 1993, pp. 62-64; CALL DELLA LOGGIA, E., «Le radici storiche di una crisi», en *IL Mulino*, núm. 352, 1994, pp. 227-236, 231; ID., *Intervista sulla destra*, Bari-Roma, 1994, pp. 73-74. Las mejores aportaciones, en fin, al análisis del sistema político italiano son: CALLI, G., *IL bipartitismo imperfetto. Comunisti e democristiani in Italia*, Bolonia, 1966; FARNETTI, P., *IL sistema dei partiti in Italia, 1946-1979*, Bolonia, 1983 (1a ed. 1973); SAHTOHL, G., *Teoria dei partiti e caso italiano*, Milán, 1982; PASQUINO, G., *Degenerazione dei partiti e riforma istituzionale*, Roma-Bari, 1982.

lítico, causa principal de su derrota. Berlinguer, además, en una entrevista publicada el 15 de junio de 1976 afirmará encontrarse más tranquilo bajo el paraguas de la *ûTAN*, corroborando de esta forma la opción atlántica de su partido.

Por su parte, en la Democracia Cristiana es Aldo Moro el que plantea la necesidad, después del centrismo y del centro-izquierda, de una «tercera fase» en la cual se reconozca al PCI la legitimidad para gobernar ⁴. Le ayudan los resultados de las elecciones regionales de 1975, que entregan a la DC el 35,3 por 100 y al PCI el 33,4 por 100 de los votos, y de las políticas generales del año siguiente cuando la DC consigue el 38,3 por 100 y el PCI alcanza el techo máximo de toda la segunda postguerra, con el 34,4 por 100 de los votos (datos relativos a la Cámara).

Contra esta solución hubo una movilización interna e internacional sin precedentes, a menudo entrelazadas.

En primer lugar por parte de los aliados occidentales (está la famosa entrevista entre Moro y Kissinger de 1974 y la declaración del embajador estadounidense en Roma, John Volpe, del 20 de septiembre del 75; en febrero-marzo del 76 están las declaraciones del presidente Gerald Ford y del Departamento de Estado de los EEUU; existe una declaración del canciller Helmut Schmidt de julio del mismo año en nombre también de EEUU, Francia y Gran Bretaña). En segundo lugar hubo atentados terroristas por parte de grupos neofascistas y maniobras de todo tipo por parte de los Servicios Secretos, ambos vinculados con varios ambientes internacionales ⁵. Se dio, en

⁴ Véase SCOPPOLA, P., *La repubblica dei partiti*, cit., pp. 355-394.

⁵ El 28 de mayo de 1974 estalla una bomba (8 muertos, 101 heridos) en la plaza principal de Brescia mientras se celebra un mitin antifascista. En la noche entre el 3 y el 4 de agosto una bomba, reivindicada por una organización neofaseista (*Ordine nero*), tiene como resultado 12 muertos y 48 heridos en el tren «Talius». Vuelve de esta forma aquella «estrategia de la tensión» que había sido estrenada el 12 de diciembre de 1969 en Milán con la matanza en la *Banca dell'Agricoltura* (16 muertos) y que encontrará su cumbre el 2 de agosto de 1980 cuando un atentado en la estación de ferrocarriles de Bolonia deja en el suelo 85 muertos y 200 heridos. Más en general entre 1969 y 1980 se registran en Italia 12.690 entre atentados y episodios de violencia política que han provocado 362 muertos y 4.490 heridos, incluidas las víctimas de terrorismo rojo y con exclusión de los delitos de mafia. Sobre el argumento existe abundante literatura. Para orientarse se pueden leer: DE LUTIS, G., *Storia dei servizi segreti in Italia*, Roma, 1984; PHOVVISIONATO, S., *Misteri d'Italia*, Bari-Roma, 1993; SILI, A., *Malpaese. Criminalità, corruzione e politica nell'Italia della prima Repubblica*, 1942-1994, Roma, 1994, pp. 113-167.

fin y como hecho decisivo, la captura por parte de la Brigadas Rojas de Aldo Moro y su asesinato ⁶.

Por causa de estas fuertes resistencias, a las que hay que añadir las de gran parte de la propia Democracia Cristiana, nada entusiasta con la perspectiva trazada por Moro, el PCI no consiguió entrar en el Gobierno del país. Sólo alcanzó ingresar en el área de la mayoría, apoyando a dos impresentables gobiernos Andreotti: el primero (31 de julio de 1976-16 de enero de 1978) con la abstención; el segundo (11 de marzo de 1978- 31 de enero de 1979) con su voto favorable de confianza, dado en la situación de emergencia provocada por el secuestro de Moro.

El experimento del llamado gobierno de «solidaridad (o unidad) nacional» sigue siendo diferentemente valorado por historiadores y politólogos. Con el transcurso de los años está adquiriendo vigor la interpretación de *quien*, lejos de ver en esta fase un intento fracasado de salida de un sistema político bloqueado, ve en ella justamente lo contrario. Es decir, la degeneración máxima de dicho sistema y el nacimiento de aquella praxis que se ha llamado *consociativismo* para describir una situación política en la cual no hay ni verdadera mayoría ni verdadera oposición, sino que la primera y la segunda por medio de un tácito acuerdo (y de un complicado juego de vetos) comparten el poder aun si en partes desiguales ⁷.

Sin entrar en un examen pormenorizado de esta interpretación donde conviven posturas distintas, complicadas por muchos matices, habría que subrayar la diferencia entre el «compromiso histórico» que era indudablemente una estrategia de largo alcance y los gobier-

⁶ La vinculación existente entre el asesinato del líder demócrata-cristiano y su postura abierta frente a los comunistas fue evidente desde el principio. Está ahora confirmada por declaraciones de los propios terroristas, por sentencias de tribunales, por comisiones de investigación parlamentarias y por literatura de diferente naturaleza, desde la periodística hasta la historiográfica. Véanse al respecto: SENATO DELLA REPUBBLICA-CAMERA DEI DEPUTATI, *Relazione della Commissione parlamentare d'inchiesta sulla strage di via Fani, sul sequestro e l'assassinio di Aldo Moro e sul terrorismo in Italia*, Roma, 1983; FLAMIGNI, G., *La tela di ragno. Il deliuto Moro*, Roma, 1988.

⁷ Según parece, el término ha sido tornado de A. Lijphart (*Democracies. Pallerns 01 Majoritarian and Consensus Government in Twenty-one Countries*, Londres, 1984) que lo utiliza con otro significado. Sobre el «consociativismo» véanse: HODURÁ, S., «La costituzione materiale ai tempi dell'unita nazionale», en *Laboratorio politico*, núms. 2-3, 1982, pp. 63-92; PIZZORNO, A., *Le radici della politica assoluta e altri saggi*, Milán, 1993, pp. 285-313.

nos de «solidaridad nacional», que fueron algo circunstancial, determinado además por una situación excepcional, como la crisis económica y el terrorismo. Razón por la cual no parece contradictorio afirmar que hubo efectivamente *consociativismo* y al mismo tiempo un intento de salir de una situación bloqueada.

Sea como fuere, parece cierto que la estrategia del compromiso histórico y su fracaso durante la fase de la «unidad nacional» no dejan las cosas como estaban. El ocaso de la *conventio ad excludendum* se ve en el horizonte.

3. El «poder de coalición» y el craxismo

Para la historia política italiana los años ochenta empiezan el 9 de mayo de 1978, cuando el cadáver de Aldo Moro es encontrado a mitad de camino entre las sedes nacionales de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista. El mensaje es clarísimo: se ha eliminado el hombre de la mediación y del posible encuentro. De hecho su asesinato hace desaparecer al único político capaz de convencer a los demócratas cristianos, a la Iglesia y a las fuerzas moderadas del acercamiento a los tradicionales adversarios y deja a los comunistas sin interlocutor.

Frente a un gobierno Andreotti que involucra a los comunistas en una parálisis progresiva y que no cumple, el PCI no tiene otra opción que la de retirar su confianza. Hecho que, como se ha dicho hace poco, determina el fin de la fase de la «solidaridad nacional».

En febrero de 1980 el XIX Congreso de la DC pone la marcha atrás y aprueba una moción en la que se excluye categóricamente la posibilidad de una alianza con el PCI. El 28 de noviembre del mismo año Berlinguer, tomando conciencia de la involución de la DC, abandona el «compromiso histórico» y vuelve a la oposición afirmando que corresponde a su partido la tarea de promover un gobierno de hombres honrados a la altura de las circunstancias.

En la escena política del país quedan dos grandes partidos (en 1979 DC y PCI obtienen, respectivamente, el 38,3 y el 30,4 por 100 de los votos) que ya no marchan hacia un encuentro, sino que se consideran alternativos y que no tienen la mayoría suficiente para gobernar sin el apoyo de los partidos intermedios o menores (PSI, PSDI, PRI, PLI). A la *conventio ad excludendum* sucede así la llamada «po-

sición de renta» o «poder de coalición» (o «renta de situación») de los partidos menores. Un poder que arranca del sistema electoral proporcional que nadie ha puesto en discusión con anterioridad ⁸ y que permite a las pequeñas fuerzas políticas reivindicar «igual dignidad» frente a los dos partidos mayores.

Quien saca más provecho de la circunstancia es, sin lugar a dudas, el secretario del Partido Socialista (el más antiguo de los partidos italianos y el más grande entre los pequeños), Bettino Craxi, cuyo liderazgo caracterizará la parte central del decenio. Para facilitar un dato extremadamente significativo de lo que ha sido el poder de coalición es suficiente recordar que ya a finales de 1981, con el 10-12 por 100 de los votos, los socialistas administran alrededor del 90 por 100 de las capitales de provincias. Pero antes de fijar la atención sobre lo que ha representado el craxismo con relación al sistema político italiano es preciso subrayar un aspecto sobre el que ha habido muchos equívocos. Nos referimos a la presunta inestabilidad de la política italiana.

Desde el fin de la «solidaridad nacional» de principios de 1979 hasta el primer gobierno Craxi (agosto de 1983), en cuatro años y medio se suceden siete gobiernos. Después del segundo gobierno Craxi, que dimite el 3 de marzo de 1987, hasta el gobierno de transición de Carlo Azeglio Ciampi, querido por el presidente Scalfaro para llevar a cabo la reforma electoral, y que toma posesión el 28 de abril de 1993, en seis años se suceden seis gobiernos. Es decir, un total de quince gobiernos en algo menos de catorce años. En el mismo período se celebran cuatro elecciones políticas generales (1979, 1983, 1987, 1992) con, entre una y otra, varias otras: administrativas parciales y regionales (1985, 1990, 1991, 1992); europeas (1979, 1984, 1989). A las que se añaden varios referéndums (1981, 1985, 1987, 1990, 1991, 1993). Sin que todas y cada una de esas ocasiones no fuesen interpretadas en función del marco político general. Con todo esto, una mirada a la composición de las múltiples alianzas gubernamentales permite afirmar con toda claridad que a lo largo del decenio ni hay modificaciones sustanciales en la composición de la mayoría ni mucho menos un cambio en favor de la oposición. Es decir que, como ha sido observado por un historiador muy atento a la rea-

⁸ Sobre el culpable desinterés por la reforma del sistema electoral en los dos mayores partidos ha escrito páginas muy lúcidas SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 369 y 375.

lidad italiana, hay una «gran continuidad política» en los años ochenta. «Por más de veinticinco años, en efecto, con raros intervalos -continúa el mismo estudioso- la alianza DC-PSI ha formado la base del Gobierno en Italia. (...) Esta alianza ha sido en realidad una de las más duraderas de la política europea y la forma dominante de gobierno en la historia de la República»⁹.

Volviendo al hilo del discurso, otro historiador de talla ha escrito que Craxi irrumpe «como un ciclón en las aguas estancadas de la política italiana»¹⁰. Con un descuento de énfasis podría reconocerse que sin el sistema proporcional el singular fenómeno de un pequeño partido que pretende representar el agujero de la balanza teniendo por rehenes a la mayoría de las fuerzas políticas a 10 largo algunos años no se habría producido. Pero si la efímera fortuna de Craxi es un fruto del sistema político italiano, esto no quita que su actuación produzca (*malgré fUI*) un enorme impacto sobre el sistema mismo, contribuyendo, con el concurso de otras varias causas, a su crisis.

Se ha periodizado la parábola política recorrida por Craxi en tres fases. La primera va desde su elección como secretario del partido en julio de 1976 hasta su ascenso a la jefatura del Gobierno en agosto de 1983. La segunda abarca los cuatro años, hasta 1987, de sus dos gobiernos. La tercera es la que va desde 1987 hasta 1993: los años del llamado CAF (de las iniciales del propio Craxi, de Andreotti y de Forlani) en los que el líder socialista orienta y subordina toda la acción del partido para volver a la presidencia del Consejo en la perspectiva -según parece- de alcanzar después la jefatura del Estado.

Admitiendo que habría mucho que decir sobre las dos primeras fases, alguna reflexión merece la tercera. Cuando el 3 de marzo de 1987 Craxi dimite de la presidencia del Consejo por no poder resistir más el cumplimiento del acuerdo con los aliados que preveía un automatismo en el relevo, la situación es la siguiente: la DC no ha perdido ni su centralidad ni su consenso electoral (tenía el 32,9 por 100 de los votos en 1983, antes del primer gobierno Craxi; obtiene después de su dimisión el 34,3 por 100); de la «larga ola» que habría tenido que llevar al PSI a un lento pero irresistible ascenso electoral no queda más que el modesto incremento del 2,9 por 100 (es decir, la diferencia entre el 11,4 de 1983 y el 14,3 por 100 de 1987), y tam-

⁹ GINSBORG, P., *op. cit.*, pp. 566-567.

¹⁰ LANARO, S., *op. cit.*, p. 411.

poco el adelanto del PCI se ha realizado, puesto que aun perdiendo votos (29,9 por 100 en 1983, 26,6 por 100 en 1987), los comunistas siguen siendo la principal fuerza de la izquierda italiana y del eurocomunismo.

Pero en lugar de limitar sus ambiciones y rectificar la línea del partido, en la tercera fase Craxi cornetea una serie de fallos políticos que revelan toda su megalomanía y el vacío estratégico que se esconde detrás de su brillante actuación táctica. Pertenecen al largo elenco: la escasa atención que pone en la transformación del PCI en PDS después de la caída del muro de Berlín en la espera de que los ex comunistas confluyan en la «unidad socialista»; la campaña para [imitar el] poder de la magistratura y subordinar los fiscales al] ministro de Justicia; el apoyo a la extravagante actuación del presidente Cossiga, que de repente empieza a jugar en favor de una República presidencialista; la invitación a los electores a irse a la playa con ocasión del referéndum de junio de 1991 para la abolición de los votos de preferencia; la no percepción de la necesidad de moralizar la vida pública a partir de la de los partidos; la superficialidad con la que se enfrenta con el naciente fenómeno de las Ligas; el modo con el que reacciona cuando la magistratura milanesa descubre la implicación socialista en la corrupción y lo involucra en la misma ¹¹.

Además, el personaje resulta bastante antipático. Su arrogancia y presunción le impiden tener buenas relaciones con una parte de la prensa. Otra parte, acostumbrada por tradición al obsequio hacia los que mandan, escribe una de las páginas más negras del periodismo nacional. Y tampoco esto le ayuda. Contribuye a hundir su imagen el nepotismo con relación a su propia familia: coloca a su cuñado en la alcaidía de Milán y a su hijo, poco más que un chaval, en la cumbre del socialismo milanés, mientras que una de sus hijas vende programas a la televisión pública.

Es demasiado, incluso para un país acostumbrado a tragarlo todo.

Bajo su liderazgo, en fin, el PSI llega a ser un partido sin ninguna vida democrática interna, que ya no está vinculado ni a una ideología

¹¹ En algunos aspectos se ha seguido la útil reconstrucción de un testigo fiable, en un primer momento convencido de la novedad y de la bondad de la línea craxiana: MARTINELLI, A., «Ascesa e declino del partito socialista di Beuino Craxi», in *L'Unità*, 15 de febrero de 1993. También véase PADELLAHO, A., Y TAMBURGHANO, E., *Processo a Craxi. Ascesa e declino di un leader*, Milán, 1993, y más en general, DECLINOCENTTI, M., *Storia del PSI dal dopoguerra ad oggi*, Roma-Bari, 1993.

gía ni a un programa, sino a la imagen del jefe, confiando únicamente en su habilidad. La personalización, la espectacularización y la americanización de la política reciben por parte de Craxi un empuje decisivo. La «mutación genética» del Partido Socialista, de la cual ya entonces se enteran los analistas más lúidos y algunos de los adversarios políticos, con el transcurrir de los años aparece siempre más claramente no sólo como un cambio de campo (desde la izquierda hasta el centro), sino como algo que afecta a la «forma-partido» en sí y a «las formas de la política» (por así decirlo) más en general.

Sin el cambio de estas «formas» resultaría imposible interpretar lo acaecido algunos años después cuando Berlusconi conseguirá en pocos días inventar una nueva fuerza política y llevarla al triunfo electoral de 1994.

4. La víspera de la crisis (1989-1992)

A pesar del carácter inacabado --como se ha dicho-- de la actual crisis, ya se puede intentar una primera periodización y ubicar en los años 1989-1992 la víspera de la crisis del sistema político italiano, cuyos pródromos se han buscado a lo largo de las décadas anteriores.

A finales de los ochenta la «democracia de los partidos» ha llegado a la postre y un número creciente de italianos ya la percibe como «partitocracia». Igualmente difundida es la sensación de asco hacia la *Lottizzazione* como práctica de división entre los partidos de cualquier aspecto de la vida pública, aun si pocos tienen la percepción exacta de las dimensiones de las ilegalidades y de la corrupción que se esconde bajo estas reglas no escritas.

Perdidas las relaciones con la sociedad civil, dominados por los aparatos, los partidos de la mayoría se han convertido en autorreferenciales: piensan en sí y se relacionan entre ellos como si fueran los únicos sujetos de la política y la verdadera sede de la soberanía popular.

Algo de esta actitud contamina al PCI, que también está viviendo el problemático y delicado proceso de transformación en Partido Democrático de la Izquierda (PDS).

El tema de la transformación del PCI, anunciado ya desde 1985, merecería ser tratado aparte.¹² Aquí sólo cabe destacar lo contradic-

¹² Quizá en este sentido hay que interpretar la declaración del 17 de enero de 1985 de Occhetto, entonces vicesecretario del PCI, de que el partido realizará una «re-

torio de su resultado. En efecto, el PCI lleva algunos decenios reivindicando su propia diversidad. Frente a los demás partidos comunistas puede hacer gala de su enorme fuerza e impresionante capacidad de movilización, del rechazo del sectarismo, de su original elaboración de una vía nacional hacia el socialismo. Frente a los demás partidos italianos puede presentarse como un garante de la Constitución, como un partido con las manos limpias por su buena administración en las llamadas «regiones rojas» y como alternativa al sistema de poder demócrata-cristiano. En esta dirección procede Berlinguer en los últimos años de su vida, en los que pone particular vigor en la lucha contra la degeneración de los partidos, la corrupción y plantea la necesidad de afrontar de una vez la «cuestión moral»¹³.

En cambio, el generoso esfuerzo de Occhetto resulta, de hecho, orientado a acabar con la misma imagen de esta diversidad para facilitar el último paso hacia la completa legitimación del nuevo partido como fuerza de gobierno y para compatibilizar el PDS con el sistema político italiano. Esto -ironía de la historia o incauta previsión política que fuera- justamente en la víspera del estallido del sistema político mismo. Así que el PDS, precisamente cuando habría podido hacer gala de su diversidad, se encuentra en la cumbre de su proceso de homologación. No se encuentra en una estación feliz. Se le impone por muchas partes una autocrítica sin piedad sobre sus anteriores

volución copernicana». Elegido secretario el 21 de junio de 1988, al cabo de un año Occhetto obtiene el voto favorable del Comité central (67,7 por 100) para cambiar el nombre, el símbolo del partido y poner en marcha la fase constituyente. La propuesta fue aprobada por el XIX Congreso (Bolonia, 7-11 de marzo de 1990) con el mismo porcentaje de votos. El proceso se concluye en Rimini en el Congreso, entre enero y febrero de 1991, de fundación del PDS. Véase ICNACI, P., *Dal pe/ al PDS*, Bolonia, 1992.

¹³ Merece destacarse al respecto la denuncia de Berlinguer que en una entrevista de finales de julio de 1981 había llamado la atención sobre hechos que según su opinión estaban «bajo los ojos de todos». Había afirmado en aquella ocasión: «Los partidos de hoy son sobre todo máquinas de poder y de clientela: escaso o mitificado conocimiento de la vida y de los problemas de la sociedad, de la gente; ideas, ideales, programas pocos o vagos, sentimientos y pasión civil, cero. Gestionan intereses, los más diferentes, los más contradictorios, a veces incluso sucios, en cualquier caso sin relación alguna con las exigencias y las necesidades humanas emergentes, o de otra forma, distorsionándolas, sin perseguir el bien común. Su misma estructura organizativa se ha conformado ya a este modelo; ya no son organizaciones del pueblo, formaciones que de éste promueven la madurez civil y la iniciativa: son, al contrario, federaciones de corrientes, de camarillas, cada una con su *boss* y sus *viceboss*». Véase *La Repubblica*, 28 de julio de 1981.

responsabilidades con relación al *consociativismo* (olvidándose el PSI de haber compartido la misma perspectiva y actuación) ¹⁴. Por otro lado, y para ser admitido en el juego, entre 1990 y 91 se acerca peligrosamente al PSI de Craxi. Al fin y al cabo no hay que olvidar que es un partido debilitado y arrinconado, el que acaba de transformarse en PDS unos pocos meses antes de que estalle la crisis, que no está en condición de prever y en la cual -como ha sido oportunamente observado- la oposición de izquierda no ha jugado ningún papel ¹⁵.

La crisis de la Primera República es el resultado de por lo menos tres causas distintas y entrelazadas. Causas internacionales e internas, cada una de las cuales ha tenido su importancia, pero cada una de las cuales no habría tenido el mismo impacto y la misma eficacia sin las otras.

La primera, en orden cronológico, es el nacimiento y el desarrollo de las Ligas, que por lo que se refiere a las fuerzas políticas representan el hecho más significativo de toda la segunda postguerra ¹⁶. Su éxito deriva, en primer lugar, de los procesos de secularización y de la crisis de las subculturas católica y comunista. Está relacionado, en segundo lugar, con los tradicionales desequilibrios entre norte y sur y con la protesta contra la peculiar versión asistencialista y clientelar que el Estado social ha tenido en Italia, sobre todo en virtud de la larga hegemonía demócrata-cristiana en el Mezzogiorno. Así que en las regiones septentrionales del país es en la Liga donde se coagula la protesta contra la partitocracia. Su aportación a la crisis de la Primera República está justamente en esto: en orientar una parte considerable del electorado tradicionalmente moderado (pero no sólo éste) contra lo existente y en favor de un cambio. Hacia dónde, ni tan siquiera sus improvisados ideólogos lo saben, puesto que a menudo no coinciden con los retos proclamados el día anterior.

Una segunda causa viene de los múltiples efectos en la realidad italiana de la caída del muro de Berlín. Al margen de la transforma-

¹⁴ Lo recuerda muy oportunamente SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 376-379.

¹⁵ La valoración es de Vittorio Foa en FOA, V., y GINSBORG, P., *Le virtù del/a Repubblica*, Milán, 1994, p. 19.

¹⁶ DIAMANTI, I., *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico*, Roma, 1993, p. 3. Además del artículo de Pier Paolo Poggio en este mismo número de *AYER*, sobre la Liga, véanse: DE LUNA, G., *Figli di un benessere minore. La Lega*, 1979-1993, Florencia, 1993; «La questione settentrionale», en *Meridiana*, 1993, núm. 16; PAJETTA, G., *Il Grande camaleonte*, Milán, 1994.

ción del PCI, que se acelera a la vista de los ladrillos berlineses, sería falso decir que la clase política en el poder perciba con rapidez (de la cual nunca ha podido hacer gala) lo que supone el evento. Pero, algunos, despacito y con sus ritmos, empiezan a enterarse de que algo ocurre. y a la tardía constatación de que ya es imposible continuar como antes sigue la cauta afirmación de la necesidad de cambiar algo.

Despegado en 1979 como un Concorde de bandera craxiana hacia el cielo de la «gran reforma institucional», que en principio no excluía la Constitución, el cambio aterriza, después de muchos años y de varios cambios de ruta, como una avioneta de élite cargada con varias propuestas de modificación del sistema electoral. A 10 largo del vuelo (primero en la Comisión parlamentaria Bozzi, después en la «Bicameral» presidida antes por De Mita, luego por Nilde Iotti) se ha debatido la elección directa del presidente de la República y/o del jefe del Gobierno; la posible unificación del Parlamento y la reducción del número de diputados; el premio de mayoría y el posible quórum 17. Toma tierra además en virtud del secuestro que los referendums representan, puesto que es sobre todo el resultado de éstos el que hace necesaria la reforma electoral.

El papel más destacado corresponde en este terreno al diputado demócrata-cristiano sardo Mario Segni, que apuesta por la reforma electoral como palanca para abrir el camino a una efectiva alternancia en el Gobierno y, en consecuencia, al desbloqueo del sistema político. A él se debe la fundación, en 1988, del Movimiento para la Reforma Electoral, al cual se suman intelectuales y políticos de distintos orígenes, que después de varias vicisitudes ¹⁸ consigue que se celebre el referéndum de 1991 sobre la abolición de los votos de preferencia en la Cámara (que alcanza el 95 por 100 de los votos expresados) y de 1993 sobre la abrogación del sistema proporcional al Senado (82,3 por 100 de los que van a votar) ¹⁹.

¹⁷ Las líneas del ultradecenal debate parlamentario y politológico están reconstruidas en SCOPPOLA, P., *op. cit.*, pp. 399-423, que individúa y examina las hipótesis «neoplebiscitaria» y la «neoinstitucionalista», añadiendo al análisis su particular testimonio como intelectual empeñado en este debate político.

¹⁸ Aun siendo periodística no deja de tener cierto interés la crónica de esta fase escrita por MESSINA, S., *La grande riforma. (Jomini e progelli per una nuova Repubblica*, Roma-Bari, 1992, útil, en particular, por los proyectos de ley que publica en el apéndice, pp. 159-210.

¹⁹ Para el análisis de este segundo referéndum véase: CORBETTA, P., y PARISI, A., «Il referendum del 18 aprile: le sfumature di un voto», en *Il Mulino*, núm. 3, 1993, pp. 509-519.

Un papel relevante con relación al cambio del sistema político, pero más confuso (y por esclarecer en muchos aspectos que quedan todavía incomprensibles), juega el presidente de la República, Francesco Cossiga, que de repente, a partir de septiembre de 1990, después de cinco años de actuación discreta y notarial, empieza a opinar con vehemencia sobre muchos aspectos de la vida política del país. ¿Qué pasa? De momento no hay otra explicación posible que la de vincular su rara y repentina actuación a un diseño estratégico cuyo objetivo parece ser una transición «desde arriba» hacia una República presidencialista. Esta parece ser la solución que Cossiga saca de la crisis del sistema político provocada por la caída del muro de Berlín. Para llevarla a cabo bombardea las instituciones, se aprovecha del descontento popular contra la partitocracia, cuenta con el apoyo del llamado «Partido del Presidente» (liderado por Craxi y por el secretario del MSI, Gianfranco Fini) y, para que conste, hace saber que cuenta con el apoyo de las Fuerzas Armadas ²⁰.

Protagonismo, locura o lúcida estrategia que fuesen, su cese adelantado (de dos meses, a finales de abril de 1992) libera al país de un elemento de confusión importante del cual Italia no tiene ninguna necesidad. Aun porque, mientras tanto, ha salido a la luz con las investigaciones sobre Tangentópolis, la cadena de corrupción en la que se ha basado la partitocracia a lo largo de los años ochenta.

Es ésta la tercera de las causas que llevan a la crisis de la República, y con relación a las anteriores, si no la más importante, la que funciona como detonante ²¹.

Por lo que se refiere al problema de la relación existente entre corrupción y sistema político hay que distinguir también entre varias fases y diferentes formas de ilegalidades. Una primera aproximación esquemática permite individuar:

²⁰ Una pequeña referencia en SALVADORI, M. L., *Storia d'Italia e crisi di regime*, Rotonìa, 1994, p. 98. Una brillante y parcial crónica de la actuación presidencial es la de PANSA, G., *Il Regime*, Milán, 1991.

²¹ Hasta el punto de que hay quien ha escrito que «el desarrollo de las Ligas y las investigaciones de Tangentópolis habrían en cualquier caso provocado un gran desmoronamiento del sistema político italiano aunque no se hubiera producido la caída del comunismo soviético y la transición del peI al PDS»; SALVATI, M., «L'imprevista ma prevedibile caduta di un regime», en *Il Malino*, núm. 352, 1994, pp. 237-248 y 243.

a) La fase que va desde el fin de la segunda guerra mundial hasta aproximadamente la mitad de los años setenta. Está caracterizada por la financiación por parte de países extranjeros, concretamente EEUU y Unión Soviética, respectivamente, a la Democracia Cristiana (y a sus aliados) y al PCI (y a otros partidos de izquierda: PSI e PSIUP). Trátase de financiación recíprocamente conocida y por supuesto ilegal, pero que nada tiene que ver con la corrupción. Es más, no afecta a la economía del país, sino todo lo contrario, puesto que son dólares los que entran en Italia ²². Con las novedades que se introducen en los años cincuenta, que constituyen un caso aparte del que se tratará en el punto siguiente, esta forma de financiación dura hasta la ley de financiación pública de los partidos (abril de 1974), medida que encuentra el favor de la mayoría de los italianos como demuestra el intento de suprimirla con el referéndum de 1978, cuando la propuesta de abrogación es aprobada tan sólo por el 43,6 por 100 de los votantes.

b) Dado el enorme aparato de los partidos, ni la financiación extranjera primero ni la pública después cubren los gastos. Hay que acudir a otras fuentes, bien sean privadas, bien sean públicas (las empresas del Estado). Modélica es, a este respecto, la estrategia desarrollada por la DC de Amintore Fanfani a partir de la mitad de los años cincuenta. En un doble sentido: por el empuje que recibe el intervencionismo estatal en la economía y por su vinculación a la financiación ilegal de la DC, que abre así las pistas que terminan en la corrupción. En el porvenir la DC tendrá que compartir estos ilícitos recursos con sus aliados de centro-izquierda, que tendrán como modelo la repartición de las financiaciones entre las varias corrientes demócratas-cristianas. A partir de aquí la financiación condicionará no sólo las relaciones entre los partidos, sino la vida interna de los mismos, puesto que de la cantidad de dinero conseguido depende la posibilidad de éxito de los diferentes líderes y de sus respectivas corrientes: en la DC antes y después en el PSI ²³.

e) Los años ochenta, también desde este punto de vista, tienen una fisonomía propia, cuya huella depende de la política de Craxi. Ya no hay una distribución proporcional de las comisiones entre los

²² Las dos principales fuentes al respecto son: COLBY, W., y FORBATH, P., *La mia vita nella C/A*, Milán, 1981; CERVETTI, E., *L'Oro di Mosca. La testimonianza di un protagonista*, Milán, 1993.

²³ Véase al respecto el ensayo de Filippo Mazzonis en este mismo número de *AVVER*.

partidos de la mayoría, sino la traducción en el plano de la financiación ilícita del «poder de coalición» que se ha visto con anterioridad. Craxi se coloca «en el centro de la telaraña de la financiación política, ampliándola en propio favor más rápidamente que los demás, convirtiéndose de esta forma en director y redistribuidor de la misma» 24.

Es esta tercera y última red de ilegalidades, de grandes y pequeñas corrupciones, la que las investigaciones milanesas sacan a la luz.

Tangentópolis es la consecuencia al mismo tiempo de la reforma del Código Penal de 1989, que asigna al fiscal poderes que antes no tenía, y de un clima político favorable que le permite llevar adelante las indagaciones en condiciones que no existían con anterioridad. Por esta razón hay que fijar la atención en los distintos momentos de desarrollo de los acontecimientos que se influyen mutuamente. Es decir, que si formalmente hay que colocar su inicio el 17 de febrero de 1992, fecha del encarcelamiento de un exponente socialista milanés de segunda fila, es sólo después del «terremoto» electoral de principios de abril cuando el trabajo de los fiscales puede desplegarse mostrando su potencial abrumador. Hecho que lleva a su vez al resultado de las elecciones administrativas en varias ciudades del norte a mitad de diciembre, donde el PSI se reduce al 4 por 100 de los sufragios, la DC pierde la mitad de los votos y la Liga triunfa por todos lados. Y no hay quien no vea o admita las relaciones de causa-efecto en lo que ocurre.

Con relación a lo acaecido después, también el «terremoto» electoral del 5-6 de abril pierde varios grados en la escala sísmica. En efecto, el *quadripartito* (DC, PSI, PSDI y PLI) si bien es minoría en el país (48,8 por 100 de los votos) conserva la mayoría en el Parlamento (52,5 por 100 de los escaños), pero pierde una cantidad de votos en favor de la Liga Norte que gana en las regiones septentrio-

²⁴ Así escribe CAFACNA, L., *La grande slavina*, cit., p. 105, en el mareo de una explicación que de vez en cuando parece ser una justificación. Más en general, sobre la corrupción en el sistema político italiano véanse: CAZZOLA, F., *Delia corruzione. Fisiología e patologia del sistema politico*, Bolonia, 1988; ID., *L'Italia del pizzo. Fenomenologia deLa tangente quotidiana*, Turín, 1992; DELLA PORTA, D., *Lo scambio occulto. Casi di corruzione politica in Italia*, Bolonia, 1992; CAFFHHA, V. M., *Il sistema deLa corruzione. Le ragioni, i soggetti, i luoghi*, Bari, 1992; «Riflessioni su Tangentopoli», en *IL Passaggio*, 1993, núm. 6, pp. 3-28; SAPELLI, E., *Cleptocrazia. Il «meccanismo unico» deLa corruzione tra economia e politica*, Milán, 1994; SII, A., *Malpaese*, cit.

nales, alcanzando el 8,7 por 100 de los votos a nivel nacional. Concretamente bajan la DC (que por primera vez desde su fundación se queda por debajo del 30 por 100) y el PSI (que baja por primera vez en la época de Craxi). Pierde también la izquierda, que paga la transformación del PCI en PDS, consiguiendo su mínimo histórico con el 16 por 100 de los votos, sin que la pérdida esté compensada por el 5,6 por 100 que obtiene *Rifondazione Comunista*.

Los que siguen son meses caóticos en los que la evolución de la vida política está condicionada por la crónica judicial y que merecen algunas consideraciones aparte.

5. Crónica de la crisis anunciada (1992-1994)

Frente a los acontecimientos que siguen al «terremoto» cualquier historiador que en el porvenir quisiera acercarse a la historia política italiana tendrá la clara sensación que la percepción que la clase política en el poder tiene es que «aquí no ha pasado nada».

Al séptimo gobierno Andreotti, respaldado por los de siempre (DC, PSI, PSDI y PLI), hecha excepción de los republicanos, que han intentado a última hora saltar del barco que se hunde, sigue, en efecto, a primeros de agosto, un *nuevo* gobierno del delfín de Craxi (y vicesecretario del PSI, con anterioridad varias veces ministro y ex vicepresidente del Consejo), Giuliano Amato, que obtiene la confianza de DC, PSI, PSDI y PLI.

Mientras tanto han tenido lugar la dimisión de Cossiga y la elección como presidente de Oscar Luigi Scalfaro (25 de mayo de 1992). Se dará poco después el cambio en la secretaría del MSI con la vuelta de Fini (6 de julio de 1992); de la DC, con la marginación del inoxidable Forlani, y el ascenso de Mino Martinazzoli (12 de octubre de 1992) y el cese, después de un reinado ininterrumpido de más de dieciséis años, de Craxi de la jefatura del PSI (11 febrero 1993). Al mismo tiempo han surgido nuevas formaciones políticas, como *La Rete*²⁵, el *Movimento dei popolari per la riforma*, liderado por Mario

²⁵ Fundado oficialmente el 24 de enero de 1991, el movimiento político *La Rete* resulta ser la sede donde confluyen y se coordinan experiencias sociales y políticas diferentes: desde el progresismo católico moderado y, a menudo, ex demócrata-cristiano (como en el caso del alcalde de Palermo, Leoluca Orlando), hasta cierto desencanto ex o poscomunista (como en el caso del ex alcalde de Turín, Diego Novelli), pasando por Nando Delia Chiesa, hijo del general asesinado por la Mafia, animador de la ex-

Segni 26 (10 de octubre de 1992), la *Alleanza democratica* 27 (17 de octubre de 1992) y se ha puesto en marcha el proceso de transformación de la DC en *Partito popolare* (PPI), que se concluirá con el congreso que se celebra en Roma entre el 23 y el 26 de julio de 1993.

Pero, y sobre todo, ha recibido la comunicación de que la magistratura está investigando sus actuaciones un elenco interminable de políticos de primera y segunda fila, del centro y de la periferia, entre los cuales merece destacar los nombres de Craxi, De Michelis, Forlani, Gava, Formica, Cirino Pomicino y de ministros como Martelli, Goria y De Lorenzo, que dimiten alrededor de la mitad de febrero de 1993.

A estas alturas, frente a una clase política desprestigiada y a un Parlamento que, si bien comprometido en llevar a cabo las reformas y que de hecho cumple (con sospechoso frenesí vota una reforma del empleo público, la elección directa de los alcaldes, etc.), para muchos observadores ha perdido su legitimidad; había dos opciones: volver a votar con el sistema electoral en vigor y entregar al nuevo Parlamento relegitimado el poder de elegir las formas de la transición hacia una Segunda República (reforma electoral incluida) o anteponer las reformas electorales al nuevo voto, considerando todavía legítimo el Parlamento elegido en 1992.

Análoga situación y posibilidad se presenta al cabo de algunos meses, cuando, a finales de abril de 1993, la Cámara no aprueba algunas de las peticiones enviadas por la magistratura para investigar sobre Craxi y los ministros del PDS, por protesta, dimiten del gobierno Ciampi que acaba de tomar posesión.

La emoción y la tensión en el país son muy grandes. Nunca como ahora la principal institución de la democracia republicana había sido

periencia política y editorial milanesa de *Società civile*. La versión y los propósitos de este último con relación a las posibilidades de *La Rete* se pueden leer en la interesante entrevista DELLA CHIESA, N., *Milano-Palermo: la nuova Resistenza*, Milán, 1992.

²⁶ Segni apostará en la fase siguiente por *Alleanza Jemocratica*, para luego separarse de una forma damorosa de la misma y constituir el *Pallo Segni*, que en las elecciones políticas de 1994 alcanzará el 4,6 por 100 de los votos (proporcional para la Cámara).

²⁷ Agrupación de centro-izquierda integrada por algunos políticos y periodistas sin ninguna base social en la perspectiva de constituir el centro pensante y el motor de una más amplia agrupación de la izquierda italiana, moderada, demócrata, reformista y anticomunista. Su principal animador es Fernando Adornato. En las elecciones políticas de 1994 ha obtenido el 1,2 por 100 de los sufragios (para la Cámara).

tan desprestigiada a los ojos de los ciudadanos. Se podría disolver el Parlamento y volver a las urnas. Pero no es esto lo que ocurre.

En favor de la otra opción juegan muchos factores. Entre ellos la negativa de un Parlamento que se resiste a su propia autodisolución en virtud del hecho de que la mayoría de los diputados tiene muy claro que no volverá nunca más a sentarse en él. En segundo lugar, el de la oposición de izquierda, que no empuja lo suficiente en esta dirección, quizá porque confía en un éxito electoral a pesar de la fecha de las elecciones, quizá porque, por no estar completamente convencida de la necesidad de entrar en el gobierno Ciampi, encuentra ahora la ocasión (o el pretexto) para dar marcha atrás y no comprometerse con las impopulares medidas económicas de ajuste que Ciampi tendrá que tomar.

Pero es sobre todo el presidente Scalfaro el más decidido a rechazar la opción electoral. El tiene una razón «fuerte» (pero opinable) en asignar la prioridad al cambio del sistema electoral como han pedido millones de ciudadanos a través del referéndum. Pero tal vez hay algo más. Por supuesto no puede compartir la opinión de quien valora de deslegitimado al Parlamento por la sencilla razón de que es aquel Parlamento el que le ha elegido. Además queda la sospecha de que pretenda conceder a su viejo partido, la DC, más tiempo para llevar a cabo su transformación en PPI.

Trátase sólo de pistas que habrá que comprobar con el tiempo, pero que de momento permiten pensar en la legitimidad de la hipótesis que ve en estos meses un período decisivo para la reorganización de la derecha y el triunfo de la solución moderada y continuista frente a la crisis de la Primera República.

En cualquier caso son meses trascendentales que si, por un lado, ven al principal símbolo de la clase política en el poder, Giulio Andreotti, afectado por dos comunicaciones judiciales (27 de marzo y 9 de junio de 1993), la primera por presunta actividad mafiosa, la segunda por presunto concurso en el homicidio del periodista Mino Pecorelli, por otro registran una turbia y novedosa vuelta a las bombas en las calles. Las que estallan el 14 de marzo en Roma, el 27 del mismo mes en Florencia, el 27 de julio en Milán y otra vez en la capital (o que son descubiertas antes de su explosión, como la de Roma del 2 de junio, día de la República y cerca del Parlamento), dibujan una estrategia del terror distinta de la anterior y al mismo tiempo incomprensible sin ésta. Han sido atribuidas a la mafia, pero como se ha

escrito en un primer intento de interpretación, parecen ser un recurso extremo por parte de quien por el temor a perder influentes y autorizadas protecciones, advierte que no está dispuesto a pagar solo ²⁸.

En este clima por fin, el 4 agosto de 1993, el Parlamento aprueba la nueva ley electoral, una variante del llamado «sistema a miembro añadido», que prevé la elección de 472 diputados y de 238 senadores, iguales al 75 por 100 de los escaños en las dos Cámaras, por medio de un sistema mayoritario en colegios uninominales, y la elección del 25 por 100 restante (158 diputados y 77 senadores) con voto proporcional de listas, expresado con relación a colegios regionales plurinominales. Unica diferencia entre Cámara y Senado es el quórum necesario, que para la primera es del 4 por 100, mientras que no existe para el segundo ²⁹.

Merece destacarse el hecho de que, aun si aprobada con el 55,4 y el 59,3 por 100, respectivamente, de los votos, la nueva ley electoral cuenta en realidad con la aprobación tan sólo de una minoría de representantes, puesto que si se consideran las ausencias los porcentajes bajan, respectivamente, al 45,6 y al 40,7 por 100. Un dato que si no quita, por supuesto, la legitimidad formal del voto, sí deja pendiente una valoración política y moral sobre el efectivo significado del cambio ³⁰.

Con razón se ha escrito que «la primera paradoja de la reforma es, pues, haber sido realizada bajo el control de aquella clase dirigente contra la cual estaba dirigida». Si se considera además que han votado en contra muchas de las fuerzas políticas no comprometidas con el anterior régimen, resulta curioso constatar que la ley electoral que tenía que hacer limpieza del viejo régimen ha sido votada justamente por los partidos que de este régimen formaban parte ³¹.

En los meses siguientes se celebran dos turnos de elecciones administrativas en las principales ciudades, que bien sea en la vuelta del 6-20 de junio, bien sea en la del 21 de noviembre-5 de diciembre, llevan en su gran mayoría al triunfo de los candidatos y de las

²⁸ SILI, A., *Malpaese*, cit., pp. 449 Yss.

²⁹ D'ALIMONTE-CUIARANTE, A., «Il nuovo sistema elettorale italiano; quali opportunità?», en *Rivista italiana di Scienza Politica*, núm. 2, 1993, pp. 513-547.

³⁰ WARNER, S., y GAMBETTA, D., *La retorica della riforma. Fine del sistema proporzionale in Italia*, Turín, 1994, pp. 8-9.

³¹ *Ibid.*, pp. 51-52, 63.

listas progresistas (coalición integrada por PDS, *Rifondazione comunista*, PSI, *Rete*, AO y *Verdi*).

En realidad el que sopla es un viento de derechas. Lo que falta es alguien que sepa canalizarlo y orientarlo. Para esta tarea se ofrece, con un despliegue de medios impresionante y con formas de autopromoción inéditas en la vida política italiana, Silvio Berlusconi ³². Le ayuda el repentino maquillaje que Fini impone a su propio partido en enero de 1994, transformando el MSI desde un impresentable heredero del fascismo en una aséptica *Alleanza Nazionale*. No en un congreso constituyente con delegados elegidos por la base, sino en una informal asamblea de dirigentes locales y de sus amigos, sin debate previo, sin nada. Y que se trate de una operación cosmética lo demuestra el hecho de que para las elecciones volverá a presentar el 95 por 100 de los parlamentarios que cesan ³³. Al carro se suma la *Lega* de Bossi, que con sutil olfato huele la posibilidad de conseguir al mismo tiempo un éxito electoral y pasar el umbral del Gobierno.

Estos tres componentes, y con ellos algunos grupos residuales de los viejos partidos, concretamente de la derecha demócrata-cristiana (CCO) y de los liberales, se presentan juntos como *Polo delta liberta* en las elecciones políticas del 27-28 de marzo de 1994, consiguiendo el 42,9 por 100 de los votos para la Cámara con el voto proporcional. Votos que en virtud de la nueva ley electoral les permiten conquistar el 64 por 100 (302 diputados) de los colegios uninominales y el 41 por 100 (64 diputados) de los escaños proporcionales; en conjunto, la mayoría absoluta (58,1 por 100) de los diputados. Mientras

³² Sobre la actuación de Berlusconi como jefe del Ejecutivo es de momento imposible cualquier aproximación que pretenda ser historiográfica. Ni, en línea de principio, hay que suponer una perfecta continuidad entre lo que el empresario ha sido con anterioridad y su actual papel. Pero sobre la anterior fase y con relación a la formación de su vasto imperio inmobiliario, comercial y financiero quedan muchos interrogantes y amplias zonas de sombra. Jlabrá que volver sobre la literatura periodística que ha denunciado el singular paralelismo que se ha dado entre el desarrollo de la logia masónica *Propaganda 2* (P2), el ascenso de Craxi a la secretaría del PSI y a la jefatura del gobierno y los más decisivos acontecimientos del grupo Berlusconi. Varias pistas al respecto se abren en RUGGERI, G., y GIARINO, M., *Berlusconi. Inchiesta sul signor TV*, Milán, 1994.

³³ Lo hace notar muy oportunamente VALENTINI, G., «Alleanza Nazionale: la componente "storica" del Polo della libertà», en GINSBORG, P. (ed.), *8 Lato dell'Italia*, Milán, 1994, pp. 677-681. Más en general sobre la anterior parábola del neofascismo italiano, véase: IGNAZI, P., *Il polo escluso. Profilo del Movimento sociale italiano*, Bolognia, 1989.

en el Senado, con el 40,2 por 100 de los votos, consiguen el 55 por 100 de los escaños uninominales y el 32 por 100 de los proporcionales; en conjunto el 49,2 por 100 de los escaños, que no le permite alcanzar la mayoría.

El centro (PPI y *Patto Segni*), con el 15,7 por 100 de los votos, obtiene 42 escaños con la proporcional y cuatro en los colegios uninominales en la Cámara, y con el 16,7 por 100 de los votos para el Senado logra 28 escaños con la proporcional y tres en los colegios uninominales.

La coalición de izquierda (*Progressisti*), integrada por PDS, *Rinondazione comunista*, PSI, *Rete*, *Verdi* y *Alleanza Democratica*, consigue el 34,4 por 100 de los votos proporcionales para la Cámara y obtiene 164 diputados en los colegios uninominales, y 39 con el proporcional, alcanzando 213 escaños (33,8 por 100 del total). Mientras en el Senado, con el 33,1 por 100, obtiene 96 escaños uninominales y 26 proporcionales, con un total de 122 diputados (38,7 por 100 del total) ³⁴.

Un rápido análisis del voto permite afirmar, en primer lugar, que la coalición de derecha obtiene un triunfo rotundo en las regiones septentrionales, mientras la izquierda, al margen de la confirmación de su fuerza en las del centro, parece resistir mejor en la Italia meridional. Dado el diferente resultado entre Cámara y Senado, se puede notar, en segundo lugar, la orientación preferente del voto juvenil hacia la derecha, puesto que el derecho electoral activo se alcanza a los dieciocho años para la primera y a los veintiuno para el segundo. En fin, si se considera que la vieja mayoría de *quadripartito* había conseguido en su peor momento (el «terremoto» de 1992) el 49 por 100 de los votos, hay que destacar que la nueva mayoría derechista obtiene un respaldo electoral bastante inferior, contando tan sólo con el 42,9 por 100 de los sufragios.

Por lo que se refiere a su interpretación, se han destacado varios aspectos. Entre ellos tienen indudable consistencia el que subraya la capacidad de la derecha de presentarse como algo nuevo sin serlo y el límite de la izquierda de no haber conseguido convencer al electorado de que el verdadero cambio se habría producido con su victoria; el que hace hincapié sobre el empleo masivo de la televisión (es

³⁴ Un primer análisis del voto se puede leer en DIAMANTI, I., YMANNHEIMER, B., *Milano a Roma. Guida all'Italia elettorale del 1994*, Boma, 1994.

decir de *sus* televisiones) por parte de Berlusconi, y en fin, el que ve en el mensaje optimista, de recuperación y nuevo «milagro económico» lanzado por Berlusconi (que durante la campaña electoral ha llegado a prometer un millón de nuevos puestos de trabajo), la verdadera razón de su éxito, frente a una izquierda empeñada en indicar un camino de lágrimas y sangre para contener y reducir la impronunciable cifra alcanzada por la deuda pública.

Pero más que nada el resultado electoral parece ser el fruto del extenso descontento producido por decenios de ineficiencias administrativas y de irresponsable confusión entre clientelismo asistencialista y Estado social; por retenciones fiscales de nivel escandinavo a cambio de servicios inadecuados. Un malestar que se ha traducido en protesta contra el presunto estatismo y centralismo de un Estado que de verdad no era tal, sino, y más sencillamente, desorganizado, ineficaz, presa de los más diferentes gremios corporativos que encontraban sus cómplices en los partidos de la mayoría, cuyos dirigentes casi nunca han podido exhibir tener clara la diferencia entre los intereses privados y los públicos y cuya gestión se ha caracterizado por el saqueo del Estado.

La afirmación de la derecha –*si* tiene sentido esta hipótesis interpretativa– se presenta entonces como una revancha de lo privado sobre lo público. O, para expresarlo de una forma más aséptica, como una multitudinaria apuesta sobre las posibilidades del mercado, concebido de forma naturalista cuando parecía agotada la confianza en las del Estado.

y ¿quién mejor que un gran empresario para afirmar los derechos del privado, pese a su manifiesta incapacidad de distinguir entre lo suyo y la *res publica*? ¿Qué cambio más radical que la transición desde la primacía de la política y de los partidos sobre la economía y la sociedad civil hasta el prevaler de las razones de las empresas y de la economía sobre el Estado?

Con Berlusconi la empresa se ha hecho antes partido (los empleados y los ejecutivos de la Fininvest se han trasladado a *Forza Italia*) y después Estado.

Su ascenso parece enmarcarse en la ola neoliberalista que recorre Occidente, cuyos frutos conocidos han sido el tacherismo y el reganismo, frente a los cuales la recién estrenada versión italiana sólo añade cierto radicalismo debido al retraso con el que ha conseguido afirmarse.

Con todo esto ni la conclusión de la crisis italiana aparece prede-terminada ni puede considerarse estable la actual configuración de la sociedad política y de la República. La mayoría está recorrida por fuertes tensiones; cada uno de sus componentes sigue teniendo objetivos antiéticos con los de sus aliados; un nuevo cambio del sistema electoral (o un apaño) está en tela de juicio y la reestructuración de los partidos sigue estando a la orden del día tanto en la derecha como en la izquierda.

Hay una luz rara en el cielo de Italia. La misma que de vez en cuando se da tanto en la proximidad de la aurora como durante el ocaso. ¿Estará la noche por detrás?